UN THRILLER DE TERROR APOCALÍPTICO



BAJO EL CIELO ROTO

LIBRO 5

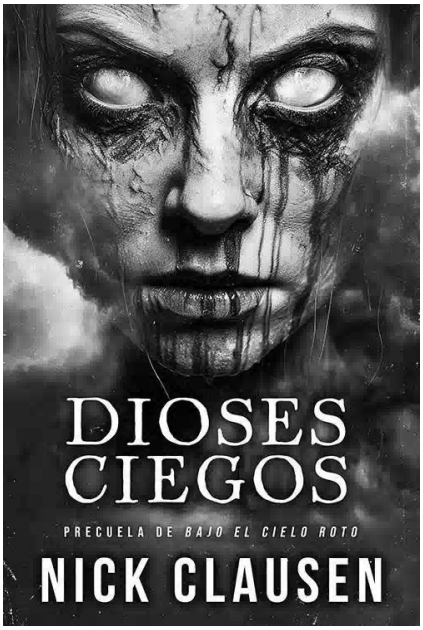
NICK CLAUSEN

CONTENIDO

LIBRO GRATIS
PREFACIO
1. MELISSA
2. NICK
3. Gina
4. NICK
5. GINA
6. NORA
7. THORN
8. GINA
9. JOHN
10. NORA
11. STEFFIE
12. JOHN
13. STEFFIE
14. JOHN

15. NORA
16. JOHN
17. ALICIA
18. THORN
19. MARK
20. JOHN
21. CAMILLA
22. THORN
23. CAMILLA
24. JOHN
25. CAMILLA
26. THORN
27. CAMILLA
28. MARK
29. JOHN
30. MARK
31. JOHN
32. MARK
33. MELISSA

LIBRO GRATIS



¿Quieres saber cómo empezó todo?
Todas las respuestas están en la precuela gratuita, *Dioses Ciegos*,
que recibirás cuando te unas a mi boletín gratuito en:
nick-clausen.com/dioses

PREFACIO

La esperanza es tan vacía como el miedo.
—Lao Tsé

1

MELISSA

—¿Dónde estamos?

Melissa mira hacia la puerta abierta, sin comprender del todo qué acaba de ocurrir.

Hace apenas un momento estaba en el pasillo en penumbra de la casa de su infancia.

Ahora se encuentra en lo que parece ser un enorme hangar de avión, intensamente iluminado por grandes focos en el techo. Entrecierra los ojos y se los cubre con la mano para protegerse de la luz.

—Lo he llamado el Palacio —le dice el joven delgado con una sonrisa. No parece en absoluto molesto por la luz—. Es el lugar donde el sonido del bebé no volverá a alcanzarte.

Melissa siente ganas de llorar, aunque no sabe muy bien por qué. Podría ser por miedo, por confusión, o quizá por alivio. Ahora mismo, no tiene claro qué se supone que debería sentir. Lo único que sabe con certeza es que, si este extraño joven es realmente capaz de quitarle su trauma, lo seguirá a donde sea.Y después de los trucos que acaba de verle hacer, está dispuesta a creer que es capaz de hacer prácticamente cualquier cosa.

El disparo con el que hizo que Erik se volara la cara aún resuena en sus oídos.

Escucha ruidos de actividad y mira a su alrededor, dándose cuenta de que no están solos en el hangar. Unas tres docenas de personas están ocupadas en distintas tareas. Algunos instalan lo que parecen ser tuberías y duchas en el extremo más alejado, mientras otros colocan hileras de mesas junto a la pared opuesta.

La mayoría, sin embargo, transporta cajas, bolsas y montones de ropa. Van y vienen por las puertas laterales, trabajando en un silencio resuelto.

—Estamos construyendo algo grande aquí, Melissa —dice Fritz, como si le leyera el pensamiento—. Algo más grande que todo lo que el mundo haya visto jamás. Y tú tendrás un papel importante.

—La mira a los ojos—. Veo algo especial en ti… y quiero que seas mi esposa.

Melissa parpadea, asombrada por lo que acaba de oír.

—¿Estás… proponiéndomelo? —Casi se ríe.

Fritz se encoge de hombros.

——Me temo que aún no tengo anillo. Y no habrá luna de miel… al menos no al principio.

Hay demasiadas cosas que atender, por parte de los dos.

No será un matrimonio en el sentido tradicional.

Pero significará que eres mi consejera más cercana. Estarás a mi lado mientras creamos este nuevo mundo.

Si quieres, podemos consumar el matrimonio en cuanto tengamos tiempo.

Y si prefieres no hacerlo, también está bien.

Melissa se queda boquiabierta.

Como si todo no fuera ya lo bastante surrealista, él acaba de pedirle matrimonio y sugerir que se acuesten juntos… como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Qué dices? —pregunta él, con una sonrisa que ahora empieza a parecer nerviosa—. Sé que es un poco precipitado, así que si necesitas tiempo para pensarlo…

—No —dice ella, negando con la cabeza.

Él parece decepcionado.

—Está bien. Lo entiendo. Estaba seguro de haber visto algo único en ti, pero tal vez me equivoqué...

—No, quiero decir, no necesito tiempo para pensarlo —lo interrumpe Melissa, sin creerse del todo las palabras que le salen de la boca—. Mi respuesta es sí. Seré tu esposa.

Fritz sonríe como no lo había hecho hasta ahora.

Mientras permanece allí, gratamente sorprendido, Melissa se permite unos segundos para observarlo.

Es delgado —en realidad, flacucho— y más o menos de su misma estatura. También es diez años más joven.

Parece alguien que ha llevado una vida poco saludable hasta ahora. Una vida sin sol ni aire fresco. Alguien que bebía Coca-Cola en lugar de agua y comía comida basura todos los días.

Su piel es pálida, con restos de acné, y bajo los ojos se le marcan medias lunas oscuras.

Es prácticamente lo opuesto a lo que Melissa busca en un hombre… si es que ese término puede aplicarse aquí.

Fritz es un chico grande, un adolescente crecido.

Melissa se siente atraída por hombres físicamente fuertes, alguien más corpulento que ella. Alguien que pueda protegerla.

Como aquel agente de barba negra que perseguía a Tommy.

Puede que suene anticuado, pero no puede evitarlo. Probablemente sean sus genes los que mandan.

Aun así, al mirar a Fritz, siente una atracción latente bajo la superficie. Es evidente que ha pasado recientemente por una transformación rápida. Un proceso de maduración acelerado. Parece un alma vieja en un cuerpo joven. Como una persona muy fuerte atrapada en un cuerpo débil. Se mueve con decisión, con aplomo. Irradia confianza. No parece temer nada. La manera en que le ha pedido directamente que se case con él ha sido valiente y, en cierto modo, encantadora. Como si viera lo que quiere y fuera a por ello. Melissa puede identificarse con ese tipo de determinación inquebrantable.

Además, si lo que sus genes buscan en una pareja es protección, Melissa está convencida de que no hay nadie mejor que este chico. Lo que ha hecho —lo que es capaz de hacer— nadie más puede hacerlo. Si alguien intentara atacarla o incluso insultarla, está segura

de que Fritz se encargaría. Y si llega el momento, prefiere estar de su lado que en contra.

—Es maravilloso —dice Fritz—. Gracias, Melissa.

La toma suavemente por los hombros y se inclina. Melissa no está segura de si quiere abrazarla, pero él simplemente le da un suave beso en la mejilla.

—Ahora me temo que tengo que marcharme de nuevo. Ya sabes, el tiempo apremia. Déjame mostrarte dónde puedes descansar.

La toma del codo y la guía por el hangar.

Pasan junto a un grupo de personas que están colocando estanterías detrás de las mesas.

Lo que parece un padre con su hijo adolescente vacía grandes cajas de cartón llenas de productos frescos y los va colocando en las estanterías.

—Espera —dice Melissa, deteniéndose—. No puedes poner esos juntos.

El chico no la oye y sigue apilando verduras. El hombre parpadea y la mira con cara de no entender nada.

—¿Qué?

—Cebollas y patatas —dice Melissa—. Se estropean mutuamente. Hay que mantenerlas separadas.

—Oh —dice el hombre, mirando de las patatas a Fritz—. Es… culpa mía. No lo sabía.

—Y las calabazas deberían estar cubiertas con algo, o no durarán nada en cuanto salga el sol. —Echa un vistazo alrededor y ve un montón de paños de cocina—. Allí, usad esos.

El hombre le hace un gesto al chico, que se acerca a coger los paños, mientras él empieza a separar las cebollas de las patatas.

Melissa se da cuenta de que Fritz la está mirando y se encoge de hombros.

—Perdona, es que soy un poco maniática con la comida.

Tiene intención de seguir caminando, pero Fritz no se mueve. Por un momento, teme haber cruzado algún límite.

Entonces él dice:

—Sabes, si quieres, puedes encargarte de esto. —Hace un gesto hacia las estanterías—. A menos que prefieras descansar, claro.

Melissa hace una rápida evaluación interior y, para su sorpresa, se da cuenta de que, aunque está agotada, no tiene ganas de dormir. En cambio, siente una punzada de deseo por hacer algo práctico. De ayudar en este ambicioso proyecto que Fritz ha iniciado. La idea de formar parte vital desde el principio le resulta muy tentadora.

—Ya descansaré después —le dice, arremangándose—. Tú ve a lo tuyo; déjame organizar esto.

2

NICK

Permanece completamente inmóvil mientras la pareja de ciegos registra la habitación del hotel.

No es muy grande y no hay muchos sitios donde esconderse. Ya han mirado debajo de la cama, tras las cortinas y en el pequeño hueco junto al minibar.

Ahora, el hombre está levantando el colchón, y la mujer ha lanzado a un lado la mesita y la silla.

Empiezan a parecer molestos y confundidos.

Parece que fueron una pareja atractiva. Aún jóvenes. Probablemente tenían una casa en las afueras, un buen coche, dos hijos, un labrador amarillo.

Y luego, alzaron la vista al cielo durante apenas un segundo… y ahora están aquí, asesinos ciegos buscando a su próxima víctima.

«Tengo que salir de aquí».

La puerta del pasillo está al otro lado de la habitación, justo enfrente de donde está sentado, y alcanzarla significaría levantarse y pasar directamente por delante de la pareja de ciegos.

No hay forma de evitar la zona empapada de la moqueta, y pisarla inevitablemente producirá esos sonidos pegajosos que lo delatarían.

Lo que significa que tendría que echar a correr. Y no está seguro de poder hacerlo. La ventana está justo encima de él. Aquella por la

que colgó la sábana. Sigue ahí, y en teoría podría trepar por ella. La sábana está bien sujeta y debería aguantar.

Salvo que, en su estado de debilidad, sin duda caería a la calle… y se rompería unos cuantos huesos.

El hombre golpea la cama con ambas manos con fuerza, negando con la cabeza, frustrado. Escanea la habitación con sus ojos ciegos y abultados, respirando con rapidez, la saliva goteándole de los labios. Luego se dirige hacia la pared y empieza a palparla, como si buscara alguna puerta o salida.

La mujer rodea la cama y se acerca al sillón, justo al lado de Nick. Lo agarra, palpa la almohada durante un segundo, luego la deja caer al suelo y vuelca el sillón con un golpe seco. Nick cierra los ojos y permanece absolutamente quieto al sentir el impacto.

La mujer está justo delante de él. Si estira un brazo, inevitablemente le tocará.

Pero, en lugar de eso, se aleja, pasando a escasos centímetros de Nick. Va descalza, y él nota que la moqueta está pegajosa, porque duda un instante antes de continuar.

Nick traga saliva, intentando hacer que el corazón le baje de la garganta. Ve la almohada, y una idea repentina se le forma en la cabeza. La toma y la lanza al otro lado de la habitación. Golpea la puerta del baño y cae al suelo. Debió de emitir un sonido tenue, porque ambos ciegos giran al unísono y centran su atención en ella.

De repente, se mueven con decisión, abalanzándose sobre la puerta del baño. Nick se pone de inmediato a gatas y avanza hacia la salida. Pasa justo por encima de la zona pegajosa, y puede sentir cómo la moqueta se adhiere a sus palmas y luego se despega. No sabe si ha hecho ruido, y tampoco puede permitirse preocuparse por eso ahora. Solo gatea tan rápido como puede.

La moqueta debió de producir sonidos, y lo suficientemente fuertes como para que la pareja ciega los captara. Porque justo antes de que Nick llegue a la puerta, la mujer salta sobre la cama como un mono, aterrizando justo delante de él. Flexiona las rodillas y extiende los brazos como un portero de hockey protegiendo la portería.

Nick se echa hacia atrás. Pero antes de que pueda girarse, una mano fuerte lo agarra del hombro y lo obliga a tumbarse de espaldas.

Empieza a forcejear mientras el hombre ciego lo inmoviliza contra el suelo. Su rostro es una mezcla de ira y triunfo. Es demasiado fuerte, y Nick no tiene fuerzas para resistirse. El hombre lo sujeta con facilidad, y Nick se prepara para el dolor, convencido de que empezará a golpearle.

Pero, en lugar de eso, simplemente lo retiene y gira la cabeza hacia la mujer. Parece pronunciar una palabra que Nick no logra descifrar. Dos segundos después, la mujer aparece en su campo de visión, sosteniendo la lámpara de pie. La base está rota, y el tubo metálico termina en una punta irregular.

El hombre aparentemente sabe lo que está a punto de ocurrir, porque se inclina hacia un lado.

La mujer muestra los dientes y alza la lámpara como si fuera una lanza.

Nick grita, aterrorizado, cuando la lanza hacia él.

Consigue moverse apenas unos centímetros hacia un lado, pero es suficiente para que la lanza no le atraviese el pecho y, en su lugar, perfore la muñeca del hombre.

Este suelta el brazo de Nick con lo que parece ser un gruñido de irritación, sacudiendo la mano para liberarse de la lanza. Pero ha atravesado completamente la muñeca, y la mujer tiene que tirar con fuerza para sacarla.

El grotesco accidente le da a Nick cuatro o cinco segundos.

No hay forma de liberarse: el tipo aún lo sujeta con la otra mano como una tenaza. Así que en su lugar busca algo, lo que sea, al alcance.

Y ve el mechero.

Lo coge y hace girar la rueda. Solo produce una chispa. Lo intenta de nuevo, justo cuando la mujer consigue sacar la lanza, y esta vez aparece una pequeña llama.

El hombre, que ya ha recuperado el uso de su otra mano, agarra de inmediato el bíceps de Nick y lo presiona contra el suelo. Pero la

llama no se apaga, y Nick consigue acercarla lo suficiente a la manga del hombre para que prenda.

La mujer no alza la lámpara esta vez; en su lugar, la deposita con cuidado sobre el plexo solar de Nick, sonriendo de forma amenazante mientras se inclina hacia él.

Justo cuando Nick nota la presión del metal puntiagudo atravesándole la camisa y la piel, el hombre se incorpora de golpe y derriba a la mujer. Agita los brazos, el izquierdo envuelto en llamas que devoran su camisa con avidez, y su expresión ha cambiado por completo. Incluso cuando la lanza le atravesó, apenas reaccionó. Ahora parece un niño asustado. Golpea con la otra mano el fuego, intentando apartar el brazo del rostro. Pero la camisa es demasiado inflamable, y las llamas ya le han alcanzado la espalda y el cuello.

La mujer se distrae un instante al ver a su compañero gritar y chillar, presa del pánico. Pero enseguida recupera el enfoque y lanza de nuevo la lanza con fuerza. Esta vez solo logra perforar la moqueta, porque Nick ha rodado a un lado. Ella lo percibe y asesta otra estocada en su dirección, blandiendo el arma como una guerrera amazona.

La punta de la lanza rasga la camisa de Nick a la altura de la cadera, y siente un pinchazo de dolor al desgarrársele la piel. Aun así, logra ponerse en pie, pero también lo hace la mujer, que lanza otra estocada. Esta vez, sin duda lo habría matado… si el hombre no hubiera huido a ciegas justo en ese instante.

Ahora está completamente envuelto en llamas, con el pelo ardiendo y las cejas ya desaparecidas. Al chocar contra la mujer, ambos caen al suelo. Él cae sobre ella, y los dos se retuercen y forcejean, intentando apartarse el uno del otro. La piel del hombre se está quemando, y trozos de su camisa caen como copos de nieve llameantes. Sus manos, moviéndose a tientas, dejan rastros de sangre quemada en el cuello y la cara de la mujer, que grita al ver que su propio cabello también ha empezado a arder.

El hedor le alcanza las fosas nasales a Nick mientras se incorpora. Es tan denso y nauseabundo que está a punto de vomitar. No pierde tiempo en contemplar la escena horrenda; en su lugar, se dirige

directamente hacia la puerta del pasillo, con las piernas temblorosas por el mareo.

3

Gina

Se siente diferente.

Parpadeando, abre los ojos y ve el techo agrietado. La escalera ha desaparecido. Ha vuelto al sótano. Está sola.

No puede decir con certeza cuánto tiempo ha pasado. Horas, probablemente.

Levanta la cabeza para mirarse y ve que lleva los pantalones puestos. O quizá la palabra correcta sea «aún», tal vez nunca se los quitaron.

Se incorpora despacio, sintiendo el frío del hormigón bajo el trasero. Mira a su alrededor, respirando hondo, asimilando lo que la rodea. Todo parece exactamente igual que antes. Y, al mismo tiempo, completamente distinto.

Los sonidos son más suaves. La luz, más delicada. Todo parece tener una belleza interior. Los montones de polvo. Las telarañas. Todo está, de algún modo, vivo. Al levantarse, descubre que incluso los dolores de su cuerpo le resultan agradables, de alguna forma.

«¿Qué coño me ha pasado?»

Es como si no estuviera realmente allí, y al mismo tiempo, estuviera más presente que nunca. Como si una espesa capa de nubes se hubiese disipado por dentro.

«Era demasiado grande», piensa, mientras algo encaja. «Mi dolor era una parte demasiado profunda de mí. Para soltarlo, tuve que

soltarme también a mí misma.»

El pensamiento no tiene sentido, y Gina estalla en carcajadas. Pronto se transforman en llanto. Se encorva y rompe a llorar con fuerza. Llora como si acabara de perder a una amiga muy querida. Pero no ha perdido a una amiga: se ha perdido a sí misma. A la Gina que pasó años construyendo, reforzando, reafirmando una y otra vez, día tras día. Todos sus mantras: «Soy fuerte, mi voluntad es sorpresiva, el destino lo forjas tú», le parecen ahora una tontería. Como si hubieran formado parte de una ilusión.

Sorprendentemente, el pensamiento viene acompañado de una sensación de alivio aún más profunda. Sin miedo, sin remordimiento. La antigua Gina, la parte de ella que se aferraba a esos sentimientos, sigue ahí. Pero ya no tiene verdadero poder. Se siente libre. Libre para moverse, para respirar, para pensar.

Cuando el llanto cesa, Gina se limpia los ojos y sale del sótano. La puerta de la escalera ya no está cerrada con llave —probablemente nunca lo estuvo—. Sube los peldaños y sale al exterior. Un sol suave la recibe. Nubes blancas y esponjosas se deslizan por el cielo. El cielo es azul. Intacto. Renacido.

Mirando al cielo, no puede evitar sonreír y cerrar los ojos, dejando que la luz del sol le bañe el rostro. No recuerda la última vez que hizo eso, y nunca había notado lo maravilloso que se siente.

Ve el coche, volcado sobre el techo. Los cristales rotos cubren la calle, brillando al sol. Un gorrión se posa en la rueda delantera y canta con todas sus fuerzas. Al menos, el accidente fue real. Lo horrible que ocurrió en el sótano, sin embargo… la parte inferior de su cuerpo no se siente como si hubiera sido violada.

«Todo fue una ilusión. Increíblemente real.»

Ahora lo tiene claro: él no podía hacerle daño. No era realmente él, por supuesto; una parte de ella siempre lo supo. Todo lo que él —o eso— podía hacer era asustarla, hacerle creer que lo que sentía estaba ocurriendo de verdad. Y si Gina hubiese seguido creyendo en el engaño, eso la habría matado. O algo peor.

Gina siempre ha sabido que el miedo es el verdadero enemigo, muchas veces peor que aquello a lo que temes. Ahora, sin embargo, lo comprende en un sentido más profundo.

«Así que», piensa, respirando hondo. «En las inmortales palabras de Axl Rose, ¿a dónde vamos ahora?»

La respuesta parece bastante obvia. De vuelta con sus chicos.

Gina comienza a caminar hacia el pueblo.

Poco después, se encuentra con otro vehículo, aparcado al borde de la carretera. Es un coche compacto de color rojo, que aún permanece sobre sus ruedas. La puerta del conductor se abre y una mujer sale. Es corpulenta, rozando la obesidad, y el coche se tambalea al bajar. Lleva una blusa clara, con uno de los tirantes rotos, lo que hace que le cuelgue abierta, dejando al descubierto uno de sus pechos, grande y visible.

La mujer está ciega. Probablemente conducía cuando ocurrió. A juzgar por la montaña de maletas en el asiento trasero, estaba intentando salir del pueblo cuando, por accidente, alzó la vista al cielo. Podría haber sucedido durante la noche, o quizá hace apenas treinta minutos. Gina no tiene forma de saberlo. Lo único que sabe es que anoche no vio ese coche rojo.

La mujer parece percibir que alguien se acerca. Se queda inmóvil, atenta, girando la cabeza como una antena parabólica.

Gina intenta caminar sin hacer ruido, pero no puede evitar que sus zapatos emitan leves crujidos sobre el asfalto. En la quietud de la mañana, la mujer los percibe de inmediato y comienza a avanzar hacia la parte delantera del coche.

Gina lo rodea, avanzando lo justo para que la mujer no se le acerque demasiado. Esta la sigue por detrás, como un depredador que acecha a su presa. Cuando Gina llega a la puerta delantera, ve que la llave sigue puesta en el contacto. Se desliza tras el volante y cierra la puerta de un portazo. La mujer empieza a arañar la ventanilla.

Gina la observa, sintiendo una punzada de profunda compasión. Probablemente fue una mujer hermosa, con un rostro lleno de vida. Ahora, su piel es cenicienta, los ojos blancos y lechosos, y su expresión, de puro odio.

«No», piensa Gina. «No es odio ni rabia ni nada parecido lo que hay en sus rostros. Es dolor. Dolor puro.»

—Lo siento mucho —le dice a la mujer a través de la ventana.

A la mujer no le importa en absoluto que Gina lo sienta. El sonido de su voz no hace más que enardecerla. Se lanza con más fuerza contra la ventanilla: la golpea con las manos, se inclina para embestirla con la frente, el pelo agitándose de un lado a otro.

Gina gira la llave y el coche arranca de inmediato. Se aleja de la mujer, que intenta agarrarse al marco de la puerta, pero acaba cayendo al suelo.

Gina conduce hasta el primer camino lateral, da la vuelta y regresa. La mujer ya se ha levantado. Pasa junto a ella con el máximo cuidado, procurando no atropellarla.

Entonces acelera y pone rumbo de nuevo al pueblo.

4

NICK

Cerrando la puerta tras de sí con el mayor sigilo posible, Nick no se detiene a comprobar si la pareja de ciegos va a seguirlo o no. En lugar de eso, se lanza por el pasillo, parpadeando mientras intenta no desplomarse. Todo le da vueltas ante los ojos y, con cada paso, tropieza.

Ser sordo siempre fue un reto. Al carecer de un sentido tan vital, Nick ha tenido que apoyarse en otros modos de orientarse en el mundo. Más allá de su intuición afinada y del sentido del tacto, sus ojos siempre fueron su principal aliado. La idea de perder o dañar la vista le resultaba especialmente aterradora, pues lo dejaría prácticamente incapaz de desplazarse por sí mismo.

Ahora, mientras se esfuerza por no dejarse dominar por el vértigo, aquel viejo temor de no poder ver con claridad vuelve a aflorar y lo llena de más adrenalina. Lucha por contenerlo y extiende una mano hasta tocar la pared. Al apoyarse en ella, puede cerrar los ojos y evitar que el pasillo siga girando. Eso le ayuda a moverse más rápido. Todavía se siente como si estuviera en un barco en plena tormenta, pero no tanto como para caer al suelo.

Pasa una puerta, luego otra, y después una tercera.

No recuerda con exactitud cuán largo es el pasillo, pero al llegar a la cuarta puerta se detiene y se arriesga a mirar hacia atrás.

Tal como esperaba, tanto el hombre como la mujer vienen tras él, tanteando el camino.

Nick vuelve a mirar al frente. El final del pasillo está cerca. Un cartel en el techo señala una puerta a la derecha con el letrero: «ESCALERAS». Pero Nick recuerda que el vestíbulo del hotel está lleno de personas ciegas, y lo último que quiere es encontrarse rodeado, especialmente en su estado actual, luchando por mantener la lucidez.

Tiene dos opciones más: entrar en la última habitación a la izquierda o lanzarse por la ventana del fondo. Colarse en la habitación lo pondría en una situación idéntica a la que acaba de escapar: atrapado en un espacio cerrado. Todavía está en el segundo piso, así que la ventana también parece una apuesta arriesgada.

«Tres malas opciones. ¿Cuál elijo?»

Nick sigue avanzando hasta el final del pasillo. Al mirar por la ventana, descubre con sorpresa una escalera de incendios fijada a la pared exterior. La ventana se abre como una puerta, con un sencillo seguro infantil en la manilla. Nick lo desliza hacia un lado. No puede oír el clic, pero siente cómo el mecanismo cede bajo su pulgar y sabe que acaba de ofrecer a la pareja de ciegos una nueva referencia sonora. Mira por encima del hombro, y su miedo se confirma: han acelerado el paso y se dirigen directamente hacia él.

«No llegaré a tiempo...»

Nick piensa rápido, tan rápido como puede.

Mira hacia abajo y ve una maceta de plástico en el suelo. Se inclina, abre la puerta del rellano, agarra la planta y la lanza escaleras abajo. La ve estallar antes de que desaparezca de su vista, y el estruendo debe de ser lo bastante fuerte como para atraer a todas las personas ciegas del hotel.

Y, desde luego, atrae a la pareja.

El hombre ha tomado la delantera y está a solo unos pasos de Nick, casi al alcance de la mano, cuando oye el estruendo de la maceta. Gira bruscamente justo cuando Nick se aparta, pegándose a la pared. Pasa tan cerca que Nick percibe con claridad el olor a piel quemada. Luego desaparece por la puerta de la escalera. La mujer

lo sigue de inmediato, rozándole el brazo al pasar. Nick permanece absolutamente quieto, conteniendo la respiración.

En cuanto ambos están bajando las escaleras, Nick extiende la mano y cierra la puerta con cuidado. No puede saber con certeza si hace ruido o no, pero lo último que ve es que tanto el hombre como la mujer siguen descendiendo, ansiosos por encontrarlo.

Nick se gira hacia la ventana, respirando profundamente por la boca.

«Eso fue la parte difícil. Ahora solo tengo que bajar sin caerme y romperme las piernas. Pan comido.»

Abre la ventana y saca una pierna, buscando los peldaños metálicos. Sale por completo, usando una mano para cerrar la ventana tras de sí. Luego mira hacia la calle, asegurándose de que no haya nadie esperando para sorprenderlo.

Por desgracia, alguien lo está esperando.

Una chica, de no más de trece o quince años, está justo debajo de la escalera, con el cuello inclinado hacia atrás, mirándolo con ojos ciegos. Debió de oír el ruido de la maceta rompiéndose, porque parece estar escuchando con atención.

«Mierda... ¡lárgate!»

El pensamiento de Nick no hace que la chica se aleje. De hecho, se acerca más a la pared, recorriéndola con las manos. Nick nota que le faltan varios dedos, como si se los hubieran arrancado, cortado o mordido. La chica llevaba un cortavientos cuando ocurrió —y aún lo lleva—, con la manga oscurecida por la sangre seca. También tiene un feo moretón en la sien izquierda. Obviamente, ya ha vivido su buena dosis de violencia, y parece que busca más, porque en cuanto nota los peldaños, comienza a trepar por la pared.

Nick se aferra a la escalera, sintiendo cómo brazos y piernas le tiemblan del puro agotamiento. El corazón le late con fuerza, intentando enviar lo poco de sangre que le queda a unas extremidades exhaustas. Mira por la ventana, considerando regresar al interior, pero descarta esa idea de inmediato al ver a tres personas ciegas más avanzando por el pasillo. No sabe si estaban escondidas en alguna de las habitaciones o si venían por la otra

escalera, pero está claro que el ruido las ha atraído, y vienen a unirse a la fiesta.

«Bien», piensa Nick, preparándose. «Parece que la única salida es hacia abajo.»

Ve a la chica subir como una araña hambrienta, con el rostro alzado hacia él y la lengua colgando sobre unos labios agrietados, acercándose con rapidez.

Nick no baja a enfrentarse a ella. En su lugar, se aferra con fuerza a los laterales de la escalera. Apoya todo el peso en un pie y libera el otro. Flexionando la rodilla, lo recoge todo lo que puede, manteniéndolo preparado. Solo lleva un zapato, en la pierna derecha, la que no sostiene su peso.

«Vamos... solo unos peldaños más...»

La chica llega a él rápidamente. Nick espera, respira con calma, parpadea con fuerza. En el instante en que ella le toca la pierna, le agarra el tobillo. Justo entonces, Nick lanza con fuerza la otra pierna hacia abajo, como un pistón. La suela de su zapato le impacta de lleno en la frente, y el golpe es lo bastante fuerte e inesperado como para hacerla resbalar. Su expresión cambia a una de asombro atroz, y trata de recuperar el equilibrio, pero solo logra aferrarse con la mano herida, que no puede sostenerla.

Así que la chica cae, girando en media voltereta, con brazos y piernas agitándose en el vacío hasta que aterriza de cabeza.

Nick solo puede imaginar lo horrible que debe de haber sonado. La chica cae de lado como una muñeca de trapo. Sus piernas se estremecen un par de veces más y luego queda completamente inmóvil. A juzgar por el ángulo de su cuerpo, es casi seguro que se ha roto el cuello. Sorprendentemente, el cráneo parece haber resistido el impacto. Aun así, ha sido suficiente para matarla.

Nick baja tan rápido como puede sin arriesgarse a caer. Al llegar a la acera, se cuida de no pisarla. No puede evitar mirarla más de cerca y ve ahora que su cráneo no resistió la caída. Una grieta grotesca es visible justo bajo la línea del cabello.

Una oleada de náusea le sube desde el estómago a la garganta. Justo cuando se da la vuelta, algo grande cae desde lo alto.

Por poco grita al saltar a un lado. Un hombre ciego aterriza parcialmente sobre la chica. Su caída es algo menos torpe —al menos no se golpea la cabeza— y consigue ponerse a cuatro patas de inmediato. Pero algo en la parte baja de su espalda parece haberse desplazado, porque tiene las caderas torcidas de forma extraña y no puede incorporarse. Aun así, eso no le impide palpar con ansia, buscando a quien haya oído.

Mientras se aleja, Nick echa un vistazo arriba y ve a dos ciegos más peleándose por salir por la ventana primero. Entonces se da la vuelta y echa a correr por la acera tan rápido como puede.

5

GINA

La ciudad parece distinta.

Y no solo por la hermosa luz del sol reflejada en los escaparates. Aunque la ciudad está en gran parte abandonada y cubierta de destrozos —ventanas rotas, coches siniestrados, objetos caídos y abandonados en mitad de la calle, cadáveres por todas partes y, por supuesto, personas ciegas al acecho en cada esquina—, Gina no puede evitar percibir una cierta serenidad bajo todo ese caos. Es como mirar dentro de un lago con basura flotando en la superficie, pero cuyas aguas, más abajo, son claras, profundas y tranquilas.

Tarda unos treinta minutos en llegar al barrio donde está la casa segura. Conduce con cuidado, de forma deliberada, evitando cualquier cosa o persona.

Cuando por fin aparca junto a la casa, ve que el otro coche no está, y la preocupación no tarda en aparecer.

«¿Se fueron? ¿Pasó algo mientras yo no estaba?»

La casa no da ninguna señal clara de si aún está habitada o no.

Gina sale, mira a su alrededor para asegurarse de que nadie se le acerca sigilosamente. Cierra la puerta con suavidad y luego sigue por el camino de entrada. Cuando se acerca a la puerta principal, esta se abre de golpe y Anton sale disparado. Apenas logra colocarse la gorra mientras corre hacia ella y se lanza en sus brazos.

Gina lo recoge y lo envuelve en un fuerte abrazo, inhalando su olor, sintiendo cómo el corazón se le hincha hasta casi romperle la caja torácica.

—Ay, mamá, qué alegría que hayas vuelto —susurra él contra su camisa, abrazándola con fuerza—. Por favor, no te vayas nunca más.

—No lo haré, cariño —dice, y sabe con certeza que esas son las palabras más sinceras que ha pronunciado jamás—. No volveré a dejaros nunca.

Anton sigue apretándola como si no pensara soltarla jamás, y al final es Gina quien rompe el abrazo. Lo toma por los hombros y le mira a la cara. Él se seca las lágrimas, con expresión avergonzada. Parece mayor que anoche.

Gina ya ha notado eso otras veces, sobre todo cuando los chicos eran pequeños. Cómo los acostaba por la noche y, a la mañana siguiente, al despertarlos, parecía que hubieran crecido un centímetro mientras dormían.

Pero esto es diferente. Anton no solo ha crecido. También ha envejecido. Sus ojos son los de alguien que ha vivido demasiado. Alguien que ha pasado por cosas que nadie de su edad debería experimentar.

—¿Dónde está tu hermano? —pregunta.

—Aquí estoy.

La voz de Victor hace que ambos se giren para verlo, de pie justo en la entrada. Él también parece mayor, aún más. Y Gina ve algo más en su rostro, algo que le duele: su expresión está protegida, como si se hubiera puesto una coraza de dureza. Para cualquiera, seguramente sería una mirada de determinación, de resolución y firmeza.

Pero Gina ve más allá. Ve lo que hay debajo. La amargura, el dolor. Ve el abandono que ha sufrido, la traición a su confianza, el sufrimiento que ha soportado.

«Yo le hice eso. Todo el horror por el que ha pasado, no le hirió ni le asustó tanto como lo hice yo.»

Más que nada, se ve a sí misma. Su propio reflejo asustado aparece en los ojos de Victor. Parece duro, sereno, fuerte. Parece

que tiene el control. Pero en realidad, ha empezado a encerrarse en sí mismo.

Gina siente una inmensa culpa al mirar a su hijo, que apenas puede sostenerle la mirada. Su silencio debe de incomodarle, no saber cómo reaccionar, porque pequeños músculos alrededor de sus ojos y su boca comienzan a temblar.

—Así que has vuelto —dice él, con voz ronca. Como si intentara sonar como un adulto. Fríamente observador. Indiferente.

—Sí —dice Gina—. Siento haberme ido. Sé que eso no basta, pero lo siento de verdad.

—Ya —dice él, inflando una mejilla con la lengua, un gesto que solía hacer cuando era pequeño y se sentía incómodo—. ¿Y por qué has cambiado de opinión? ¿Por qué has vuelto?

Intenta que suene como una pregunta casual, pero Gina siente que está lejos de serlo. Nota que Anton también la mira, esperando la respuesta.

«Elige bien tus palabras», se dice. Pero enseguida se da cuenta de que no hace falta. Puede decir simplemente la verdad.

—He vuelto porque ya no quiero seguir huyendo.

Victor exhala. Parece que va a bufar o a llorar.

—Pues genial. ¿No podías haber decidido eso un poco antes?

—No, no podía —responde Gina con suavidad, sin dramatismo y con serenidad—. Ojalá. Pero no podía ver con claridad. Tenía demasiado dolor en el corazón.

Las palabras fluyen tan fácilmente, con tanta autenticidad, que incluso sorprenden a Gina. Ambos chicos la miran como sin saber qué pensar. Como si intentaran decidir si dice la verdad o si se ha vuelto loca.

Entonces, antes incluso de saber lo que está diciendo, les dice:

—Hay algo sobre lo que os he mentido toda vuestra vida. Es vuestro padre y quién fue. Por fin estoy preparada para contaros la verdad, si vosotros estáis preparados para oírla.

Los chicos la miran fijamente. Antes de que ninguno de los dos pueda contestar, Patrick aparece en la puerta. Se ha duchado y afeitado. Se ha peinado. Lleva ropa limpia. Tiene buen aspecto. Parece un modelo. De pronto, Gina comprende por qué Phoebe se

sintió atraída por él. Pero volver a verlo también resulta extraño. La versión de él que conoció anoche parece ahora una pésima imitación del verdadero Patrick.

«¿Cómo pude dejarme engañar tan fácilmente?»

La respuesta es evidente, claro. Estaba muerta de miedo. Quería creer todo lo que esa cosa que se hacía pasar por Patrick le había dicho.

—Hola, Gina —dice Patrick—. Me alegra que hayas vuelto.

—A mí también —responde ella—. Gracias por cuidar de los chicos, Patrick.

—No hay de qué. Eh, te olvidaste de algo.

Esa última frase va dirigida a Victor, y Patrick se acerca para ponerle una gorra en la cabeza.

Victor sonríe y se la ajusta. Pero no se la quita.

—Lo siento, pero solo los inmunes podemos ir de guays. El resto sois aficionados al béisbol ahora. Al menos cuando estéis fuera. Y hablando de eso, ¿no quieres entrar?

La pregunta es para Gina.

—Sin ánimo de ofender, pero pareces necesitar una ducha.

Ella asiente.

—Probablemente sea una buena idea.

6

NORA

No puede creer lo rápido que están yendo las cosas.

Al mismo tiempo, parece estar atrapada en un extraño limbo donde el tiempo se ha detenido.

Lo único que le asegura que aún hay un ritmo es que siguen existiendo los días y las noches, el sol entrando y saliendo por los tragaluces en lo alto del hangar.

Nora se ha mantenido ocupada. Centrada en sus tareas.

Cuando alguien le da unos golpecitos en el hombro y le dice que es hora de comer, se une a los demás en el comedor. Se lleva comida a la boca y la traga. Cuando cae la noche, sigue a los otros hacia los barracones junto al hangar. Se tumba en la litera que le ha sido asignada y se duerme al instante. No sueña. El sueño es demasiado profundo para eso. Sin embargo, percibe a Nick, mientras yace allí, en la oscuridad vacía.

Luego, alguien la sacude suavemente para despertarla. Es por la mañana otra vez, y vuelve al hangar para reanudar su trabajo.

Fritz ha traído a mucha gente por la puerta, y siguen llegando. Todos se mantienen también ocupados. Es como si hubiera un cierto estado de ánimo en el aire. Parece que todo el mundo quiere hacer algo, quiere ayudar como sea. Es casi algo neurótico. Como si temieran quedarse quietos o parecer vagos.

Nora lo siente también. Es más cómodo moverse.

Aun así, la tensión está justo debajo de la superficie. Y está segura de que no es la única que lo percibe.

De vez en cuando, alguien empieza una discusión. Y como la gente está a la defensiva, la cosa se intensifica rápidamente. Más de una vez ha estallado una pelea. Sin embargo, se sofoca con rapidez, ya que quien esté cerca interviene al instante para separarlos.

En una ocasión, el tipo que trabajaba al lado de Nora fue empujado sin querer por una mujer con pantalones de yoga que cargaba una caja de herramientas. El hombre había estado trabajando en silencio todo el día, aparentemente tranquilo y completamente concentrado en lo suyo. Nora no le había oído pronunciar ni una sola palabra. Entonces, al sentir el contacto de la mujer, se giró de golpe para fulminarla con la mirada.

—¡Mira por dónde vas, zorra!

La mujer se quedó desconcertada al principio, pero luego frunció el ceño.

—¿Y por qué no miras tú por dónde vas, tío? Estás por todas partes.

Estaba a punto de seguir cuando el tipo le dio un manotazo en el brazo con tanta fuerza que hizo que soltara la caja. Las herramientas se desparramaron por el suelo.

Durante un segundo, la mujer se quedó paralizada. Luego enseñó los dientes en un gruñido y arremetió contra él con sus largas uñas. El tipo, aparentemente preparado, se apartó justo a tiempo, esquivando el golpe. Luego se abalanzó sobre ella y ambos cayeron al suelo, aterrizando entre las herramientas, forcejeando, gruñendo, tirándose del pelo, golpeándose.

Nora los contempló con incredulidad. Estaba subida a un taburete para alcanzar la estantería más alta, así que no podía intervenir fácilmente. Pero sintió un impulso de hacerlo. Como alguien con una manta al lado de una chispa, deseaba apagar el fuego.

Otro se le adelantó. Un par de hombres se acercaron y separaron al tipo y a la mujer. El hombre volvió a insultarla y la mujer le escupió en la cara. Luego los alejaron el uno del otro.

Y eso fue todo.

Nadie pareció prestarle más atención. Todos volvieron simplemente a sus tareas. Incluidos el hombre y la mujer.

Nora lo observó de reojo mientras él retomaba la tarea de montar las estanterías. Tenía un arañazo sangrante en la barbilla, donde ella lo había alcanzado. Pero no parecía importarle. Su expresión volvía a ser neutra, centrado únicamente en el trabajo.

Como un sonámbulo, pensó Nora, reanudando su labor. O como alguien que ha sido hipnotizado.

Y entonces, en menos de un minuto, Nora se olvidó del incidente. Era como si se hubiera desvanecido de su memoria. En su lugar, su mente se dirigió hacia Nick.

Sigue lamentando la pérdida de su hermano. El dolor, la herida profunda, siguen ahí. Pero de algún modo, desde que llegó a este lugar —el Palacio, escuchó a alguien llamarlo—, todo ese sufrimiento se ha hecho un poco más llevadero. Estar aquí parece amortiguar el dolor, y eso es algo que Nora agradece profundamente. No quiere sentirlo. No ahora. Quizá más adelante. Cuando esté más preparada para enfrentarlo. Por ahora, se conforma con dejar en paz el torbellino de pérdida, remordimiento, vergüenza y rabia que le arde en el pecho. Intenta no pensar demasiado en nada. Pensar le resulta más difícil. Le duele la cabeza. Trabajar es mejor. Es más fácil.

A medida que pasan los días, contempla cómo crece el lugar. Cada vez llegan más personas. Todos entran tambaleándose por la puerta, guiados por Fritz, con la misma cara de desconcierto que tenía Nora. También parecen heridos, asustados y exhaustos. Cada uno, sin duda, ha sido arrancado de alguna escena horrible allá fuera, en el mundo.

Mientras decenas y decenas de personas se suman, Nora observa cómo algunas adoptan de forma natural la responsabilidad de organizar. Dan instrucciones, reparten tareas, ponen orden.

Nora nunca ha sido una seguidora. De hecho, detesta que le digan lo que tiene que hacer. Pero no quiere discutir, así que, cuando un tipo bajito la señala y le dice que se una a los que están montando la cocina, simplemente obedece.

Se alegra de haber dejado atrás todo el caos: el miedo a los ciegos, la necesidad constante de huir y esconderse.

Aunque el hangar está situado muy lejos de la ciudad, los ciegos podrían encontrarlo. Pero Nora sabe que no lo harán. Lo siente. No hay peligro. De algún modo, este lugar, el Palacio, está protegido.

Pero esto no se trata solo de los ciegos. El Palacio es un refugio seguro para todo el dolor.

Nada puede herirla aquí.

Nada.

7

THORN

Bajar por el edificio resulta más fácil de lo que temía.

Por supuesto, se topan con un montón de ciegos, pero los haces de las linternas los delatan al instante, y los eliminan sin vacilar.

Una o dos veces, el grupo de soldados está a punto de quedar acorralado, ya que los disparos atraen a más ciegos y tienen que abrirse paso a tiros entre una horda de hostiles. En un momento especialmente crítico, se ven obligados a atrancar una puerta para evitar que los sigan.

Volver a subir será aún más complicado, pero a Thorn no le preocupa. De hecho, le importa un carajo. Lo único en lo que puede pensar es en encontrar a Nygaard.

Consultó los registros la última vez que estuvo allí —antes de que todo se fundiera— simplemente por curiosidad. Y vio que a Nygaard le habían operado. Le extirparon las retinas. Lo que significa que quedó ciego. Lo cual explica por qué Hoffmann salió del edificio solo.

Además, el tipo del moño, el recluso que delató a Hoffmann, les contó que el «tipo ciego grande» optó por quedarse atrás. Que fue él quien acabó activando el EMP. Lo que significa que fue quien pagó el precio más alto.

Tras perder a Hoffmann, Thorn fue directo de nuevo al tipo del moño, que ya había sido subido al camión y estaba a punto de ser trasladado al siguiente destino. Thorn le prometió la libertad a

cambio de cualquier información que pudiera llevarle hasta donde Hoffmann se dirigía.

El tipo no pudo decirle nada. Hoffmann, con buen criterio, no le había compartido sus planes.

Pero estaba el «tipo ciego grande», y el del moño soltó encantado todo lo que sabía sobre él.

Cuando terminó, exigió que lo dejaran libre. Y Thorn lo hizo. Es decir, lo sacó del camión y lo arrojó al suelo. En cuanto el tipo miró al cielo y comenzó a quedarse ciego, Thorn le disparó entre los ojos. No se puede estar más libre que eso.

Después, Thorn lideró al grupo de soldados dentro del edificio sin la menor vacilación, aunque el objeto del cielo seguía allí, causando estragos. A él le daba igual. El único cuya seguridad le importaba era Winter, y sabía que el coronel podía valerse por sí mismo.

Por fin alcanzan el nivel donde estaba el EMP, y Thorn ordena a los hombres que se dividan en grupos más pequeños y despejen toda la planta. Él mismo se dirige solo a la sala. No quiere a nadie interfiriendo.

Thorn desea con desesperación redimirse. Hoffmann escapó, algo que no se va a perdonar en mucho tiempo, pero Nygaard sigue ahí dentro, en alguna parte. Y Thorn tiene el presentimiento de que ese «alguna parte» puede ser justo la sala del EMP. El pulso tuvo que activarse manualmente, y al estar ciego y abandonado por sus supuestos aliados, Nygaard no pudo haber hecho mucho más que atrincherarse. No hay otra salida desde allí.

Thorn prueba la puerta con cuidado. Espera que esté cerrada, o mejor dicho: atrancada, ya que la cerradura electrónica está frita. Sin embargo, para su sorpresa, la puerta se abre sin ofrecer resistencia.

Se aparta enseguida, procurando no quedar como un blanco fácil en el umbral. Escucha. Contiene la respiración durante cinco ciclos antes de encender la linterna y enfocar el interior. Barre el espacio con el haz de luz, escaneando todo lo que entra en su campo de visión. No ve a Nygaard… ni a nadie más.

Se desliza dentro de la sala, con el arma lista, avanzando pegado a la pared.

El EMP ocupa casi todo el centro de la sala, y Nygaard podría estar escondido al otro lado, así que Thorn da toda la vuelta, despejando el recinto. El agente no está. Thorn siente cómo el pecho se le contrae de rabia.

¿Podría Nygaard haberles pasado por alto? Difícil de imaginar. Más probable es que esté escondido en algún rincón de ese nivel, y Thorn está decidido a encontr...

El hilo de sus pensamientos se interrumpe bruscamente. Al girarse para salir de la sala, sus ojos se posan en una trampilla metálica en el suelo de hormigón. No parece fuera de lugar. Pero se ha acumulado un poco de polvo en los bordes, y en él, Thorn distingue cuatro huellas. Una mano grande ha pasado por allí hace poco.

«No lo hiciste, maldito bastardo…»

Thorn se agacha para inspeccionar la trampilla. Tiene el tamaño justo para que un adulto —incluso alguien del tamaño de Nygaard— pudiera colarse por ella. No es fácil de levantar; no está pensada para eso, y parece requerir unos dedos fuertes o un destornillador, o algo parecido.

Como si lo hubiera invocado con la mente, Thorn ve un destornillador de mango amarillo a pocos pasos. No le prestó atención al registrar la sala: no parecía relevante. Pero no puede ser casualidad que esté justo al lado de la trampilla.

«Veamos si puedo abrir esta cosa.»

Thorn toma el destornillador en una mano y mantiene el arma lista con la otra. Le resulta difícil, así que tiene que dejar el arma un momento. Usando ambas manos, logra levantar la trampilla una pulgada.

Llaman a la puerta.

—¿Sargento? ¿Está ahí?

—¡Déjame en paz, joder! —grita Thorn, sorprendiéndose a sí mismo. Suena como alguien desesperado. Y la desesperación no le gusta. Conduce a malas decisiones. Pero ya ha cruzado ese umbral. Hoffmann se le escapó, y ahora Nygaard también lo intenta. Thorn no está solo desesperado: está obsesionado.

Empuja la trampilla a un lado, toma el arma y la linterna, y los apunta hacia el hueco del desagüe. Una escalera metálica oxidada

está anclada a la pared húmeda. Baja unos veinte peldaños. Allí abajo, una corriente de agua negra fluye con parsimonia. No hay rastro de Nygaard. Pero Thorn sabe que está ahí.

«No me lo vas a poner fácil, ¿verdad?»

Thorn tiene un odio visceral a los lugares estrechos, túneles y alcantarillas en particular. Una vez, en Teherán, tuvo que refugiarse de una emboscada dentro de un pozo abandonado, y una granada explotó justo en la boca del pozo, haciendo que el techo se viniera abajo. Thorn se salvó de la emboscada, pero pasó toda la noche atrapado en el pozo. No podía pedir ayuda por miedo a ser oído por enemigos, así que tuvo que esperar a que oscureciera y luego salir trepando.

Casi no lo logra. Desde entonces, tiene fobia a los lugares estrechos y húmedos.

«Ni de coña bajo ahí. Solo tengo que mirar los planos del alcantarillado y averiguar hacia dónde se dirige. Quizá incluso logre adelantármele.»

Pero Thorn sabe que se está mintiendo a sí mismo. Las alcantarillas son un laberinto intrincado con múltiples salidas. Incluso si eligiera la correcta, Nygaard ya estaría muy lejos cuando él llegara.

«Ganó. Ese cabrón también me esquivó.»

Thorn siente ganas de romper algo. Está a punto de estrellar la linterna contra el suelo, cuando la ve.

No sabe cuánto tiempo lleva allí de pie. Podrían haber pasado varios minutos. No ha emitido ni un sonido. Al menos, ninguno que él haya percibido.

Tiene los ojos enormes, vacíos. Está desnuda. No hace el menor intento por cubrirse.

—Tranquilo, señor Tougaard —le dice con una voz suave, muerta, ladeando un poco la cabeza—. Ya no estoy aquí. Ni me daré cuenta. Puedes divertirte ahora.

Y extiende los brazos como si quisiera abrazarlo cálidamente.

Thorn está a punto de gritar. En lugar de eso, cierra los ojos con fuerza y respira hondo entre los dientes apretados.

—Contrólate —murmura para sí, mientras su cuerpo entero grita alerta máxima—. Estás perdiendo la cabeza. Ella no está aquí. No hay nada aquí.

Thorn le da la espalda a la mujer. Le cuesta todo su autocontrol. Luego, sin avisar a los soldados que esperan fuera, enfunda su arma y comienza a bajar por la escalera. Considera dejar la trampilla abierta, pero se lo piensa mejor. No quiere que nadie lo siga. Esto es entre él y Nygaard. Ya ni siquiera es trabajo oficial. Le da igual lo que quiera Winter. Esto trata de lo que quiere Thorn… de lo que necesita Thorn.

«Si quiero librarme de ella, tengo que acabar con esto», se dice Thorn, echando un último vistazo a la mujer. Sigue allí mientras él cierra la trampilla y empieza a descender. La claustrofobia se cierne sobre él, le cuesta respirar. Thorn se concentra en mover los brazos y las piernas mientras baja. «Si encuentro a Nygaard y lo mato, ella desaparecerá para siempre.»

No sabe cómo lo sabe, pero está convencido de que es un hecho. Y lo hará realidad. Cueste lo que cueste.

8

GINA

El salón se siente distinto.

Al entrar, los ve a todos allí. Anton, Victor, Patrick, Lisa y Karen. El único que no levanta la vista es Victor, que está jugando con el móvil.

Como todas las ventanas están cubiertas con barrotes, no entra la luz del sol. Y, sin embargo, el ambiente parece más luminoso. La última vez que estuvo aquí —menos de veinticuatro horas atrás, aunque se siente como una eternidad—, su estado mental era muy diferente. Al pensarlo ahora, lo recuerda con claridad. Estaba enfadada, tensa, con el sistema invadido por el miedo y la ansiedad. Todas esas emociones la zarandeaban. La tenían atrapada, controlaban sus pensamientos y sus actos, la hacían prisionera de su propia piel.

Respira hondo y deja marchar el recuerdo de la Gina de ayer, agradeciendo la sensación de poder respirar profundo.

Lleva puesta una ropa que encontró en el armario. Le queda un poco grande y es mucho más seria de lo que ella suele vestir. Normalmente lleva el pelo recogido en una coleta, pero como no encontró ninguna goma, simplemente se lo cepilló y lo dejó suelto sobre los hombros.

—Tienes mejor aspecto —dice Lisa, sonriéndole. La chica, en cambio, parece no haber dormido bien ni comido lo suficiente.

—Gracias. Me siento mejor.

Anton se aparta en el sofá para hacerle sitio. Gina se sienta.

—¿Quieres algo de beber? —pregunta Karen—. Tenemos té y café.

—Una taza de té estaría bien.

—Deja que lo prepare yo —dice Lisa, levantándose. Va hacia la cocina y llena el hervidor eléctrico.

—Se fue la luz anoche —informa Patrick, inclinándose hacia delante en su sillón—. Parece que todo el barrio se ha quedado sin electricidad. Tenemos un generador en el sótano, así que estaremos bien mientras nos dure el propano.

—¿Y a qué se debió el apagón? —pregunta Gina.

—Ni idea. Podría haber sido un rayo. O quizás cerraron la planta. Era cuestión de tiempo.

—Supongo.

—Eso significa que pronto también se apagarán los móviles. La gente no podrá recargarlos.

Victor sigue mirando su móvil. Se levantó discretamente cuando lo hizo Lisa y ahora está detrás del sillón de Patrick. Gina no le da importancia.

Patrick se vuelve hacia ella.

—¿Y tú qué? ¿Dónde te metiste?

Gina mira unos segundos la mesa, esperando a que le vengan las palabras. Cuando llegan, comienza a hablar con voz serena:

—Primero, necesito contarle algo a Anton y a Victor. Pero no pasa nada si los demás lo escucháis también.

Anton ya ha girado la cabeza hacia ella. Ahora la mira con más intensidad. Victor por fin guarda el móvil en el bolsillo. No la mira directamente, pero Gina sabe que está atento.

—Cuando era adolescente, me metí con gente que no me convenía. Tuve un accidente de coche. Viajaba con dos chicos. Ellos salieron muy mal parados. Yo apenas tuve un rasguño. Aquello me hizo querer cambiar. Y lo hice. Pero luego uno de los chicos del accidente volvió y… —Gina se mira las manos, dándoles vueltas con lentitud. Se plantea cómo decirlo. Y, una vez más, comprende que la verdad es la mejor opción—. Me violó —dice. Mira a Anton y luego a Victor—. Sabéis lo que significa, ¿verdad?

La cara de Anton es una máscara de horror, pero asiente. Victor traga saliva y también asiente con la cabeza, apenas.

—Cuando supe que estaba embarazada, pensé en abortar. Me duele decirlo ahora, pero era muy joven, y no tenía a nadie que me apoyara. Vuestra abuela… nunca la habéis conocido porque decidí cortar la relación con ella. Era una mala influencia. Pero decidí seguir adelante con el embarazo. Y fue la mejor decisión de mi vida. Teneros a vosotros, ser madre, me transformó para bien.

Gina sonríe, y cuando una lágrima le rueda por la mejilla, se la limpia con suavidad. Sabe que Karen, Lisa y Patrick la observan. Sabe que está abriendo el alma frente a completos desconocidos. Pero no le importa. Está hablando con sus hijos.

—Anoche, cuando me fui… —Gina se humedece los labios, dejando tiempo para que todos asimilen lo dicho—. Lo hice porque sentí que mi demonio se acercaba. Y me aterraba. También sentía vergüenza, y miedo de que vosotros descubrierais la verdad. Por eso os he mentido todos estos años.

Hace otra pausa, reflexionando cuánto debe contar.

—Se presentó unas horas después de que me marchara. Se hacía pasar por ti, Patrick —dice, mirando a Patrick, que parpadea—. Me engañó para que subiera a un coche que era idéntico al nuestro. Él…

—Espera —interrumpe Karen, negando con la cabeza—. Perdona, pero estoy confundida. Dices "él"… ¿Era el tipo que…? ¿Era una persona real?

Gina niega con la cabeza.

—No. Era mi demonio. Mi fantasma.

—¿Y qué quería? —pregunta Lisa, con apenas en un susurro. No aparta los ojos de Gina.

Gina respira un par de veces antes de responder:

—Quería romperme. Sacó todo el dolor que tenía dentro. Reavivó mi trauma más profundo. Intentó volver a violarme.

Lisa ahoga un grito y se cubre la boca con la mano. Anton rompe a llorar.

—Madre mía —murmura Patrick, mirando a Victor, que se ha puesto pálido—. Gina, ¿estás segura de que deberías…?

—Creo que es mejor decirlo sin rodeos —prosigue Gina—. Porque creo que, tarde o temprano, todos vosotros tendréis que enfrentaros a algo parecido. —Coloca una mano sobre el muslo de Anton y mira a Victor—. Sé que esto es muy duro de oír, pero mírame mientras hablo. Sabéis que estoy bien, ¿verdad? En realidad, estoy mejor que nunca. Porque gané.

Anton sorbe por la nariz, luchando por no llorar. Victor parece no saber cómo reaccionar.

—¿Cómo? —murmura—. ¿Lo mataste? ¿Con un cuchillo o algo así?

—No. Eso no serviría. No creo que ninguna arma del mundo pueda hacerles daño. No son realmente cosas físicas.

—Pero dijiste que conducía un coche —dice Patrick—. Y lo que intentó hacerte… eso para mí es muy físico.

—Sí, creo que pueden mover objetos y tal, pero… —Gina frunce el ceño—. No tengo claro qué pueden o no pueden hacer. Pero estoy segura de que no me ocurrió nada de verdad. Todo fue una ilusión. Solo usó mi miedo para manipular la realidad de algún modo —Niega con la cabeza—. Pero eso no importa. Lo importante es que podemos ganar. Podemos vencerlos.

Intenta sonar alentadora, infundir esperanza. Pero todos la miran con rostros marcados por el miedo, el espanto y la incredulidad.

—¿Y el tuyo se ha ido? —pregunta Lisa, con tono ansioso, aunque también un poco esperanzado—. ¿Para siempre?

—Sí —responde Gina simplemente.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunta Victor—. ¿Lo viste morir o evaporarse?

—No. Simplemente sé que ya no está. Lo siento aquí, en el corazón.

Lisa parece escéptica.

—¿Ahí estaba todo el tiempo?

Gina asiente.

—Nunca estuvo en otro sitio.

—¿Y cómo lo lograste? —pregunta Patrick—. ¿Cómo lo echaste?

—Soltando el dolor. Desatando el nudo de aquí —se toca el pecho con suavidad—. Lo perdoné. Usé el amor que siento por vosotros…

—Mira a Anton y Victor con una sonrisa luminosa, y los ojos otra vez llenos de lágrimas—. Y se lo mostré. No pudo soportarlo.

—¿Se lo mostraste? —pregunta Karen, frunciendo el ceño—. ¿Cómo?

—Sí, no sé si lo entiendo —añade Patrick—. No quiero parecer un imbécil, Gina, pero si quieres que lo comprendamos, tendrás que hablar como una persona normal, no como un Buda.

—No lo es —dice Anton por primera vez. Se limpia la nariz con la manga—. Ya hablaba así antes… antes de que todo esto pasara —Mira a Gina a los ojos—. Nos decías que no tuviéramos miedo, solo preparación. Y que liberáramos el trauma en lugar de dejar que se acumulara en el corazón. Todo eso del karma. Es lo mismo, ¿no?

—Sí —dice Gina, sonriéndole con calidez—. Tienes toda la razón. Lo había olvidado. Dejé de seguir mis propios consejos. Por eso acabé tan mal.

—Vale, ¿puedes traducirlo al danés llano para los que no estamos iniciados? —insiste Patrick.

Gina cierra los ojos un momento, reconsidera sus palabras.

—Sé que suena loco. Pero los fantasmas no son distintos de cualquier otro dolor. Solo tienen poder sobre nosotros si les tenemos miedo. Cuanto más huyamos, más nos perseguirán. Nuestro miedo los hace más fuertes.

—¿Y eso es todo lo que hay que hacer? —pregunta Lisa—. ¿No tenerles miedo?

—Creo que eso es una parte muy importante, sí.

Patrick frunce el ceño.

—¿Y si nuestro fantasma no da miedo? Quiero decir, ¿y si no nos asusta desde el principio?

Victor lo mira.

—¿No te da miedo tu fantasma?

Patrick parece arrepentirse de su pregunta, pues ha captado la atención de todos.

—No, no digo eso… solo que… no creo que el miedo sea lo que define al mío.

—La mía tampoco —dice Karen, mirando de Patrick a Gina.

Gina observa a Patrick, recordando los pequeños fragmentos que compartió sobre su fantasma.

—Ella no era… mala, ni daba miedo, ni nada de eso. Era solo… tal y como la recuerdo.

Junto con la expresión que Patrick tenía en los ojos cuando lo dijo, fue suficiente para que Gina supiera que era Phoebe quien lo atormentaba.

—En mi caso no era solo miedo —dice Gina—. También era culpa. Impotencia. Odio. Vergüenza.

Patrick asiente.

—Entonces, ¿qué hacemos si es toda esa mierda la que viene a por nosotros?

—De verdad creo que todo es lo mismo —responde Gina tras pensarlo un momento—. Tenemos que usar el amor. El perdón. La entrega. Ese es nuestro antídoto. —Mira a los presentes—. Lo siento, pero no puedo explicarlo con más detalle. Solo puedo contaros lo que me funcionó a mí. Creo que cada uno tiene que descubrir por sí mismo cómo hacerlo.

Hay un momento de silencio.

Patrick parece a punto de decir algo, cuando una nueva voz se oye desde la cocina:

—Creo que Gina tiene razón.

Todos giran la cabeza. Patrick se pone de pie de un salto, y Karen deja escapar un grito de sorpresa mientras agarra a Lisa de forma protectora.

Gina ve a un chico adolescente y delgado que aparece desde la zona de la cocina, donde había estado de pie en silencio. Parece mayor, más delgado, desgastado y agotado. Pero ella lo reconoce al instante.

—¿Quién coño eres? —pregunta Patrick—. ¿Y cómo has entrado?

El chico se encoge de hombros.

—No cambiasteis el código. —Mira a Gina y sonríe. La sonrisa no llega a sus ojos—. Hola, Gina. Parece que ha pasado mucho tiempo, ¿eh?

9

JOHN

Aunque no estuviera ciego, probablemente tampoco vería nada. Avanza sumido en una oscuridad absoluta. No percibe aberturas por las que entre luz ni siente corrientes de aire. Solo le acompaña el olor húmedo y rancio de la alcantarilla.

Lleva caminando por el agua lo que le parece una eternidad. El conducto no es lo bastante alto como para ir erguido, así que se ve obligado a avanzar encorvado, y el cuello empieza a dolerle.

Ha tropezado y se ha caído varias veces. El fondo del conducto es resbaladizo e irregular. En ocasiones, la alcantarilla se bifurca, gira bruscamente o se estrecha durante un tramo. Oye el correteo de lo que supone son ratas que huyen al notar su presencia. Hasta ahora no se ha topado con nada más grande, y lo agradece. Puede enfrentarse a ratas. Mapaches, comadrejas, lagartos… la sola idea de que algo le muerda le provoca un escalofrío.

—Tranquilo, John —le dice Else desde más adelante, su voz reverberando levemente en la oscuridad—. Te avisaré si aparece algo desagradable.

Hasta ahora, ha sido una guía bastante fiable. Cada vez que se aproxima a un obstáculo, como una tubería colgando del techo, ella le avisa. Y cuando tiene que girar, se lo indica sin dudar.

Sin ella, se perdería sin remedio en ese laberinto subterráneo. Puede notar cuándo está cerca y cuándo se aleja. Ahora mismo, no

está.

John aún no ha asumido del todo que está hablando con el fantasma de su compañera fallecida. Por un lado, no tiene forma de saber si Else está realmente muerta, salvo que lo siente. En el momento en que se lo dijo, supo que era cierto. No cree en la telepatía ni en la interconexión energética. Todo ese rollo de los gemelos, nunca se lo tragó. John se enorgullece de ser un tipo racional. Un hombre de ciencia. De teoría. De sistemas y orden. Cree en la intuición y en los presentimientos, porque aunque no siempre puedan explicarse lógicamente, en su experiencia casi siempre han sido acertados. Al menos para él.

Y su instinto le dice que Else ya no está viva. Es una sensación sutil. Una tristeza en su corazón.

Ella significaba mucho para él, y si realmente fue el sargento barbudo quien la mató, John va a hacer que lo pague. Se asegurará de que...

—Agradezco el gesto, John —lo interrumpe Else—. Pero eso tendrá que esperar. Ahora necesito que te centres en otra cosa. Esto es mucho más importante que tú, que yo o que una venganza cualquiera.

—Lo sé —murmura John—. Solo lamento no haber estado ahí por ti.

—Hiciste lo que tenías que hacer, John. Lo único que está por delante de un compañero es la familia, ¿verdad?

—Los compañeros también son familia. Debería haberte traído conmigo.

—Bueno, no estoy segura de que hubiera aceptado la idea. A decir verdad, estaba bastante cabreada de que no vinieras a la oficina a hacer tu trabajo como el resto de nosotros.

—Podría haberlo hecho. Esos cabrones me encontraron igualmente.

—Agua al frente. A tu derecha.

John lleva un rato notando un ruido de agua salpicando que va en aumento. Disminuye el paso al notar que la corriente a su alrededor se vuelve más fuerte. Alarga una mano, palpa la pared y encuentra

una abertura más pequeña por donde el agua entra en ese conducto principal.

—Tranquilo, puedes atravesarla —le dice Else.

Así lo hace, y continúa avanzando. Sus pensamientos son sombríos. Mete la mano en el bolsillo y encuentra el proyectil. Lo raspa con cuidado con la uña, reconociendo su forma al instante. Lo conoce al detalle. Durante años, lo guardó en su taquilla de la comisaría. Cada vez que entraba o salía, lo tocaba. Se convirtió en un ritual. Un gesto supersticioso, una manera de invocar la suerte.

Al principio, conservarlo le pareció una broma de mal gusto. Los compañeros lo habían extraído del yeso donde había quedado incrustado, lo limpiaron y lo colocaron en una caja de regalo. Una mañana, al llegar, lo encontró en su silla.

Le resultaba macabro guardar la bala que casi lo mató—y más aún sabiendo que había sido disparada con su propia arma, arrebatada por su agresor. Pero con el tiempo, llegó a apreciarla. No le producía ansiedad ni miedo. Al contrario: le inspiraba gratitud. Le recordaba su fragilidad. Ese pequeño objeto, en su aparente insignificancia, lo convertía en un mejor agente. Lo mantenía despierto, consciente de lo cerca que estuvo de morir. De lo afortunado que fue.

Pero no fue solo suerte lo que le salvó la vida aquel día. Fue su compañera.

—¿Puedes dejarlo ya? —pregunta Else de repente, leyendo su mente—. Ya no puedes hacer nada al respecto.

—Lo sé. Es solo que… no puedo evitarlo. Me salvaste la vida, cuando empezó el caso Hagen. ¿Lo recuerdas? Habría muerto si no fuera por ti.

—No hay forma de saber eso con certeza.

John rememora lo que puede de aquel día.

—La mujer —dice—. ¿Crees que fue la primera?

—Eso creo, sí.

—Era casi como una profeta. Un aviso de lo que iba a venir. Pero no teníamos ni idea. Siempre supuse que había estado expuesta a algún tipo de radiación.

—Era una teoría válida en su momento.

John niega lentamente con la cabeza.

—Esto no va de radiación ni nada parecido, ¿verdad?

—No. Creo que va mucho más allá.

—¿Crees que es algo… metafísico?

Else inspira, como él la ha oído hacer un millón de veces.

—Bueno, ahora mismo estás hablando con una persona muerta, ¿no?

John se muerde el labio.

—No recuerdo exactamente qué decía Hagen en las grabaciones que teníamos de él, pero… era algo sobre abrir un agujero en el espacio y el tiempo. He de admitir que en su momento lo descarté todo. No creí nada. No estaba preparado para aceptar que este mundo es más grande de lo que conocemos. Todavía me cuesta.

Else no dice nada. John no puede saber si sigue caminando delante o si ha vuelto a desaparecer. No importa. En realidad, ahora habla más consigo mismo.

—Hablaba de esos… seres. Extraterrestres, creo. Alguien de otra dimensión. Alguien que quiere atravesar hacia nuestro pequeño planeta. Joder, todo esto parece un episodio de Expediente X hecho realidad. No puedo creer que esté pasando de verdad.

Y realmente no puede. Es como si su mente sostuviera dos versiones del mundo, ambas incompatibles. En una, todo sigue siendo normal, sujeto a leyes naturales, coherente. En esa versión, él sigue siendo un agente de la NS, sigue siendo padre, sigue siendo un hombre cuerdo. Cree firmemente que todo tiene sentido, que las acciones importan. Además, aún puede ver. Su único deseo es encontrar a su hija y a su exmujer, y asegurarse de que están a salvo.

En la otra versión, el mundo se resquebraja. Las cosas empiezan a desmoronarse, como el cielo. La lógica se rompe, la realidad tambalea. Y dentro de él, ambas visiones coexisten, chocando sin descanso.

Sin embargo, en el otro mundo, John es alguien nuevo. Alguien que ve las cosas de forma diferente. Esta versión de John ya no está segura de nada. Es como si se le hubiera abierto una puerta en la mente de la que antes no era consciente. Una puerta que conduce a

un lugar del que no se puede regresar. Un lugar al que no quiere ir. Pero hay un vacío que le arrastra.

Este nuevo mundo sigue incluyendo a Lisa y a Karen. Solo que ya no son la prioridad. Y eso hace que John se sienta fatal. Pero, al igual que esta versión del mundo es distinta, también lo es John. Y tiene un nuevo propósito. Algo mucho más importante que garantizar el bienestar de dos seres humanos, por mucho que los quiera.

—Esta es la única forma de asegurarte de que Lisa y Karen vivan —le dice Else; al parecer, no se había ido después de todo. O quizá acaba de reaparecer—. Todo puede arreglarse. Todo se reduce a Hagen. Él fue quien empezó esto. Él puede acabarlo. Solo tienes que hacer que lo vea, John.

—Lo haré —murmura John—. Confía en mí. Lo convenceré.

—Bien.

La voz de Else está de repente mucho más cerca, y John se detiene de golpe. Puede sentirla allí, justo delante de él. Podría tocarla si quisiera. Lucha contra el impulso. En lugar de eso, le pregunta:

—¿Por qué paramos?

—Porque ya has llegado, John.

—¿Llegado a dónde, exactamente?

—A la fábrica.

John tarda un momento en comprender.

—¿La fábrica donde trabajaba Hagen?

—Sí. Hay una escalera a tu izquierda. Hagen llegará pronto. Asegúrate de estar preparado. No lo estropees. Si él sobrevive, la grieta no desaparecerá nunca.

John frunce el ceño.

—Espera, ¿quieres que lo… que lo mate? Pensaba que dijiste que tenía que hacerlo hablar.

—Eso pensaba en su momento. Pero ahora lo sé con certeza. No puede salir de aquí, John. Todo acaba con él.

—Pero…

—Buena suerte, John.

—¡No, espera!

Instintivamente intenta agarrarla, pero su mano no encuentra más que aire.

Else ha desaparecido una vez más.

10

NORA

De pronto, la voz de Fritz atraviesa el murmullo.

—Necesito vuestra atención, buena gente. Solo un momento.

Nora deja los cacharros que estaba fregando y se da la vuelta para ver a Fritz de pie sobre una escalerilla en la mitad del hangar. Un tipo grande y calvo la sostiene, aunque no parece que se tambalee, y lo observa con una expresión de admiración tan serena que parece un niño grande.

Poco a poco, todos dejan lo que estaban haciendo y centran su atención en Fritz.

—Como sin duda habréis notado, estamos creciendo rápidamente en número —comienza Fritz, sonriendo mientras recorre con la mirada a todos los presentes—. Todo está ocurriendo incluso más deprisa de lo que había imaginado. Es una excelente noticia. Pero también significa que debemos tomar ciertas medidas para mantenernos en el camino correcto. Por tanto, voy a presentar ahora unas sencillas normas básicas. Deberán ser obedecidas por todos vosotros en todo momento. Si no se cumplen, habrá consecuencias. —Su sonrisa se atenúa ligeramente—. Lo siento, pero es necesario. ¿Qué dice el buen libro? No escatimes la vara, o malcriarás al niño. —Abre los brazos—. En cierto sentido, todos sois mis hijos, aunque la mayoría seáis mayores que yo. Aun así, os quiero como lo haría un padre, y solo deseo lo mejor para vosotros. Y el caos, el

desorden, la confusión… eso no le sirve a nadie. Así que... —Toma aire, y durante unos segundos parece consultar una lista interna—. Regla número uno: se acabaron las peleas. Si alguien pone una mano encima a otro, será reprendido. Si ocurre más de una vez, las consecuencias serán más severas. Finalmente, nos veremos obligados a expulsaros. —Con esto, la expresión de Fritz se vuelve muy seria al señalar hacia la puerta—. Exacto. Empezaremos a echar a quien no se ajuste. Aquí todos somos una familia, y las familias no luchan entre sí. Así que, nada de violencia. Segunda regla: nombraré jefes de departamento. Pensad en ellos como mandos intermedios. Ellos cumplirán mi voluntad, y deberán ser obedecidos en todo momento. Para empezar, necesitaremos cuatro encargados: suministros, bienvenida, ropa y camas.

—Tercera norma —prosigue—, y puede que esta os cueste un poco más seguirla, pero os prometo que es necesaria: no más nombres. —Fritz recorre las caras de todos con intensidad, examinándolas una por una—. En cuanto alguien llegue aquí, ya no se le llamará por el nombre que usaba allá fuera en el mundo. Todos adoptaremos nuevos títulos, de acuerdo con nuestra función principal aquí. —Se lleva una mano al pecho—. Yo, por ejemplo, a partir de ahora seré conocido como el Profeta. —Y mirando al hombre que sujeta la escalera—: Tú, amigo mío, serás el Portero. Estarás a cargo del acceso.

El hombre asiente con entusiasmo y murmura con voz grave:

—Gracias, Profeta.

Fritz mira hacia el otro lado, a una mujer alta y rubia.

—Y esta —dice, sonriendo cálidamente— es la Esposa. Mi compañera personal.

La mujer, aparentemente a punto de hablar, emite un sonido entre sollozo y jadeo, luego se cubre la boca con rapidez y se limita a asentir.

Fritz le sonríe un instante antes de volver a escanear la multitud, señalando ciertos rostros mientras los bautiza:

—Tú, el Introductor… la Proveedora… la Modista… y el Durmiente.

Nora observa cómo cada persona hace una pequeña reverencia o incluso una inclinación al recibir su título. Todos parecen

sobrecogidos. El último, el Durmiente, es el hombre que llevó a Nora hasta la cocina. Aparentemente, un líder nato.

—Permitidme que lo explique un poco —prosigue Fritz—. Esta tercera norma es muy importante, quizás la más importante. ¿Por qué renunciar a nuestros nombres? Porque son cadenas, y nosotros al fin somos libres. Nuestras viejas identidades ya no son válidas. No son más que recuerdos dolorosos que es mejor dejar atrás, y por eso avanzaremos ahora como una sola unidad, en lugar de individuos que luchan en solitario. Nuestra fuerza proviene de nuestro compromiso con la causa, y al convertirnos en uno, nos haremos inmortales. Lo que hagamos como grupo resonará con mucha más fuerza que cualquier acto realizado por una persona al servicio de su propio interés egoísta. Sé que puede sonar un poco aterrador, pero es lo que nuestros dioses desean, y debemos confiar en ellos en todo momento.

Pronto llegará un camión con ropa nueva, y todos recibiréis un atuendo acorde con este propósito. La Modista se encargará de que todo ocurra de forma eficaz y ordenada. —Lanza una breve mirada a la mujer que acaba de nombrar, y ella le devuelve una sonrisa radiante. Fritz vuelve a sonreír al público—. Muy bien, eso es todo por ahora. Podéis volver al trabajo. Encargados, acercaos a mí para recibir instrucciones.

Todos hacen lo que se les pide. Nora permanece un instante de pie, observando cómo los responsables se agrupan en torno a Fritz, que baja de la escalera. Les habla en voz baja, señalando y gesticulando. Ellos asienten con entusiasmo conforme se les asignan tareas. Luego se dispersan con premura.

Fritz toma la mano de la mujer rubia y le da un beso en la mejilla. Ella parece a punto de llorar de alegría. Fritz le susurra algo, ella se seca los ojos, sigue sonriendo, asiente y se marcha.

Fritz la observa alejarse, luego va hacia la puerta. En el camino, pasa junto a Nora y se da cuenta de que sigue allí plantada.

—¿Ocurre algo? —pregunta con sinceridad, deteniéndose.

Nora parpadea y niega con la cabeza.

—No.

Fritz se acerca, le pone una mano en el hombro. Pesa como si fuese de granito, pero a la vez resulta reconfortante.

—Entiendo lo difícil que es esto. Dejar atrás todo lo que creías ser. Pero intenta confiar en el proceso. Verás que todo ocurre de forma natural.

Nora asiente.

—Lo intentaré. ¿Puedo hacer una pregunta?

Fritz estaba a punto de marcharse, pero ahora vacila, la mira con una ligera impaciencia.

—Por supuesto.

—¿Cuál es mi título?

Parece sorprendido por la pregunta. Nora observa su rostro, y durante un instante ve al hombre que fue antes. Frágil, inseguro, vulnerable y tímido. Se le contrae la comisura de los labios, y los ojos le titilan brevemente, como si se hubiera perdido en sus pensamientos.

«Alguien le está hablando», se da cuenta Nora. «Está oyendo voces, literalmente. Como un esquizofrénico.»

Entonces algo dentro de Fritz parece aflorar y tomar el control de su cara, y todo encaja de nuevo, adoptando su expresión habitual de calma y seguridad. Incluso sonríe al decirle:

—Serás conocida como la Gemela.

Luego se marcha, sin mirar atrás.

11

STEFFIE

No tiene ni idea de dónde está al despertarse. Ni de qué hora es.

Lo único que sabe es que se siente muchísimo mejor. Los dolores, el malestar, los escalofríos, la fiebre, el hormigueo bajo la piel, incluso las náuseas… todo ha desaparecido.

«He sobrevivido», piensa Steffie. «O eso, o estoy muerta.»

Aunque probablemente no lo esté, aunque seguramente estuvo cerca.

Tiene la sensación de haber dormido durante días. Y bien podría ser así, porque también tiene un hambre atroz y la garganta tan seca que podría beberse una bañera entera.

Se da la vuelta, esperando que todos los síntomas de abstinencia regresen de golpe. Pero no lo hacen. Abre los ojos y se encuentra tendida en lo que parece una litera militar. Está en la cama de arriba, vestida solo con sujetador y bragas.

«¿Dónde estoy? ¿Quién me ha traído aquí?»

La habitación está débilmente iluminada. Es estrecha, pero muy larga. La litera en la que se encuentra es solo una de las cuatro filas que recorren el lugar hasta el fondo. No puede asegurarlo, pero está bastante convencida de que al menos la mitad de las camas están ocupadas. Distingue siluetas bajo las sábanas y oye suaves ronquidos. En el suelo, junto a cada litera, hay montones de ropa negra, cuidadosamente doblada, y dos pares de zapatillas negras.

«¿Me he alistado en las fuerzas especiales?», piensa Steffie, casi riéndose. La situación es tan surrealista… Lo último que recuerda es haberse desmayado en una polvorienta buhardilla, sin esperar realmente despertar.

Mira por encima del borde y ve a un tipo gordo tendido en la cama inferior. Es tan pesado que cada inspiración hace que los muelles chirríen. Tiene un brazo y una pierna colgando fuera del colchón. En la cara se le distingue un cardenal, como si le hubieran golpeado con fuerza recientemente. Tiene la boca abierta, y le falta un diente delantero.

El pobre parece necesitar dormir. Igual que ella.

Steffie baja con cuidado. No hay escalera, así que se desliza apoyando un pie sobre el borde de la cama inferior. El gordo gruñe y se da la vuelta, sin despertarse.

Supone que la ropa que hay junto a su cama es para ella, y no le apetece seguir en ropa interior, así que se pone rápidamente la camiseta y el pantalón negro. Luego se calza las zapatillas y se incorpora para mirarse.

El conjunto es sencillo, pero probablemente el más favorecedor que ha llevado.

«Estoy a un paso de ser una agente de Matrix. Solo me faltan las gafas de sol y el pinganillo.»

Vio esas películas varias veces con Rodney. Nunca le gustó mucho la ciencia ficción, pero a él le encantaba, así que fingía interesarse.

El pensamiento de su novio muerto le clava una punzada en el corazón. Pero, sorprendentemente, no es muy intensa. Lo que debería haber desencadenado una avalancha de dolor, pena, miedo y desesperación… solo escuece un instante y después desaparece.

«¿Así es como se sienten las personas normales?», se pregunta Steffie, al percibir que alguien se acerca.

Gira la cabeza y ve a un chico delgado, más joven que ella, de no más de diecisiete o dieciocho años. Parece tan desorientado como ella. Y claramente acaba de despertarse, a juzgar por el pelo despeinado y los ojos hinchados. Tiene la nariz roja e hinchada, como si se la hubiera golpeado contra algo. Lleva el mismo atuendo negro, que le sienta bien. Lo hace parecer mayor, profesional,

seguro. Un contraste desconcertante con la confusión y la inseguridad que se reflejan en su rostro.

—Ehh… ¿s-sabes dónde estamos? —pregunta, rascándose la barbilla—. A-acabo de despertar y… y no sé dónde estoy.

—Ni idea —responde Steffie con naturalidad, bajando la voz para no despertar a los demás.

El chico se encoge de hombros.

—L-lo único que recuerdo es que m-mi madre no dejaba de seguirme, a-así que hice lo que me pedía y… y creo que… —Sus ojos se abren de par en par, como si acabara de recordar—. Oh, D-Dios… C-creo que los maté a los dos… Eché a mi padre del coche en marcha… luego chocamos y yo… recuerdo el airbag, que… —Se toca la nariz con cuidado—. Vaya —murmura—. Estaba seguro de que me la había roto, pero… ya no me duele.

—No parece rota —dice Steffie, eludiendo a propósito comentar su confesión. Percibe que es un chico muy sensible, y lo último que necesita es sentirse juzgado. Ella lo entiende.

—¿Y tú? —pregunta él—. ¿Tú qué hiciste?

La pregunta pilla a Steffie por sorpresa. Y también su respuesta.

—Maté a un hombre. Le corté la yugular con una cuchilla.

Se lleva una mano a la boca, como si pudiera devolver las palabras, pero ya es tarde. Lo ha soltado sin más. Como si le hubieran preguntado por su helado favorito.

Él no parece en absoluto impactado ni la juzga. Simplemente asiente y dice:

—Ah, vale. —Sigue rascándose la barbilla y mira a su alrededor—. Parece que no estamos solos, ¿eh?

—No —dice Steffie—. ¿Crees que toda esta gente… también ha hecho algo?

Él se encoge de hombros dos veces.

—N-ni idea.

Steffie se fija en una papelera junto a la pared. Encima hay un cartel escrito a mano que dice:

«¡Debe dejarse atrás todo objeto personal!»

Frunciendo el ceño, se acerca y levanta la tapa. Dentro hay una pila de joyas, relojes, collares, pendientes, gorras, llaves, teléfonos

móviles, una libreta e incluso carteras y tarjetas del seguro.

—Vaya —murmura el chico, acercándose—. S-supongo que no nos dejan traer nada. —Se quita el reloj y lo deja caer en el cubo.

Steffie lleva la mano al colgante que descansa sobre su pecho, oculto bajo la camiseta. No cree que él lo haya visto. Lo lleva desde que Rodney se lo regaló. Incluso se ducha con él. La idea de deshacerse de él le duele. Pero tampoco quiere desobedecer el cartel. Quien lo haya escrito debe tener un buen motivo. Y al fin y al cabo, la han salvado al llevarla allí. Siente que les debe lealtad. Aun así…

El chico parece notar algo tras ella.

—Eh, ahí está la p-puerta.

Steffie se gira y ve que una puerta se abre dejando pasar una luz tenue. Dos hombres entran cargando a una mujer de mediana edad entre ambos. Parece inconsciente. Los hombres van vestidos de negro. Se dirigen a una de las literas más cercanas, la tumban con cuidado sobre el colchón y proceden a retirarle la ropa.

Lo hacen con delicadeza, como cuidadores que manejan un cadáver. Aunque la mujer no está muerta. Steffie lo nota porque gira la cabeza de un lado a otro, murmurando entre sueños.

Uno de los hombres le apoya la palma en la frente y la tranquiliza con voz suave:

—Ya está. Ya pasó. Solo descansa.

La mujer suspira y cae en un sueño más profundo y tranquilo. La arropan con la manta, y entonces uno de ellos se da cuenta de que Steffie y el chico los están observando. Tiene una barba cuidada y unas gafas caras. Podría pasar por bibliotecario, aunque es difícil de decir con ese atuendo negro. Sonríe con calidez.

—¿Ya estáis despiertos? Estupendo. Encantado de conoceros. Yo soy el Introductor. Venid conmigo.

12

JOHN

John encuentra la escalera a su izquierda, justo como Else le dijo.

Permanece ahí un instante, indeciso.

Por un lado, desea con desesperación salir de ese lugar horrible. No ve el momento de inhalar aire fresco otra vez y sacar los pies empapados de esa agua asquerosa.

Por otro lado, le aterra lo que pueda encontrar arriba. Aquí, en la oscuridad, no está más ciego que nadie. Pero allá arriba, estará en desventaja.

Entonces recuerda algo crucial, y eso es lo que inclina la balanza: Franz Hagen es ciego. No ciego demente y rabioso, sino de nacimiento. Lo cual significa que estarán prácticamente igualados.

John empieza a subir la escalera. Al levantar el peso de su propio cuerpo, se da cuenta de lo agotado que está. Privado de sueño y comida, tras una operación reciente, va completamente vacío.

«Descansaré en cuanto acabe con esto», se promete. «Pero ahora debo mantenerme concentrado.»

Si Else tiene razón al decir que Hagen es la clave de todo esto—y su instinto le dice que podría ser cierto—, entonces no puede cometer errores. Hay demasiado en juego.

«Vaya cosa. Un viejo vaquero hecho polvo a punto de salvar el mundo. Cuando hagan la película, quiero que me interprete Liam Neeson.»

Suelta una risa entre dientes al llegar a la tapa. Es parecida a la que atravesó en la instalación. Empujando con el hombro, consigue levantarla.

Hace una pausa para escuchar. Agudiza el oído. Pero no hay nada. Sin embargo, sí huele algo:

café y jabón.

«Esta es la cantina. Me acuerdo.»

Él y Else hicieron una visita guiada por el lugar, conducidos por el investigador de la policía nacional al que le tocó, con dudosa fortuna, encargarse del caso.

Sube del todo y vuelve a colocar la tapa. Se pone en pie y comienza a tantear la habitación. Sus zapatos están empapados y hacen ruidos húmedos con cada paso. Así que se los quita. También los calcetines. Se le enfriarán los pies, pero ahora no puede preocuparse por eso. No tiene forma de sorprender a Hagen si suena como alguien cruzando un pantano.

Palpa la mesa, la encimera, el frigorífico. Si recuerda bien, hay dos o tres ventanas orientadas al este. Por la sensación del sol en la cara, parece que su memoria no le falla. Se detiene un momento, disfrutando la sensación. Es lo más cerca que volverá a estar del sol, y para su propia sorpresa, se siente agradecido.

Después continúa registrando la sala. Parece que está más o menos como la dejaron. Migas sobre la encimera, una cafetera que todavía salpica al levantarla. Y en un cajón, encuentra lo que esperaba: un enorme cuchillo de pan.

«Esto servirá.»

Como no lleva cinturón, arranca el cable de la cafetera y se lo anuda a la cintura. Luego desliza con cuidado el cuchillo por la parte trasera de la cadera derecha, con la esperanza de que se mantenga en su sitio. Da unos pasos, y el cuchillo no se cae.

Entonces va a buscar la puerta. Al abrirla, está casi seguro de haber entrado en un pasillo estrecho. El sonido de sus pisadas se lo confirma, pues se vuelve mucho más nítido. Gira a la derecha, toma una curva, sigue la pared y pasa dos puertas por el camino. Instintivamente, se dirige hacia la parte del edificio donde ocurrió todo: la sala del reactor.

Tras el incidente, clausuraron el edificio a la espera de la investigación. Todos los empleados, salvo uno, murieron, así que nadie volvió jamás. Los responsables del lugar huyeron del país sin dejar rastro —una pista los llevó hasta Sudamérica, pero se enfrió tras meses de pesquisas—. Y luego está el autor, Hagen, que se desvaneció como si nunca hubiera existido.

Aun cuando ya estaba claro que nadie volvería a poner un pie allí y que la investigación no avanzaría, el edificio nunca fue desalojado. Temían que pudiera aparecer alguna prueba útil, así que lo dejaron todo como estaba, declarando las instalaciones zona restringida para cualquier persona no autorizada. Al estar a varios kilómetros de la ciudad, nunca fue un lugar de interés, aunque John imagina que algún que otro adolescente se habrá colado alguna vez. Está convencido de que, si todavía pudiera ver, encontraría latas de cerveza por el suelo, quizá algún grafiti en las paredes. Cuando llega al final del pasillo, pasa la mano por la puerta pesada y nota que el cartel aún sigue allí. Recuerda más o menos lo que decía: algo sobre tomar las precauciones adecuadas. Ya no hacen falta. El reactor se averió y fue, de hecho, una de las pocas cosas que retiraron del edificio. Lo examinaron a fondo en busca de radiación, pero no encontraron nada.

Así que John abre la puerta y entra en la sala del reactor.

Al hacerlo, le reciben los sutiles olores del metal, el hormigón y el aceite. También hay un sonido: una leve corriente de aire que llega desde lo alto. El techo se rompió, y por lo visto, el agujero sigue ahí.

John es arrojado repentinamente al pasado.

13

STEFFIE

Salen al exterior bajo una luz grisácea.

Steffie entrecierra los ojos y mira a su alrededor. Están en una zona tan plana y abierta que le provoca agorafobia. Ha vivido toda su vida en una gran ciudad, y eso le va perfectamente. Esta vista, sin absolutamente nada a la vista, le resulta deprimente. Como si estuviera en el fin del mundo.

Hay otro edificio imponente, aparte del que acaban de dejar atrás, y es el más grande que ha visto jamás. Tiene aspecto de hangar de aviones y, al volver a mirar el paisaje, alcanza a distinguir pistas de aterrizaje. Cuando gira la vista hacia el horizonte opuesto, vislumbra el perfil de la ciudad. Quienquiera que la haya traído hasta aquí, la ha alejado al menos dos horas del lugar que solía llamar hogar.

—¿No es precioso? —pregunta el hombre con barba, deteniéndose un instante.

Steffie cree que se refiere al contorno de la ciudad, hasta que nota que los demás miran hacia arriba. Ve la grieta. Es enorme, abarca casi todo el cielo, cruza nubes y todo lo demás, como si la hubieran

superpuesto allí arriba.

—No te preocupes, ya no te hará daño —promete el hombre—. Si es que no eres inmune ya, claro.

—Lo era —dice Steffie—. Quiero decir, lo soy. O lo que sea.

—Y-yo n-no lo era —balbucea el tipo delgado, mirando boquiabierto al cielo—. Es la p-primera v-vez que la veo...

—Bueno, disfrútalo —dice el hombre barbudo, sonriendo—. Al principio yo tampoco podía dejar de mirarla. Y ahora se queda. No va a desaparecer otra vez. —Parece recordar algo y chasquea los dedos blandamente—. Ah, y tampoco os preocupéis por los ciegos. Por si os cruzáis con alguno. No es que haya por aquí, pero por si acaso. Ya no nos molestan.

A Steffie le alivia oírlo. Aun así, hay algo en todo esto que le inquieta. Casi parece demasiado bueno para ser verdad. Como si todo fuese un sueño.

—¿Qué nos ha pasado? —pregunta.

El hombre barbudo la mira.

—¿Te refieres a nosotros en particular? ¿O a la humanidad en general?

—A nosotros. Tú, yo, este tipo. ¿Cómo hemos llegado aquí? ¿Qué es siquiera este lugar?

El hombre extiende los brazos.

—Esta es la Base Aérea de Karup —dice, como si fuera evidente—. El principal aeródromo militar de Dinamarca.

Al menos, eso era antes de que todo cambiara.

—¿Y quién nos ha traído aquí?

—El Profeta, por supuesto. O quizá aún lo conozcas como Fritz. ¿No lo recuerdas? —Entonces sonríe con esa sonrisa empalagosa de nuevo—. No, claro que no. Estabas dormida. Anda, vamos al hangar. Todo empezará a tener sentido cuando lo veáis con vuestros propios ojos.

Cruzan el espacio entre los edificios, sus zapatos negros resuenan sobre el hormigón desnudo.

Los hombres los conducen por la esquina, y Steffie se sorprende al ver a un montón de gente ocupada frente a una enorme puerta abierta. Parecen hormigas; todos vestidos de negro. Hombres y mujeres, viejos y jóvenes, todos trabajando con eficiencia silenciosa. Algunos charlan un poco, pero la mayoría se concentra en su labor.

Parecen estar llevando a cabo muchas tareas distintas. Hay filas de vehículos grandes, sobre todo autobuses, camiones y furgonetas.

Todos están siendo desmantelados por dentro, como por ejemplo, los asientos. Algunos se marchan, otros llegan. También hay aviones, dos pequeños y un enorme airbus. Gente entra y sale de ellos, cargando cosas.

Un tráiler se detiene junto a la puerta abierta, y un hombre que bien podría haber sido camionero en otra vida salta al suelo. Rodea el vehículo, abre las puertas traseras, y una bocanada de niebla se escapa del interior. Steffie distingue lo que parecen ser montones de comida congelada.

Otros están instalando postes de luz altos y altavoces, desenrollando cables y montando algo que casi parece un escenario de festival.

—Pronto habrá una gran fiesta —les informa el hombre con barba, sonriendo—. Con música en directo y todo. Será genial.

Una vez más, Steffie tiene la sensación de haberse metido en una película que no recuerda haber empezado.

—¿Tenéis hambre? —continúa él—. Seguro que sí. Vamos, hay un catering estupendo justo aquí dentro.

Los guía hasta el interior del hangar, y es como entrar en una colmena. Gente vestida de negro por todas partes, ocupada con todo tipo de tareas. Es casi demasiado para que Steffie lo procese, y baja la mirada.

Hay un murmullo constante de voces en el aire, algunas gritan órdenes breves, la mayoría charla de forma casual, como cabría esperar en cualquier entorno laboral. También hay montones de otros sonidos, y Steffie solo logra distinguir algunos: comida friéndose, agua corriendo, motores zumbando.

El hombre barbudo lleva a Steffie y al chico delgado a una esquina donde han dispuesto un par de mesas largas. No mentía: el catering es realmente estupendo.

Cuando todo empezó a irse al infierno, Rodney hablaba mucho de cómo tendrían que acostumbrarse a comida enlatada. Las frutas frescas y la carne desaparecerían para siempre una vez colapsara la sociedad.

El buffet que Steffie observa ahora no da ninguna señal de que el mundo esté terminando. Hay piña,

arándanos, nueces, bayas, ensaladas y una plétora de platos calientes como albóndigas, lasaña, pollo asado, chuletas de cordero e incluso pescado.

Han montado una cocina portátil, completa con fogones industriales, mesas de acero y fregaderos. Un grupo de personas se afana cocinando más comida y llevándola a la mesa. Otros retiran los platos usados, trayendo nuevos y limpios. La gente hambrienta se sirve, llenando los platos y comiendo de pie alrededor de la mesa.

A Steffie le ruge el estómago. Hace días que no come una comida de verdad.

—Cuando acabéis, tenéis que informaros allí —dice el hombre barbudo, señalando—. ¿Veis al tipo calvo y grande junto a la puerta? Le llaman el Portero. La mujer a su lado es la Organizadora. Ella os dirá qué tenéis que hacer.

Steffie lo ve: evidentemente solía ser culturista. Enorme, ancho, con la cabeza rapada y algo escrito en letras góticas en el brazo. Lleva un auricular y aparentemente habla con alguien a través de él. Está justo junto a una puerta que un chico adolescente abre y cierra sin parar. Cada vez que la abre, alguien entra.

Cada nuevo individuo parece recién llegado de una nave espacial. Y Steffie nota que todos llevan ropa normal, muchos de ellos parecen haber estado luchando, corriendo o algo peor hace muy poco, con el pelo revuelto, los ojos muy abiertos y confundidos.

El calvo los saluda uno a uno con un apretón de manos o una palmada en el hombro. Es una cabeza más alto que la mayoría, así que se inclina ligeramente al hablarles, y luego los guía con suavidad hacia un lado, donde una mujer alta está sentada tras un escritorio, tecleando en un portátil. Va vestida de negro y desprende una elegancia imponente; su melena, también negra, está recogida en un moño tirante. Tiene tatuajes en las manos y lleva un aro en la nariz.

Steffie nota un moratón bajo su ojo derecho, que ha intentado cubrir con maquillaje.

La mujer levanta brevemente la vista hacia cada nuevo individuo que se detiene ante su escritorio,

aparentemente dándoles instrucciones. Finaliza cada breve conferencia señalando algún lugar, ya sea dentro o fuera del hangar.

Otra mujer se acerca desde un lado y entrega a cada uno un conjunto de ropa negra doblada, sacado de una enorme pila. Señala una zona del hangar que ha sido aislada con lonas plásticas verdes. Desde detrás de ellas, se eleva vapor, y Steffie ve los tubos metálicos y las duchas rociando agua. Distingue las cabezas de personas secándose el pelo con toallas, y por el otro extremo, gente recién bañada y vestida de negro emerge y se dirige a donde se les ha asignado.

Steffie vuelve a mirar hacia la puerta junto al Portero y la Organizadora. A pesar de que las personas son recibidas e instruidas rápidamente, siguen acumulándose, formando una fila. Alguien nuevo entra cada cinco segundos. No importa lo rápido que el adolescente abra y cierre la puerta, siempre hay alguien más esperando.

Y entonces Steffie se da cuenta de que el fondo cambia cada vez. Siempre es distinto. Parece algún tipo de truco digital, como si hubiera una pantalla verde detrás, algo capaz de alterar el paisaje en cuestión de segundos. Una cocina, una calle, una celda, un pasillo, incluso lo que parece el interior de una iglesia.

Steffie empieza a marearse y aparta la vista.

Nota que el tipo con barba se ha ido. El chico delgado se ha acercado al buffet, le hace una señal con la mano.

—Vamos. ¿Q-qué estás esperando?

Steffie va a reunirse con él y está a punto de coger un plato del montón, cuando otra joven se le adelanta.

—Perdona —murmura, cuando sus manos se rozan—. Adelante, tú primero.

Steffie mira brevemente el rostro de la mujer, y la reconoce. No logra situarla del todo. No es alguien que conociera, exactamente, pero la ha visto hace poco. Aunque esté lavada, con su pelo oscuro y rizado recogido en una coleta, y vestida, por supuesto, de negro, Steffie recuerda perfectamente esos ojos grises. Le resultan tremendamente familiares.

—Eh, nos vimos hace nada —dice, sin saber por qué. No le apetece especialmente entablar conversación, pero de algún modo, haber llegado a este lugar extraño sin conocer a nadie, hace que incluso una conocida casual le parezca un salvavidas—. ¿Te acuerdas de mí?

La mujer le lanza una mirada distante, pero luego su mirada se fija en Steffie. Es como si algo se despertara dentro de ella, y sus ojos volvieran a la vida.

En ese momento, Steffie recuerda exactamente dónde había visto esos ojos. En el vestíbulo del hotel. Al huir del edificio. Era la mujer que entraba justo cuando Steffie salía. La mujer con los mismos ojos que el chico sordo; grandes, grises y solemnes. No hay duda de que están emparentados, probablemente incluso sean gemelos.

Y Steffie puede ver que la mujer también la ha reconocido. En su rostro se materializa la rabia y el odio, y empieza a respirar con rapidez.

—Tú —susurra.

14

JOHN

Se detienen al entrar en la sala del reactor.

El comisario —un hombre alto, de cabello canoso y rostro marcado por la falta de sueño— cierra la puerta tras ellos.

—Este es el escenario principal —dice, casi con un suspiro—. Te aseguro que me alegro de no tener que encargarme de limpiar aquí.

Else echa un vistazo al comisario.

—¿Podemos tener un minuto? Ya sabes, para asimilarlo todo. No tocaremos nada.

—Claro, tomáos vuestro tiempo —responde él, con un tono que denota que está más que dispuesto a salir de allí—. Avisadme cuando estéis listos.

Abre de nuevo la puerta. Los sonidos de actividad y conversaciones vuelven durante un momento. Luego la puerta se cierra de nuevo, y John y Else se quedan en silencio.

—Por fin solos, ¿eh? —murmura Else.

—No del todo —dice John, señalando con la cabeza hacia el techo roto. Se ve un triángulo de cielo primaveral azul, y un par de mirlos posados en una barra metálica que sobresale del hormigón, trinando y observándolos

desde arriba.

—Vaya, —Sí que se le fue de las manos—dice Else, adelantándose un poco para observar mejor el agujero—. No me extraña que se

viera el haz de luz desde la ciudad.

—Sí, debió de ser todo un espectáculo —dice John, recordando al testigo que describió un «rayo invertido» disparándose hacia el cielo.

Else se agacha y examina el suelo. Lo han despejado casi por completo de escombros y mampostería caída.

También han retirado todos los cuerpos. Aunque las manchas de sangre siguen allí.

—Qué desastre, ¿eh? —murmura—. Todos esos funerales, todos esos familiares a los que hay que

avisar. Dios.

—Sí, lo sé —John se ajusta los guantes de goma azul. Nunca tienen unos lo bastante grandes para sus manos.

—Y él continúa en libertad —añadió Else—. Según la última información que tengo, la policía no dispone de ninguna pista. Ha desaparecido sin dejar rastro.

John suspira.

—Es increíble lo que alguien es capaz de hacer solo por sobrevivir.

Else se incorpora y lo mira.

—¿Crees que alguien le obligó a hacerlo?

—Creo que él lo creía así. Oíste las grabaciones. Claramente oía voces. Probablemente sentía que si no hacía esto, lo castigarían de algún modo.

—Sí, bueno, tenemos que ser mejores que eso —Debe notar su mirada inquisitiva, porque añade—: Los humanos, quiero decir. Es lo único que nos diferencia del resto de los mamíferos.

—¿El qué?

Se encoge de hombros.

—La empatía. La capacidad de dejar de lado nuestro propio bienestar para proteger a los demás.

John sonríe.

—Casi suenas como una predicadora.

—Solo digo que sobrevivir es cosa de animales, según yo lo veo.

John la mira, y tiene una réplica sarcástica en los labios, pero se la traga. Sabe ver que Else está afectada por este caso, igual que él, igual que todos en la oficina. Esto no es algo que se vea todos los días. No es un crimen habitual. Ni siquiera un acto de terrorismo. No

lo ha hecho alguien cegado por una causa en la que crea fervientemente.

Es simplemente caos sin sentido.

Un loco que no fue descubierto a tiempo.

Dieciocho personas, muertas sin motivo alguno.

Un esquizofrénico paranoico y violento todavía suelto.

—Esta es la única entrada o salida, ¿verdad? —pregunta Else, sacando a John de sus pensamientos— Quierodecir, debió de irse por aquí.

—Sí, tiene que ser —confirma John, girándose hacia un armario electrónico del tamaño de un frigorífico, montado en la pared junto a la puerta.

Y entonces, de repente, está ahí...

15

NORA

Al mirar a la chica, algo vuelve de golpe a la mente de Nora.

Es el torbellino que tenía clavado en el pecho cuando llegó aquí. Ingenuamente creyó que se había ido.

Ahora se da cuenta de que solo estaba dormido.

—Fuiste tú —se oye decir Nora—. Tú mataste a mi hermano.

La chica se sobresalta al darse cuenta, al parecer, del enorme error que ha supuesto hablar con Nora.

Y Nora se sorprende de lo cerca que estuvo de no reconocer a la asesina de su hermano, pese a tenerla justo delante.

—No, yo… no quería… —balbucea la chica, retrocediendo—. Fue solo que… no pude evitarlo…

—¿No pudiste evitarlo? —repite Nora, con una voz que se vuelve profunda por la rabia—. ¿No pudiste evitar cortarle el cuello?

—No, no fue así… ¡No lo entiendes! Fue… Rodney, él… intenté no escuchar, pero…

Nora no tiene ni idea de qué está balbuceando la chica.

Lo único que sabe con certeza es que fue ella quien mató a Nick. Lo vio reflejado en su rostro cuando se cruzaron en el hotel. La mirada culpable en sus ojos cuando salió corriendo. Es exactamente la misma expresión que tiene ahora.

La chica está a punto de marcharse, pero Nora alarga el brazo y le agarra la muñeca.

—Eh, ¿a dónde vas?

—Yo no… no quiero hablar contigo —dice la chica, intentando soltarse, pero Nora la retiene. La chica parece a punto de echarse a llorar—. Por favor, déjame ir… No fue culpa mía…

—¿Entonces de quién fue la culpa? —gruñe Nora, tirando de ella —. ¿Quién le cortó el cuello si no tú? ¿Eh?

—Dímelo. —Nora se incorpora, más despierta que nunca desde que pisó este lugar. Es la rabia la que la empuja, clara, cortante—. ¡Dímelo, asesina de mierda!

Sacude a la chica, y de pronto esta pasa de perro asustado a loba furiosa. Ocurre tan bruscamente que Nora no tiene tiempo de reaccionar. De repente, la chica se lanza contra ella, tratando de arañarle la cara.

Si Nora no le siguiera sujetando la muñeca, probablemente le habría sacado un ojo. Pero falla por un centímetro y, en su lugar, le deja un arañazo ardiente en la sien. Entonces es Nora quien se deja llevar por la rabia, y comienza a forcejear con la chica.

Oye a alguien gritar cerca, alguien que les dice que paren, pero no es más que ruido de fondo. En cuestión de segundos, se hace evidente que Nora y la chica están igualadas en fuerza, pero Nora tiene mucha más técnica de lucha. Ella y Nick solían practicar llaves de jiu-jitsu cuando eran pequeños, y la memoria muscular se activa.

Nora la gira de lado, le barre las piernas y la lanza por encima de la cadera. Luego cae encima de ella a medio cuerpo. El sonido del aire saliendo de los pulmones de la chica es increíblemente satisfactorio para Nora, y mientras la otra aún jadea, Nora le inmoviliza la cabeza en una llave perfecta.

—Maldita zorra —le dice, observando cómo el miedo se enciende en los ojos de la chica… y disfrutando de ello—. Lo mataste, y vas a pagarlo.

—Suéltame —grita la chica, intentando arañar a Nora, pero sin alcanzar su rostro—. S-suéltame…

—¿Cómo te llamas? —pregunta Nora, apretando más la llave, respirándole en la cara—. Dime tu nombre y te dejaré ir. ¡Dímelo! ¿¡Cómo te llamas, zorra!?

La chica cierra los ojos y suelta un hilo de aire. Su frente y sus mejillas se están poniendo azules, cuando unas manos fuertes agarran a Nora y la levantan de golpe. Nora se aferra a la chica con todas sus fuerzas y logra arrastrarla un poco, hasta que una mano le separa el brazo por la fuerza. La chica se desploma en el suelo, y Nora intenta abalanzarse de nuevo, pero la sujetan.

—¡Asesina de mierda! ¡Dime cómo te llamas! ¡Quiero saberlo!

—Aquí no hay nombres —susurra una voz masculina en su oído. Nora es girada para enfrentarse al hombre que la sujeta. Ya lo ha visto antes. Es uno de los encargados. No recuerda su cargo exacto. Es alto, delgado, de mediana edad, con el pelo gris y muchas arrugas. Se parece a Clint Eastwood en su mejor época. Incluso tiene la misma mirada entrecerrada y voz ronca—. Y aquí no se permite pelear.

—El Mariscal —susurra alguien.

—Ella mató a mi hermano —dice Nora, con la voz rota. Al llorar delante de ese hombre, se siente como una niña en el patio del colegio, y eso la enfurece aún más—. Ella lo mató… y ¿se supone que tengo que dejarla irse de rositas?

El Mariscal entrecierra los ojos.

—Eso ya es pasado.

—¡De ninguna manera! ¡Yo todavía lo recuerdo! Ella mató a Nick… —Al pronunciar el nombre de su hermano, Nora no puede evitar echarse a llorar. Gira la cabeza para mirar a la chica. Está de pie, sostenida por un chico delgado—. ¿Cómo te llamas? —exige Nora.

La chica ha recuperado tanto el color del rostro como parte de la compostura. La expresión desafiante ha vuelto mientras le muestra a Nora el dedo corazón.

—Que te jodan. No te lo pienso decir.

—Los nombres son irrelevantes —repite el Mariscal, apretando el brazo de Nora con tal fuerza que le hace una mueca de dolor—. Y si vuelvo a oír una sola palabra de cualquiera de vosotras dos, os echo de aquí inmediatamente.

Silencio total. Había cierto murmullo entre la multitud reunida alrededor de la escena, pero ahora todos callan.

Nora está a punto de decirle al Mariscal que se vaya a la mierda, que no le importaría que la expulsaran de aquel lugar, pero algo la detiene.

«Tengo que quedarme. Si me voy, no la volveré a ver.»

Así que se limita a mirar al Mariscal con odio.

—Eh, ¿y esto qué es?

Una voz hace que Nora mire. Un chico adolescente, de unos dieciséis años, se adelanta y recoge lo que parece ser un collar. Al levantarlo, Nora puede leer el nombre escrito en plata: Steffie.

—Alguien lo habrá perdido —dice el chico, mirando al Mariscal.

Nora ve cómo la chica se lleva la mano al pecho. Y todo encaja.

—Ese es tu collar —dice Nora, con voz ahora sin emoción.

La chica le lanza una mirada fulminante. Luego se acerca al chico e intenta tomar el collar. Pero el Mariscal se le adelanta y agarra la cadena.

—Es una pertenencia personal, y no está permitido —le dice—. Esa es tu primera falta.

La chica se echa atrás como si él la hubiera abofeteado.

—Y tú —continúa, señalando a Nora con el dedo—. Considera esto tu primera y última advertencia. Si vuelves a causar problemas, serás castigada. ¿Entendido?

Nora no está mirando al Mariscal. Está mirando a la chica. A Steffie.

—Entendido —dice con calma—. Me portaré bien.

16

JOHN

—de vuelta al presente.

John se gira de lado, extiende la mano y encuentra el armario. Sigue allí, cubierto de polvo. Es lo

bastante grande como para que pueda esconderse detrás. Lo rodea, apoya la espalda contra la pared,

comprueba que el cuchillo sigue en su sitio.

Entonces empieza a esperar.

De pie, mirando la nada que ahora constituye su campo de visión, oye el graznido de un cuervo en

algún lugar. De vez en cuando, una brisa fresca baja desde arriba, le acaricia el rostro, y le mueve

ligeramente el pelo. Algo cruje. Probablemente hojas secas arrastradas por el techo roto. O envoltorios de caramelos dejados por adolescentes.

John respira con regularidad, manteniendo su sistema tranquilo pero preparado.

Casi se está quedando dormido cuando oye pasos viniendo por el pasillo.

John se tensa, sintiendo cómo su corazón empieza a latir con fuerza. Saca con cuidado el cuchillo, manteniéndolo junto a su costado.

«Tranquilo. Probablemente estará en guardia, así que tiene que ser rápido, antes de que te descubra.»

Los pasos se detienen justo frente a la puerta. John espera que esta se abra, pero no pasa nada

durante varios segundos. Su mente empieza a acelerarse.

«¿Está sospechando? ¿Me ha descubierto? ¿He dejado algún rastro?»

Como se quitó los zapatos y calcetines en la cantina, John está bastante seguro de no haber dejado

huellas húmedas en el pasillo. Pero quizá el suelo estaba polvoriento. O tal vez fue el picaporte.

Entonces la puerta se abre lentamente. Y la persona entra.

Por la forma en que se mueve, John está bastante seguro de que no es un ciego que haya entrado por

accidente. Pero no puede confirmar que sea Hagen. No hasta tenerlo controlado.

Entonces la persona se revela como un hombre al murmurar con una voz bastante grave:

—Oh, no. ¿Dónde está?

El tipo da un paso más dentro de la sala, y en el momento en que John oye el clic de la puerta al

cerrarse tras él, actúa.

Sale de detrás del armario, con la mano izquierda extendida hacia donde debe de estar el sujeto.

Mantiene la cabeza baja y el cuchillo retraído. Avanza con tres pasos largos hasta que su mano da

con un hombro.

El tipo grita y da un salto, intentando zafarse. Consigue liberar el brazo lo justo para que la mano de John resbale durante un segundo. Pero John no se detiene: avanza con fuerza y prácticamente se lanza sobre él. Esta vez logra rodearle el torso con un brazo y, con el otro, le presiona la hoja del cuchillo bajo la barbilla.

—Deja de resistirte —le ordena.

El tipo, al sentir el cuchillo en el cuello, deja de luchar.

—Vale, vale, de acuerdo… No soy uno de ellos, no estoy ciego… por favor, no… por favor, no me hagas

daño…

—¿Cómo te llamas?

—¿M-mi… nombre? —La pregunta no era lo que esperaba. John puede sentir el pulso del hombre

palpitando contra el cuchillo. Al inspirar, percibe un olor corporal horrible. Restos de desodorante

mezclado con sudor. Está claro que ese tipo no se ha duchado en semanas.

—Sí, tu nombre —exige John, apretando la hoja, sin darle tiempo a inventarse una mentira—. Nombre completo y número de la seguridad social, ahora mismo, o juro por Dios que te haré daño.

—F-Franz Joseph Hagen —dice, recitando una serie de números.

John no memorizó el número de seguridad social de Hagen, tiene buena memoria para los detalles,

pero no tanto, y en realidad ni le interesaba. Solo era una técnica para ver si intentaba mentir. No lo

hizo.

Un escalofrío de pura exaltación le recorre el cuerpo a John.

—¿Por qué… por qué lo preguntas? —Entonces, dándose cuenta de que puede haber cometido un

gran error al revelar su identidad, contiene el aliento—. ¿Eres… te han enviado?

John no responde. Simplemente lo sujeta con firmeza, tomándose un momento para que su sistema se relaje un poco. Espera que la peor parte de la adrenalina salga de sus venas, lo justo para dejar de

temblar. Tiene el pulso disparado. Lo siente golpearle detrás de los ojos doloridos.

También está ganando tiempo. Lo que viene ahora no será fácil.

«Puedes hacerlo. Tienes que hacerlo.»

—Por favor —susurra Hagen, a punto de echarse a llorar—. Por favor, no… yo no… yo no quería… tuve que marcharme, espero que lo entiendas…

—No tienes que explicar nada —murmura John, tragando saliva. Estaba tan centrado en atrapar y reducir a Hagen que no había pensado todavía en lo que viene después: ahora que lo tiene, tiene que matarlo. Con un cuchillo de cocina.

Puede que John matara a los Petersen con las manos desnudas. Pero aquello fue muy distinto.

Irrumpieron en su casa y atacaron a él y a su hija. Sin mencionar que estaban ciegos.

Hagen puede haber provocado el caos mundial, pero no estaba atacando a John. No es un monstruo

descerebrado, sino uno común. Y ahora parece más un niño asustado a punto de llorar. Y John

tiene que abrirle la garganta y dejar que se desangrar. No será solo una ejecución, sino una

increíblemente cruel y brutal.

—Lo siento mucho —dice Hagen, sollozando ya—. Nunca quise nada de esto… no estaba intentando hacer daño, lo juro por mi vida…

—Por favor, deja de hablar —gruñe John, concentrándose en mantenerse estable—. No lo estás

haciendo más fácil.

—¿Hacer qué más fácil? ¿Qué vas a hacer?

«Piensa en lo que hizo. Es peor que Hitler, Stalin y Mao juntos. Se lo merece.»

El pensamiento no ayuda. John parece incapaz de moverse.

—Mierda —gruñe—. Joder, no puedo hacerlo.

—Claro que puedes, John.

La voz de Else le toma por sorpresa, no solo a él, sino también a Hagen, que gira la cabeza en la

misma dirección que John y luego se estremece cuando la hoja le corta un poco.

—¿Quién anda ahí? —dice Hagen.

—Mátalo, John —dice Else, con una voz inquietantemente carente de emoción—. Acaba con esto.

—¡No, espera! —suplica Hagen—. ¡Espera, espera, por favor no!

—Cállate la puta boca —dice John, apretando con más fuerza—. Una palabra más y te juro por Dios que lo hago…

Hagen calla. Tiembla, respira con rapidez, y John siente el calor que emana de su cuerpo.

—Explícamelo otra vez —continúa John, dirigiéndose a Else—. ¿Y matar a este tío qué se supone que va a arreglar?

—No puedo explicarlo, solo lo sé —dice Else—. Está conectado con todo esto de alguna manera.

—Entonces si muere… ¿la grieta desaparece?

—Sí. Y los ciegos, estoy bastante segura de que morirán también.

—No, eso no es... —empieza Hagen.

—¿Qué te dije? —grita John en su oído—. ¡Cierra la puta boca!

Hagen gime, pero no dice nada más.

—Suena demasiado bueno para ser cierto, Else —continúa John—. ¿Cómo puedo saber que no estoy masacrando a este tío por nada?

—Por favor, John. ¿Es que no confías en mí?

—Sí, confío en ti. Pero… ¿y si te equivocas? La sangre de un inocente pesaría sobre mi…

—¿Inocente? —lo interrumpe Else, alzando un poco la voz—. John, sabes que él es el responsable de todo esto.

—Sí, pero...

—Piensa en todo el caos por el mundo. Piensa en todos esos pobres ciegos y en toda la gente que

han matado. Estamos hablando de millones, John. Miles de millones, seguramente. Y piensa en los

niños, por el amor de Dios. Piensa en Lisa, ella podría haber sido uno de ellos con tanta facilidad. Si su espectro aún no la ha vencido, puede que haya mirado al cielo por accidente y se haya convertido en uno de esos monstruos ciegos. Él hizo eso, John. Él provocó la ruptura del mundo. ¿Y tú lo llamas inocente?

John nota que Hagen tiembla tanto que está a punto de desmayarse, con las rodillas flojeando y la

respiración hecha jadeos húmedos.

—Estoy de acuerdo —murmura John—. Solo que no… no veo cómo matarlo va a arreglarlo todo.

—Lo hará. Confía en mí, John. Mira, todo lo que te he dicho hasta ahora ha sido verdad, ¿no?

—Lo ha sido.

—Entonces eso me convierte en una fuente bastante creíble, ¿no?

—Lo hace.

—¿Entonces por qué sigues dudando?

—Porque no conozco tu modus operandi. —John se arrepiente al instante de haberlo dicho en voz alta.

—¿Mi modus operandi? —Else está a punto de gritar ahora, su voz agudizándose con cada palabra—.

¡Mi modus operandi es salvar el maldito mundo, John! ¡Igual que debería ser el tuyo!

—¿Entonces por qué no lo has matado tú?

—¡Porque soy un puto fantasma, John! Créeme, si pudiera disparar un arma, sus sesos habrían salido volando de su cráneo en cuanto cruzó esa puerta. ¡Porque no soy una cobarde como tú, por lo visto!

Sus palabras le golpean como bofetadas. Rara vez ha visto a Else enfadada, y nunca así. Maldecir, insultar... jamás imaginó que fuera capaz de algo semejante.

—Todos estos años —continúa ella, ahora gritando—, te tomé por alguien prudente, sensible, sensato, cuando en realidad no eras más que un puto cobarde. Incapaz de hacer lo que hay que hacer. Apuesto a que por eso no volviste cuando todo se fue al infierno. No estabas pensando en tu familia; estabas cagado de miedo. Y si no hubieras huido como un crío, habrías estado allí ese día, trabajando el caso conmigo, ¡y yo seguiría viva, John! No me habrían matado a golpes en un puto ascensor por culpa de un psicópata cualquiera. Estoy muerta por tu culpa, John. Me lo debes todo. Y ni siquiera puedes hacerme este pequeño favor. ¿Qué clase de hombre eres?

Cada palabra es verdad, y John siente el peso de todas ellas. Lo siente como una tonelada sobre los hombros. Está lleno de vergüenza, remordimiento, culpa.

—Lo siento, Else —murmura—. De verdad que lo siento.

La disculpa es sincera, sentida. John incluso nota las lágrimas ardiéndole en los ojos, ya doloridos. Y sin embargo, de repente tiene

la sensación clara de que con quien está hablando no es Else en absoluto. Parte de él desearía que lo fuera. Daría lo que fuera por tener la oportunidad de hablar con ella otra vez. Nunca fueron buenos expresando sus sentimientos abiertamente. Siempre fue implícito. Pequeños gestos. Un asentimiento. Una palmada en el hombro. Si Else estuviera realmente aquí, le diría que…

—Te estaré eternamente agradecido, Else —las palabras se le escapan antes de que tenga tiempo de pensarlas—. Me salvaste la vida entonces. Lisa habría crecido sin mí si no hubiera sido por ti. Gracias. Desde lo más profundo de mi corazón.

Puede oírla respirar con fuerza.

—Si de verdad sientes eso, entonces demuéstramelo con este último respeto: haz lo que te pido, John.

—Y también lo siento mucho. Siento no haber estado allí para ti. Tienes toda la razón; si hubiera ido a la oficina, probablemente seguirías viva. Y eso es algo con lo que tendré que vivir el tiempo que me quede.

—Deja de hablar y apuñálalo, John.

—Lo siento, Else. Lo siento tanto. Tu muerte es culpa mía.

—¡Mátalo! ¡Ahora!

John toma una respiración profunda, temblorosa.

—No puedo. No estaría bien.

—¡Esto no va de lo que está bien o mal, por el amor de Dios, John! ¡Va de sobrevivir!

Y de alguna forma, esa última palabra lo coloca todo en su sitio para John. De forma definitiva. Irrefutable.

—Sobrevivir es para animales, Else. Tú misma me lo dijiste.

Algo cambia.

Es como si la presión descendiera por un momento y luego volviera. John se siente momentáneamente mareado. Cuando pasa, percibe que Else ya no está.

—G-gracias —susurra Hagen—. Has tomado la decisión correcta.

—Te dije que te callaras —gruñe John, sin verdadera convicción en la voz. Nota lágrimas, o sangre, o ambas, deslizándose por sus mejillas—. Vienes conmigo —Lo sujeta con la mano del cuchillo y arranca el cordón con la otra—. Las manos a la espalda.

Hagen obedece en silencio.

John le ata las muñecas, ajustando el cordón con fuerza.

—Ahora camina —le ordena, sujetándole por el hombro—. Y ni se te ocurra hacer nada raro. Todavía tengo el cuchillo.

—¿Adónde vamos? —pregunta Hagen, caminando hacia la puerta —. Pensé que… que no ibas a hacerme daño.

—No voy a hacerlo. Pero voy a enterarme de todo lo que sabes sobre lo que está ocurriendo.

Salen de la sala del reactor y avanzan por el pasillo. John guía a Hagen, sujetándolo y empujándolo con el cuchillo al mismo tiempo. Aún se siente desgarrado por lo que acaba de pasar. Hace todo lo posible por no demostrarlo, por no darle a Hagen la oportunidad de sorprenderlo.

—A la cantina —le indica John al girar—. Nos sentaremos y hablaremos largo y tendido. Como nunca tuvimos la oportunidad de hacerlo.

Hagen se detiene de golpe.

—¿Qué has dicho?

—Sigue andando.

Hagen no se mueve. En cambio, John nota cómo gira la cabeza, como si intentara verle la cara. Jadea.

—Eres tú… el agente… Te reconozco. ¿Qué te ha pasado en los ojos?

John frunce el ceño.

—¿Cómo sabes que me ha pasado algo en los ojos? ¿Tú… puedes ver?

—Sí —Hagen emite un sonido que casi parece una risita—. ¿No es curioso? La primera vez que nos cruzamos, yo era el ciego y tú podías ver. Ahora, se ha invertido.

—¿Pero qué demonios dices? No nos hemos visto nunca antes. Hice todo lo posible por encontrarte, pero…

—Oh, pero sí nos vimos —insiste Hagen. De pronto, suena menos asustado, más seguro de sí mismo—. Fue a través del tiempo, por eso probablemente no lo relacionaste. Te vi, en una visión. Hablé contigo.

Y de algún modo, esa palabra, "visión", resuena en algún rincón lejano de su mente.

—¿Qué coño estás diciendo?

—Ahora lo recuerdas —prosigue Hagen—. Sabes que no pude evitar lo que pasó. Pero estoy intentando arreglarlo ahora. Tienes que dejarme marchar.

—Sí, claro, eso es lo último que va a pasar —dice John, empujándolo hacia delante—. A la cantina, ahora.

Hagen se resiste un instante frente a la puerta.

—Vale —dice—. De acuerdo, entraremos en la cantina.

Algo en la forma en que lo dice hace que John sospeche. Suena como una mala mentira.

—Ni se te ocurra intentar nada raro.

Hagen no responde. Se acerca a la puerta, girando lo justo para alcanzar el pomo. John oye cómo se abre.

Y oye otra cosa, algo que lo desconcierta. Olas rompiendo. Una brisa fresca y salada le acaricia el rostro, trayendo consigo el inconfundible olor del mar y la arena. Una gaviota grazna cerca. John incluso siente el sol en la piel.

—¿Pero qué coño…? —murmura, pensando que deben haberse equivocado de puerta, pero ninguna puerta, bajo ninguna circunstancia, debería conducir a una playa, ya que el océano está a varios kilómetros, y además…

Sin previo aviso, Hagen se zafa, salta por la abertura y cierra la puerta en las narices de John. Lo hace tan rápido que John no tiene tiempo de reaccionar.

—¡Maldita sea! —ruge, lanzándose contra la puerta. Espera que Hagen la esté sujetando desde el otro lado, pero para su sorpresa, la atraviesa de lleno.

Avanza a trompicones y por poco se cae.

Consigue mantenerse en pie, se queda congelado, escucha con atención.

No hay sonido de olas ni de gaviotas. No huele a sal ni sopla ninguna brisa.

Todo lo que huele es a café viejo y jabón lavavajillas.

Está en la cantina.

Pero Hagen no.

17

ALICIA

Alicia no duerme. No puede. Lo ha intentado con todas sus fuerzas, pero el sueño no viene a por ella.

¿Y cómo iba a venir? Después de lo que vio en la casa, Alicia no está segura de que alguna vez vuelva a dormir. El recuerdo de su madre muerta la persigue sin cesar. Y echa muchísimo de menos al abuelo. Aún le resulta completamente irreal que se haya ido. Le parece mucho más razonable pensar que simplemente no está aquí ahora mismo. Que está en otra parte. Que Alicia podría llamarle si quisiera. Que él contestaría, y volvería a oír su voz. Llamándola Lyssa. Consolándola. Diciéndole que todo irá bien.

Pero eso no volverá a pasar. El abuelo está muerto. Asesinado por su propio fantasma.

Y sin duda, el fantasma de Alicia también volverá para intentar matarla.

Aunque Alicia no está segura de que eso sea lo que quiera el fantasma. O mejor dicho, la grieta en el cielo. O mejor dicho, lo que causó la grieta en el cielo. Porque Alicia está convencida ya de que lo que aparece con forma de su madre muerta no es en realidad su madre muerta. Es algo mucho más grande. Algo maligno. Es poderoso, y cada vez más fuerte.

Esa fuerza maligna quiere otra cosa de ella. Recuerda lo que le dijo el fantasma:

—Tú eres a quien ellos quieren. Mi trabajo es llevarte hasta ellos.

Alicia no tiene ni idea de quiénes son "ellos", ni qué quieren exactamente con ella. Reza por no tener que averiguarlo jamás.

Suspira y se da la vuelta sobre el puff. En la oscuridad, distingue a Camilla acostada de lado, durmiendo profundamente, con la boca entreabierta. Danny duerme junto a ella, igual de plácidamente. Alicia siente una punzada de envidia. Claro que Camilla puede dormir. Tiene a su niño, y los dos están bien. No hay fantasmas que los persigan. Al menos por ahora. Cuando aparezca el propio fantasma de Camilla, ya sabrá lo que es. Quizá entonces se preocupe un poco más, o al menos…

Alicia sacude la cabeza, sacándose esos pensamientos oscuros. No es propio de ella pensar así. Sabe que Camilla se preocupa por ella. Que quiere ayudarla. Pero ¿qué puede hacer? También tiene que cuidar de Danny.

«Tengo que ser fuerte», se dice, sin sentirse en absoluto fuerte. «Nadie más puede hacer esto por mí. Es mi fantasma.»

La biblioteca está en el quinto piso del edificio.

Subieron hasta aquí por las escaleras, sin ni siquiera mirar en los niveles inferiores. Solo se cruzaron con una persona ciega de camino. Una mujer corpulenta, tirada en el rellano del segundo piso. Respiraba, aunque apenas. Al principio Alicia pensó que dormía, pero parecía más bien en coma.

Camilla tomó la mano de Alicia y la condujo más allá de la mujer. Luego, al llegar al último piso, le dio el bebé y le dijo que esperase mientras ella comprobaba la biblioteca. Había traído la palanca, y sujetándola como un bate de béisbol, se deslizó por la puerta y desapareció entre las estanterías.

Alicia esperó allí cinco minutos, acunando suavemente a Danny, que dormía profundamente. Admiraba el valor de Camilla. Entrar allí sola, cuando una docena de ciegos podía estar al acecho… Alicia no habría sido capaz. Es demasiado cobarde. Por eso estuvo a punto de obedecer al fantasma de su madre cuando este se lo exigió. Por eso...

—¡Psst!

Alicia casi se estaba quedando dormida. Ahora se gira, mirando hacia la puerta. Nota que la mesa ha sido empujada ligeramente lejos de la pared, permitiendo que la puerta se abra unos centímetros. No oyó que pasara, pero tuvo que ser justo ahora.

Ve el rostro pálido y ciego de su madre muerta mirándola por la rendija. Sonriéndole.

Alicia está a punto de gritar, pero el sonido se le atasca en la garganta, convirtiéndose en un jadeo ronco.

El fantasma se lleva un dedo a los labios resecos, en gesto de silencio. Luego le hace señas para que se acerque.

Alicia niega con la cabeza.

El fantasma asiente, vuelve a llamarla con la mano.

Alicia susurra con voz ronca:

—No. Vete.

La sonrisa del fantasma desaparece, sustituida por arrugas en la frente y cejas fruncidas.

—Ven conmigo, Lyssa. No voy a repetirlo.

La voz suena demasiado cerca. Como si su madre le susurrara al oído.

Alicia duda. No sabe qué hacer. ¿Despierta a Camilla? ¿Finge que su madre no está allí? ¿O…?

—Le haré daño al bebé, Lyssa. A menos que vengas conmigo ahora.

Alicia siente ganas de gritar y de llorar. Se tapa los oídos con las manos y cierra los ojos con fuerza. Por supuesto, no sirve de nada para bloquear la voz de su madre.

—Tomaré a Danny y lo tiraré al váter. No quiero hacerlo, pero si me obligas…

«¡Para!», grita Alicia en su mente. «¡Para ya! Iré contigo…»

Abre los ojos y mira hacia la puerta. Su madre ya no está. La puerta sigue entreabierta.

Alicia echa una última mirada a Camilla y a su bebé dormido. Las lágrimas le llenan los ojos, y se las seca.

—Ven ahora, Lyssa —susurra su madre dentro de su cabeza—. Nos están esperando.

Alicia no tiene elección. Se levanta y se desliza fuera de la habitación.

18

THORN

Si no fuera un rastreador excelente, se habría perdido ahí abajo.

En las viejas películas del oeste, los nativos siempre despistaban a los vaqueros cruzando un río. La suposición era que no se dejan huellas en el agua. Lo cual no es cierto. Al menos no para el ojo entrenado.

Si hay agua, casi siempre hay algún tipo de vegetación. Hierba, algas, cualquier cosa que, al pisarla, deje señales reveladoras de tallos doblados o rotos. Si no hay plantas, entonces musgo, o al menos una capa de algas, como ocurre en la alcantarilla. A Thorn le basta con agacharse y enfocar la linterna a través del agua turbia para ver el fondo, y allí están las huellas de Nygaard, claras y evidentes.

También están esas marcas discretas en el lateral del muro del desagüe, un poco por debajo de la altura de los hombros: dos líneas entrecortadas que aparecen antes de cada curva o intersección. Todo indica que fueron hechas por un par de dedos al deslizar Nygaard la mano izquierda por la pared mientras avanzaba.

Thorn puede avanzar mucho más rápido que su objetivo, primero porque él —a diferencia de Nygaard— puede ver. Pero también es evidente que Nygaard se ha tomado su tiempo, se ha movido despacio, con cuidado de no tropezar ni golpearse la cabeza. El comportamiento de alguien que ha perdido la vista recientemente.

A medida que Thorn acorta la distancia, empieza incluso a ver manchas casi secas en la pared justo por encima del agua, dejadas por las salpicaduras de los pasos de Nygaard.

«Menos de seis minutos. Nos vemos pronto, Nygaard.»

Thorn acelera aún más, asegurándose de hacer el menor ruido posible. Aún lleva las esposas, y las ha guardado en el bolsillo trasero para que no tintineen. No necesita preocuparse de apagar la linterna, ya que Nygaard no verá la luz de todos modos. Mantiene los ojos fijos al frente, esperando ver aparecer la espalda de Nygaard en cualquier momento.

Entonces, de pronto, oye un sonido detrás. Podría ser el chapoteo del agua, pero también podría ser un gemido ahogado.

Thorn se gira y saca la pistola en un solo movimiento fluido.

No hay nadie.

Pero algo flota hacia él. Una bufanda negra. La que llevaba la mujer cuando…

Thorn contiene el aliento, aprieta la mandíbula mientras recoge el trozo de tela. Está empapada. La huele con cuidado. Y el olor lo lanza de nuevo al recuerdo con tanta claridad que suelta una exclamación y la deja caer de inmediato.

«Maldita sea. Otra vez no. Ahora no.»

Se gira para continuar, pero solo da unos pasos antes de detenerse en seco.

Contiene la respiración.

Allí está la mujer árabe, bañada por el haz implacable de su linterna, tan nítido que casi duele.

—Déjame en paz de una puta vez —susurra Thorn, parpadeando con rapidez mientras el pulso le retumba dentro del cráneo—. ¿Qué quieres de mí? ¿Eh? ¿Qué quieres?

Su voz resuena por la alcantarilla. Es una estupidez hablar en voz alta, y más aún gritar. Nygaard podría oírle y Thorn perdería el elemento sorpresa. Pero no puede evitarlo.

Cada célula de su cuerpo está en pie de guerra.

—Quiero que me tomes —dice la mujer con voz suave, muerta, ladeando ligeramente la cabeza, como si Thorn ya supiera la

respuesta—. Eso me liberará, señor Tougaard. Quiero ser libre al fin. Por favor.

—No voy a follarte —gruñe Thorn, con la voz quebrada de asco y miedo—. Si quieres redención, habla con Alá o con quien coño reces. Estás muerta.

—Ay, señor Tougaard —dice ella, ahora con un tono casi condescendiente, lo que asusta y enfurece aún más a Thorn—. Usted sabe que no es así. No estoy muerta. Estoy viva dentro de usted. Esta es su memoria, señor Tougaard, y no desaparecerá hasta que me deje marchar.

Thorn traga saliva con fuerza.

—¿Y cómo hago eso?

La mujer se tumba de espaldas sin romper el contacto visual. Tampoco se inmuta al empaparse el pelo y el vestido rasgado, que empieza a flotar a su alrededor. Se levanta la tela, mostrando sus piernas morenas y lo que hay entre ellas.

—Está bien, señor Tougaard. Ni siquiera lo notaré. Ya me he ido.

«Ya se ha ido», piensa Thorn, y la voz en su mente suena más joven. Al mirar hacia abajo, se ve a sí mismo con el uniforme color arena que llevaba entonces. Al escuchar, puede oír incluso los bombarderos sobrevolando.

Está de vuelta en el apartamento polvoriento. Hace veinte años. Enfrentando la decisión que sellará su destino. Recuerda la tensión por dentro y por fuera. La presión de sus compañeros. Todos la habían tenido, y se esperaba que él hiciera lo mismo, o los traicionaría. Solo haciéndose tan culpable como ellos podía Thorn ganarse su confianza. Casi como un rito de paso.

«No quiero», recuerda haber pensado. «Ni siquiera se me pone dura.»

Pero para su sorpresa, descubrió que no era verdad. De hecho, su erección es tan jodidamente fuerte que parece a punto de romper la tela de los calzoncillos.

—Tranquilo, tío —dice Pilgaard con voz baja desde algún lugar detrás—. Ni siquiera lo notará. Ya se ha ido. —Y le da una palmada en el hombro en gesto de apoyo. Lo empuja suavemente. Como lo haría un padre. Lo cual no está muy lejos de la verdad, ya que

Pilgaard le lleva veinte años. Recientemente se había convertido en abuelo. Les enseñó las fotos a todos.

«Dios santo. ¿Cómo pudimos hacerlo? Éramos unos animales. Peor. Los animales no hacen cosas así.»

Thorn desea que el recuerdo acabe, desea salir de él, pero no puede. Se ve obligado a revivir lo que viene a continuación.

Se da cuenta con horror de que está llorando. No sabe si ya lloraba entonces o si está llorando ahora. Todo se funde en uno.

«Ellos me obligaron. Fue culpa suya.»

«Asume la responsabilidad, cobarde. Tú querías hacerlo.»

«No, no quería. Solo era un crío, por el amor de Dios. No sabía lo que hacía.»

«Sabías perfectamente lo que le hacías.»

«Aún era… jamás había estado con… oh, Jesús…»

«Eras virgen, igual que ella. Y cuando vuestros ojos se cruzaron, supiste que ella también lo sabía. Y de algún modo, eso lo hizo aún peor para ella. Eras como ella. Deberías haber sentido empatía. Haberle mostrado compasión. Pero querías hacerlo. Querías ser aceptado. Convertirte en un hombre. Y así la violaste. Le arrancaste lo último de humanidad. La rompiste, y por eso se quitó la vida.»

«No… no quería que muriera… No lo quería, lo juro…»

Y el dolor es tan intenso que hace que Thorn vuelva bruscamente al presente.

La mujer árabe ya no está. Pero, para su horror absoluto, se encuentra a cuatro patas, con los pantalones bajados, su pene erecto empujando dentro y fuera del agua embarrada.

Se incorpora de un salto, jadeando, luchando por subirse los pantalones. Un sonido espantoso escapa de su boca. Mitad llanto infantil, mitad gemido lujurioso, y hace todo lo posible por contenerlo.

Entonces, al fin logra subirse la cremallera, deja caer los brazos a los costados y echa la cabeza hacia atrás, mirando el techo de la alcantarilla. Ve a la araña gigante trepando por allí y entonces…

Entonces algo encaja.

—Ahora lo entiendo —murmura, con la voz extraña incluso para él mismo—. Al fin lo comprendo.

Thorn empieza a reír. Es una risa profunda, gutural, que le sale desde las entrañas. Como reiría un demonio. El sonido retumba a su alrededor, pero a Thorn le da igual.

La risa continúa y continúa, hasta que le duele el estómago y las lágrimas le corren por las mejillas.

Cuando al fin cesa, Thorn se siente mejor de lo que se ha sentido en muchísimo tiempo.

Por fin, está alineado por dentro. Ya no hay partes enfrentadas en su interior.

Solo hay un Thorn.

El Thorn que siempre estaba destinado a ser.

El verdadero Thorn.

19

MARK

No recuerda la última vez que despertó con una mano deslizándose dentro de sus calzoncillos.

De hecho, no recuerda que eso le haya pasado nunca.

Pero desde luego no va a quejarse, así que Mark simplemente sonríe y disfruta de la experiencia, mientras unos dedos delgados empiezan a acariciarlo.

Jamás imaginó que Camilla haría algo así. Sencillamente, no es de ese tipo. Claro que habían tenido algunas sesiones subidas de tono cuando el momento era el adecuado, pero nunca por la mañana. Camilla solía dormir profundamente y no estaba de buen humor al despertar.

Cuando ella empieza a masturbarlo, Mark no puede evitar gemir.

—Joder, no sabía que tuvieras este lado oculto —murmura.

—Cualquier cosa por ti, cariño.

La voz no es la de Camilla.

Mark se incorpora de golpe y abre los ojos. Erika está tumbada de lado, sonriendo, con la cabeza apoyada en su pecho.

—Vaya —dice él, agarrándole la muñeca.

Ella deja de inmediato lo que está haciendo. Levanta la cabeza, y su expresión cambia a una de preocupación.

—¿Pasa algo?

—Sí, claro que pasa algo —exclama Mark, apartándole la mano. Se sienta y se desplaza al borde de la cama—. Para empezar, estás muerta.

Mira a su alrededor y se da cuenta de que está en el dormitorio de Erika. A juzgar por la luz que entra por las cortinas, debe de ser de mañana. Todo le vuelve a la memoria como un golpe seco en el estómago.

«Mierda… ¿cuánto tiempo estuve inconsciente?»

—Has dormido todo el día —dice Erika, leyéndole la mente y señalando la ventana. Está completamente oscuro fuera—. Yo me quedé despierta para vigilarte. O mejor dicho, para mirarte. —Sonríe y se encoge de hombros—. Lo siento, sé que es un poco espeluznante, pero te echaba tanto de menos, Mark… No podía esperar más, así que pensé en despertarte de la forma más suave posible.

Mark sí se siente descansado, como si hubiera dormido lo que necesitaba. Pero también siente que el miedo y el asco se agitan dentro de él.

Erika se da la vuelta, se estira y bosteza.

—No tengo nada de ganas de levantarme. ¿Qué te parece si pasamos el día en la cama? —Solo lleva puesto un sujetador, y Mark no puede evitar notar lo atractiva que se ve. Y lo real que parece.

«No está realmente aquí, tío. Céntrate.»

Pero no lo cree del todo. Todavía puede sentir su mano apretándole. Alguien que puede tocarle así no puede ser solo fruto de su imaginación… ¿o sí?

—A la mierda —murmura Mark, poniéndose de pie. Nota que sigue excitado y se gira para que Erika no lo vea. Ella debe de haberle quitado la ropa —o quizá él mismo se la quitó, estaba tan agotado que no lo recuerda— porque solo lleva calzoncillos. Agarra sus pantalones y se los pone. Luego toma el móvil de la mesilla. Hay varias llamadas perdidas, todas de Camilla. Le manda un mensaje rápido: «¿Estáis bien?»

—¿A quién le estás escribiendo? —pregunta Erika con naturalidad.

—No es de tu puta incumbencia —murmura Mark, dejando el móvil sobre la cama y yendo hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

Mark se detiene y la mira.

—¿Dónde coño crees que voy? —le gruñe—. ¿A fumar un cigarro? Me voy de aquí, Erika. Estás muerta.

Erika suspira, y cuando él abre de golpe la puerta, la oye decir:

—Pensé que ya habíamos superado eso…

Mark se dirige hacia la puerta principal. Nunca había pasado la noche allí, pero visitó a Erika una o dos veces, y recuerda su apartamento. Al pasar junto a la cocina, ve los platos sobre la encimera, y recuerda cómo devoró todo lo que quedaba comestible en la nevera de Erika. Ella no intervino; simplemente se sentó y lo observó con una sonrisa, y él no paró hasta que sintió que el estómago iba a estallarle. Luego debió de ir al dormitorio y desplomarse.

Mark agarra la puerta principal. Está cerrada. Intenta girar el pestillo, pero no cede.

—Mierda de puerta —murmura, tirando del pomo—. Vamos…

El cierre parece soldado. No hay manera de hacerlo girar. Retrocede y patea la puerta. Pero es demasiado pesada para derribarla. Además, se abre hacia dentro.

—¿De verdad quieres tener otra vez esa conversación aburrida, cuando podríamos follar en su lugar?

Se da la vuelta y ve a Erika junto al perchero. Tiene los brazos cruzados bajo el pecho. Una vez más, Mark se sorprende del nivel de detalle de la ilusión. Puede distinguir las pecas en su clavícula, reconocer las pequeñas arrugas en la parte superior del escote. Puede oler su perfume y la loción que siempre usaba.

Traga saliva, forzándose a contener una nueva oleada de deseo que le sube desde las entrañas. A pesar de lo que le dice la cabeza, sus genitales parecen opinar otra cosa.

«Esto es una locura. Estoy perdiendo la cabeza.»

—Vale, quizá estoy muerta —concede Erika, haciendo un gesto con la mano—. Pero sinceramente, ¿importa? Si lo que sientes es real, entonces no hay diferencia. Es como esa película en la que los conectan a una máquina o lo que sea, y entran en otra realidad. Pero sus mentes lo hacen real, ¿no? Si se hacen daño, de verdad les

duele —Se encoge de hombros—. ¿Por qué esto no puede ser igual? Soy real porque tu mente me hace real, Mark. Y si follamos, entonces realmente follamos.

—No vas a llevarme a la cama, Erika —dice Mark, pasándole por delante—. No vas a conseguirlo. Ni de coña.

Revisa las ventanas de la cocina. Se pueden abrir, pero están en un sexto piso y no hay salida de incendios.

—Oh, sí, no me molesté en tapar las ventanas —dice Erika desde detrás—. Supongo que si estoy muerta y tú eres inmune, ¿para qué? Además, nadie puede vernos aquí arriba.

Mark la ignora y va a las demás habitaciones. Comprueba todas las ventanas, pero no hay forma de salir.

—¡Joder! —bufa—. ¿No deberían tener estas putas viviendas una salida de emergencia o algo? Por si hay fuego…

Se gira y ve a Erika apoyada en el marco de la puerta. Ella solo se encoge de hombros.

—Ni idea.

Él se le acerca. Ella descruza los brazos y los extiende, obviamente pensando que va a abrazarla. Mark se detiene justo fuera de su alcance, se inclina hacia su cara y le gruñe:

—Déjame salir. Abre la puerta principal.

Erika parpadea y niega con la cabeza.

—Yo no cer...

—¡Ábrela!

—Mark, te digo que no la cerré.

—¿Entonces por qué coño está cerrada?

—¡No lo sé!

Él respira con fuerza. Al mirarla, parece que de verdad tiene miedo de su rabia. O al menos incomodidad.

—Lo siento —dice ella—. No te estoy reteniendo, Mark. Jamás haría eso.

Él resopla.

—Sí, claro.

—No, en serio. ¿Por qué iba a obligarte a estar conmigo? Eso no sería amor de verdad.

—Oh, por favor. Basta. Para ya de una puta vez.

—¿Por qué? ¿Es que no me amas, Mark?

Mark levanta la vista al techo, luego la mira de nuevo.

—Me gustaba tu coño. ¿Vale? Me gustaba tu culo, tus tetas y tus labios. Quería follarte, Erika. Eso era todo. Nunca te amé. Nunca podría amar a alguien como tú. Una… una…

Erika lo mira, incrédula.

—¿Una qué?

—¡Una muñeca follable estúpida! Sí, eso mismo. ¡Eso eras para mí!

Esperaba que lo que fuera que estuviera suplantando a Erika se enfadase. Quería sacarla de quicio, hacerla romper el papel aunque fuera un segundo. Ver eso haría todo más fácil. Necesita alguna prueba de que eso no es realmente el fantasma de Erika.

En su lugar, la cosa reacciona exactamente como lo haría Erika. Se encoge, se abraza a sí misma y parece a punto de llorar.

—Oh, por el amor de Dios —gruñe Mark—. ¿Vas a hacer el numerito de perrita herida?

—¿Por qué eres así, Mark? No lo entiendo. ¿Qué te he hecho yo?

—¡Me has apartado de mi hijo y de la mujer que amo!

Erika niega con la cabeza, frunciendo el ceño.

—Yo no te aparté de ellos, Mark. Tú los dejaste.

Es como una bofetada.

—No, eso no… No lo hice por voluntad propia.

—Sí que lo hiciste. Tú conducías el jeep.

—Sí, pero… tú me obligaste. Amenazaste con hacerles daño.

Erika lo mira horrorizada.

—¿Amenazar? ¿Por qué iba a amenazar a una mujer y a su bebé recién nacido? En serio, Mark. Eso está muy mal.

—¡Dijiste que les harías daño!

Ella niega con firmeza.

—No. Nunca dije eso.

—¡Pero lo insinuaste! —Le señala la cara—. No me vengas con juegos de palabras. La forma en que lo dijiste daba a entender que harías daño a mi familia si no me mantenía alejado de ellos.

Erika levanta las manos.

—Siento si eso fue lo que entendiste, pero no fue lo que dije. Te advertí que podrían estar en peligro, sí, pero no por mí.

—¿Entonces por quién?

—Por ti —responde Erika, como si fuera evidente—. Mark, te estás desmoronando. Ya estabas inestable antes de que todo esto pasara.

Abre la boca, luego la cierra de nuevo.

—Puede que esté… pasándolo un poco mal. Pero no soy peligroso. Jamás en la vida le haría daño a Camilla ni al crío.

—No. Pero tampoco los protegerías.

Otro golpe.

—¿Qué has… qué acabas de decirme?

Erika se frota los brazos como si tuviera frío. Parece que no quiere seguir hablando del tema.

Mark le agarra del hombro.

—¡Respóndeme! ¿Por qué has dicho eso?

—¡Porque es verdad! —dice Erika—. Lo siento, Mark. Pero esto no debería sorprenderte precisamente. No puedo decirte nada que tú no sepas o sientas ya.

Hay algo en la forma en que dice esa última frase que le deja claro a Mark, con dolorosa certeza, que es verdad.

Erika no está mintiendo.

Erika no puede mentir.

Es una proyección de su mente. Un eco de su recuerdo. Está dentro de su cabeza. Sabe exactamente lo que piensa y lo que siente. Lo que realmente siente.

—Piénsalo, Mark —continúa ella, ahora con voz suave—. Has dejado a Camilla muchas veces. Esta vez te convenciste de que tenías una excusa. Pero siempre hacías eso. Siempre te inventabas alguna razón para justificarlo cuando te escapabas de casa para venir a verme. ¿No lo recuerdas?

«Me está obligando.»

«¿Qué cojones estaba pensando, quedándose embarazada?»

«No le debo nada.»

«Puede largarse si quiere, yo no la estoy reteniendo.»

«Nunca quise nada de esto.»

«Está recogiendo lo que sembró.»

Cada pensamiento atraviesa su mente como un relámpago, todos con su propia voz. Ha pensado cada uno de ellos en algún momento de los últimos nueve meses. Incluso puede que los haya dicho en voz alta en el coche, camino del piso de Erika.

—No digo que no la quieras —continúa Erika, tocándole el brazo. Mark se aparta, pero ella sigue hablando como si nada—. Creo que sí la amas. O al menos quieres hacerlo. Pero si fueras completamente sincero contigo mismo, Mark, respóndeme a esto: cuando la viste desde la ventana de la biblioteca y te diste cuenta de que no podías entrar… ¿no hubo una parte de ti que sintió alivio?

La pregunta le deja sin aire en los pulmones.

Porque la respuesta la tiene clarísima.

—Sí —dice con voz ronca—. Es verdad. Una parte de mí quería marcharse.

Erika baja la cabeza para buscarle la mirada. Su expresión refleja una profunda ternura y preocupación.

—Está bien que lo reconozcas.

Mark lucha por no llorar. De pronto, se siente increíblemente expuesto y vulnerable. Apenas unos segundos antes, sentía repulsión e incluso algo de miedo por aquello que tenía delante con el aspecto de su antigua amante. Pero ahora, siente el impulso de acercarse. De buscar consuelo en ella. Como solía hacer.

Porque no solo se acostaban juntos. Por mucho que Mark quiera convencerse de que Erika no fue más que una aventura, un error estúpido, una distracción, en realidad fue mucho más. Si no fuera así, ¿por qué sería ella la figura de su pasado que sigue apareciéndosele? Dios sabe que Mark arrastra otros traumas. Y, sin embargo, ha de ser Erika quien dejó la huella más profunda.

Con ella, Mark podía abrirse de un modo que nunca le fue posible con Camilla. Hablar con Erika era fácil. Fluido. Era una persona tan directa, que Mark acababa compartiendo pensamientos y sentimientos profundos sin darse cuenta, hasta que ya era demasiado tarde. Hablaba de su infancia, y alguna que otra vez incluso se le humedecieron los ojos. Mark no lloraba nunca. Ni siquiera cuando estaba solo.

Quizá solo fueran las endorfinas que le provocaba la presencia de Erika. O quizá el hecho de que no hubiera un compromiso real, nada que le hiciera sentirse asfixiado. O tal vez… tal vez fue amor. Una forma más limpia del amor que sentía por Camilla.

—Dios —susurra Mark—. Ahora lo veo. Siempre estuvo ahí. Solo que no podía… no podía admitirlo.

—Ay, cariño —prosigue Erika, acariciándole la mandíbula con una mano. Esta vez, Mark no se aparta—. Sé que no es fácil. Ahora, dime por favor: ¿por qué te sentiste así? ¿Por qué te alivió volver a marcharte?

—Porque —dice Mark, con un sollozo en la garganta—. Por… la maldita responsabilidad… No estoy… No estoy preparado, Erika… —Niega con la cabeza—. No puedo ser marido… ni padre. Joder, apenas soy un adulto… ¿cómo se supone que voy a cuidar de otra persona? De algo tan pequeño y frágil… ¡Los bebés se mueren en la cuna, por el amor de Dios! Son tan jodidamente delicados… y eso sin contar con todo el daño emocional que les puedes hacer… Lo arruinaré de por vida, lo sé… mira todo lo que le he hecho pasar a Camilla… debe de estar muy jodida o ser una experta en negación para soportar toda esa mierda… —Mark se limpia una lágrima—. No, estarán mejor sin mí. Sin duda. Y yo estaré mejor sin tener sobre mi conciencia el peso de su bienestar. Todos ganamos.

Ha estado hablando mirando al suelo, pero ahora fija los ojos en Erika, buscando su reacción.

Ella le sonríe con calidez.

—Has estado luchando contra ti mismo todo este tiempo, Mark.

Mark no puede creer las palabras que acaban de salir de su boca. Y sin embargo, todo lo que ha dicho es verdad. De verdad ha estado enloqueciendo desde que supieron que Camilla estaba embarazada. Pero hay otra verdad dentro de él. Algo que ha estado creciendo desde que el cielo empezó a romperse. Otra versión de sí mismo. Una mejor. Una que está dispuesta a asumir la responsabilidad, aunque no sea justo, aunque él no la haya pedido.

Pero ese Mark está siendo empujado al fondo, a un lugar lejano donde no puede alcanzarlo. Todo lo que siente ahora son las

emociones no deseadas que ha estado reprimiendo durante meses. Pánico. Arrepentimiento. Dolor. Ira.

—Es hora de arreglarlo —continúa Erika con voz suave—. Aún puedes reparar todo esto, Mark.

Él respira hondo.

—Sí. Vale. Quiero arreglarlo. ¿Qué tengo que hacer?

Erika no responde. En su lugar, pasa junto a él y se dirige a la cama. Coge el móvil y se lo entrega.

—Dile dónde estás.

—¿Qué?

—Pídele que venga.

—¿Por qué haría eso?

—Tienes que decirle lo que sientes.

Mark frunce el ceño.

—Pensaba que querías que… que estuviera contigo.

—No podemos estar juntos hasta que hayas roto adecuadamente con Camilla, Mark —dice Erika con sinceridad—. Tienes que mirarla a los ojos y decirle la verdad. Se lo debes.

Mark se muerde el labio. No puede admitirle esto a Camilla. Que ha estado sintiéndose así con respecto a ella durante tanto tiempo. Le dolería profundamente. Solo de pensarlo le entran náuseas.

Pero, por otro lado, si lo que él siente es verdadero, entonces lo que Camilla siente es una mentira. Y Erika tiene razón: ella se merece algo mejor que vivir en una ilusión.

«Quizá esta sea mi salida», sugiere un pensamiento desde lo más profundo, y Mark siente un destello de esperanza.

«Quizá si le digo la verdad a Camilla, Erika desaparecerá.»

Recuerda que Erika puede leerle la mente, y la mira, sintiéndose culpable. Pero ella no parece haber captado lo que acaba de pasarle por la cabeza.

—Está bien —murmura Mark, activando la pantalla—. Lo haré.

20

JOHN

John abre y cierra la puerta varias veces. Revisa las bisagras, examina la pared a ambos lados.

Incluso palpa el suelo y el techo.

Conserva la esperanza, por mínima que sea, de encontrar algún pasaje oculto. Que lo que acaba de vivir pueda explicarse de forma racional. Que, simplemente, haya sido su ceguera y el agotamiento lo que le haya hecho malinterpretar la situación.

Por supuesto, no encuentra nada. Ninguna abertura que conduzca a una playa. Ningún rastro de Hagen.

Finalmente, exhausto y sin fuerzas, se deja caer al suelo y apoya la cabeza en las palmas de las manos.

«Bueno, si el cielo se está rompiendo y los fantasmas ahora son reales, ¿por qué no iba a haber también saltos entre portales?»

Siente cómo va perdiendo cada vez más la noción de lo que es real. La conclusión más lógica parece ser que ha estado alucinando todo. Que murió en el sótano del laboratorio gubernamental. O tal vez sucedió incluso antes. Tal vez fue asesinado por uno de los ciegos.

El culturista que lo atacó junto a Lisa en el baño. Aquel tipo podría haberlo dejado en coma, y todo lo que ha pasado desde entonces ha sido una pesadilla, producto de su mente dañada.

Una pesadilla cada vez más desagradable.

Pero, de algún modo, sabe que no es eso. Siente que sigue despierto. Que sigue cuerdo. Es el mundo que lo rodea el que se está volviendo loco.

Aunque… ¿acaso un psicótico no pensaría exactamente lo mismo?

John recuerda algo del caso Hagen. Está volviendo a su mente poco a poco, surgiendo desde lo más profundo de su memoria.

Normalmente, John es bueno recordando detalles de los casos en los que ha trabajado. De hecho, su mente funciona casi como una biblioteca. Y es bastante fiable. Las cosas no tienden a deformarse ni a envejecer como suele pasar con los recuerdos humanos.

En uno de los cursos de interrogatorios que John tomó durante su formación como agente de la Seguridad Nacional, les enseñaron que la memoria humana es como un sistema de compostaje. Que la analogía de la biblioteca había sido desacreditada por la investigación. Los recuerdos no se almacenan de forma ordenada ni se mantienen separados. Están revueltos, mezclados entre sí, confundidos unos con otros. Algunos se desvanecen, otros se intensifican, casi todos cambian de algún modo.

Como ocurre con el compost. Si se le da suficiente tiempo, ya no puedes distinguir nada.

La memoria de John no funciona así. Al menos no tanto como en otras personas. Él sí es capaz de mantenerlo todo organizado, como en un archivador.

Salvo en lo relacionado con el caso Hagen. Quizá fue simplemente demasiado desagradable para afrontarlo. Tal vez el impacto de haber estado a punto de recibir un disparo le hizo reprimir buena parte de aquello, aunque aun así continuó trabajando el caso con Else durante meses, hasta que se cerró oficialmente por falta de pistas.

Sea como sea, John había olvidado casi por completo lo ocurrido en aquel entonces. Hasta que el fantasma de Else vino a recordárselo. Y ahora, todo empieza a volver.

Hagen estaba mentalmente perturbado. Al menos desde un punto de vista convencional. Hablaba con voces de entidades que no estaban realmente allí. Y, sin embargo, las consideraba tan reales como cualquier otra cosa. Las veía como dioses, seres divinos de otra dimensión.

Esas entidades lo necesitaban a él, a Hagen, para entrar en este mundo. Y él les allanó el camino. Abrió la puerta. O, más bien, abrió el cielo.

John suspira profundamente.

«¿La cagué? ¿Debí haberle cortado el cuello?»

Tal vez.

Tal vez tuvo una oportunidad de evitar todo este desastre, y la dejó escapar.

Tal vez permitió que su insignificante humanidad se interpusiera en lugar de hacer lo que era necesario.

Está demasiado cansado incluso para pensar con claridad, y se queda dormido.

Sueña con Lisa, con Else, con Karen y con fantasmas.

Tiene la sensación de haber dormido durante horas. Pero podrían haber sido solo unos minutos.

Lo que lo saca de ese estado es un sonido de roce.

Proviene del fondo del pasillo. Del cuarto del reactor.

Reconoce el sonido. Es la tapa metálica que él mismo apartó para subir desde las alcantarillas.

«¿Qué demonios? ¿Alguien me ha seguido hasta aquí?»

John se incorpora de golpe, agarra el cuchillo y escucha con toda su atención.

Otro roce, luego un gruñido.

John se pone en pie de un salto. Sabe instintivamente que quien acaba de subir del alcantarillado viene a por él. Este lugar lleva años abandonado, y nadie vendría por casualidad, y menos entrando por el sistema de alcantarillado.

La única otra persona que sabe que este sitio existe es Hagen. Y John sabe que no es él. Si el tipo de verdad pudiera saltar en el espacio, ¿por qué demonios volvería por las alcantarillas?

Entonces John oye cómo cargan un arma. El sonido es apagado, como si la persona intentara amortiguarlo. Tal vez sujetando el arma bajo la axila.

Eso borra la última duda en la mente de John. Tiene la certeza de que han venido a por él. Y que no traen buenas intenciones.

John se desliza por el pasillo, alejándose del cuarto del reactor. Guiándose con la mano por la pared, encuentra la puerta que esperaba. La del armario de suministros. La abre, entra, y al cerrarla suavemente, siente cómo la oscuridad lo envuelve.

21

CAMILLA

La despiertan los gruñidos y sollozos de Danny.

Sus sonidos, aunque suaves, son más eficaces que cualquier despertador que Camilla haya tenido en su vida. La sacan de golpe incluso del sueño más profundo. Se incorpora y lo toma en brazos, desabrochando el broche del sujetador.

El bebé, al notar su pecho, intenta prenderse de inmediato. Camilla lo guía torpemente y él empieza a succionar con una energía sorprendente.

—Definitivamente, has heredado el apetito de tu padre —murmura ella, bostezando y parpadeando, intentando despertarse del todo.

Mira alrededor y tarda unos segundos en recordar dónde está. En los últimos días parece dormir en un sitio diferente cada noche, y su cerebro necesita ponerse al día.

Es una pequeña oficina —o lo fue— con suelo de parqué y paredes verde claro. El escritorio ha sido empujado contra la puerta para asegurarse de que no se pueda abrir fácilmente. Era pesado, y Camilla tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para arrastrarlo por la habitación.

Al moverse, oye que el ”colchón” cruje, y recuerda que no es un colchón en absoluto, sino tres grandes pufs de distintos colores vivos. Los sacaron de la sección infantil de la biblioteca. Las mantas son cortinas de la sala de conferencias del final del pasillo.

En el suelo, junto al puf, está el teléfono móvil. Está conectado al cargador que encontró en un armario. Lo ha estado revisando desde que consiguió encenderlo de nuevo, esperando que Mark la llamara. Se inclina con cuidado y activa la pantalla. Para su sorpresa, hay un mensaje. Lo abre y siente que el corazón se le ensancha.

«¿Estáis bien?»

Es de Mark. Lo sabe sin la menor duda, aunque no lo diga y el número no sea uno que haya visto antes. Ha encontrado un teléfono operativo y le ha escrito desde él. No hay llamadas perdidas, así que o bien no intentó llamarla, o lo hizo mientras el móvil seguía apagado. O tal vez hubo otro motivo. Quizá no pudo llamarla.

A Camilla se le llenan los ojos de lágrimas de alivio y añoranza. Teclea una respuesta con el dedo tembloroso.

«Estamos bien. Seguimos en la biblio. ¿Dónde estás? ¿Por qué te fuiste?»

Esa última pregunta la hace llorar, y se esfuerza por no hacer ruido, sin querer despertar a Alicia. Llora en silencio durante medio minuto, luego recupera la compostura. Se seca las lágrimas y mira hacia la ventana, como si pudiera ver a Mark desde allí.

La ventana está cubierta por una pizarra sujeta con cinta adhesiva. No impedirá que alguien entre si realmente lo intenta, pero no es necesario: están en un quinto piso. La pizarra está ahí solo para evitar que Camilla mire accidentalmente al cielo. Un rayo de luz lunar se cuela por las rendijas. En la pizarra hay un dibujo de un paisaje con colinas y árboles, un arcoíris y una gran mariposa. Le arranca una sonrisa al recordar cómo Alicia insistió en dibujar una vista reconfortante.

El pensamiento de la niña hace que Camilla gire la cabeza hacia el puf rojo. Frunce el ceño al darse cuenta de que Alicia no está allí.

—¿Lyssa?

Camilla escudriña la habitación, pero no la ve por ningún lado.

Es solo ahora cuando se da cuenta de que el escritorio ha sido empujado unos treinta centímetros. La puerta está entreabierta.

Camilla siente una oleada de adrenalina. Lo lógico sería pensar que Alicia salió de la habitación para ir al baño del pasillo. Pero no hay manera de que la niña haya movido esa mesa. No sola.

«No entres en pánico. No tiene por qué ser lo que estás pensando.»

Pero no puede evitarlo. Cuanto más mira la puerta abierta, más segura está de que algo malo está a punto de pasar… o ya ha pasado.

Danny ha dejado de comer, su cabecita se inclina hacia atrás y se queda dormido de inmediato. Camilla no se molesta en hacerle eructar; simplemente lo envuelve y lo coloca de nuevo en el nido que ha improvisado para él en el puf. Luego se levanta mientras se vuelve a abrochar el sujetador. Toma la palanca y cruza la habitación en silencio.

Apoyando el hombro en el marco de la puerta, asoma la cabeza al pasillo.

—¿Alicia?

No hay respuesta. Ni rastro de la niña.

Camilla vuelve la mirada hacia Danny. Sus instintos luchan entre sí. ¿Estará más seguro aquí? ¿O debería llevárselo?

La idea de apartarse de él aunque solo sea medio minuto la angustia. La idea de que un ciego lo encuentre es demasiado horrible para contemplarla. Pero revisó la biblioteca minuciosamente y no encontró ninguno. Claro que también está el fantasma…

«Te arrepentirás de esto, Camilla.»

Recuerda demasiado bien aquella amenaza.

Y, sin embargo, Camilla sabe que el fantasma de Alicia no puede hacerle daño a Danny. No tiene ese poder. Solo puede herir a Alicia. Si hubiera tenido algún tipo de poder sobre Camilla o capacidad para causarle dolor, ya lo habría usado para librarse de ella en la casa donde se enfrentaron por la niña.

También hay una tercera opción. Simplemente quedarse aquí. Volver a dormir. Esperar y confiar en que Alicia regresará.

Pero no puede hacer eso. Le ha cogido cariño a la niña. Más aún. Ha llegado a amarla. Y no va a dejarla sola.

Camilla respira hondo. Si va a volver a enfrentarse a esa horrenda entidad, prefiere dejar a Danny aquí, fuera de peligro.

Así que agarra la palanca y sale de la oficina, cerrando la puerta en silencio tras de sí.

22

THORN

Al trepar por el agujero, Thorn entrecierra los ojos, cegado por la luz del día.

Se encuentra en lo que debió de ser, en otro tiempo, algún tipo de laboratorio. Es evidente que lleva años sin utilizarse y que fue saqueado antes de quedar abandonado. Hay equipos, sillas, mesas, incluso ordenadores y latas de productos químicos tirados por todas partes. En medio de la sala hay lo que podría haber sido un gran generador o motor de algún tipo. Está claramente inservible, tumbado de lado, cubierto de hollín por las llamas que se extinguieron hace mucho.

«Qué escenario tan perfecto para el enfrentamiento final», piensa Thorn con una sonrisa amplia. No tiene ni idea de qué es o fue este lugar, y le importa una mierda. Todo lo que sabe es que aquí es donde morirá Nygaard.

Está seguro de que el agente sigue ahí. Puede sentirlo.

«Solo tengo que encontrarte, chico Johnny.»

Thorn se da la vuelta despacio, examinando cada rincón del laboratorio abandonado. No hay ni rastro de Nygaard. Detecta unos pocos posibles escondites y los comprueba uno a uno, con el arma cargada y en alto, preparado por si Nygaard decide emboscarlo.

Cuando ya está convencido de que Nygaard no está en la habitación, se agacha y examina el suelo. Ve dos grupos distintos de

huellas sobre la fina capa de polvo que cubre el linóleo, que alguna vez fue reluciente.

«Veo que no estás solo. Has tenido compañía.»

Es un hombre, no tan alto ni corpulento como Nygaard. Por el patrón de las huellas, parece que ambos mantuvieron una interacción breve, aunque resulta imposible saber si fue amistosa o no. Después, abandonaron la sala por una puerta en la pared oeste.

Al observar cómo se superponen las pisadas, Thorn deduce dos posibles escenarios: o bien Nygaard salió unos minutos después que el otro individuo, o bien se marcharon juntos, con Nygaard caminando detrás. En ese caso, cabe la posibilidad de que lo siguiera... o lo llevara encañonado.

«¿Te lo llevaste como rehén, chico Johnny? ¿Tienes un arma?»

Thorn nota que la vieja emoción del combate empieza a hervirle por dentro. Esto se está poniendo interesante. No tiene ni idea de quién es el tercer jugador, y en realidad no importa, salvo por el posible factor sorpresa. Si es alguien irrelevante, Thorn lo matará sin más y se tomará su tiempo con Nygaard.

Deja la linterna en el suelo y se desliza hasta la puerta, colocándose a un lado, fuera de la línea directa. Estira el brazo con cautela y la empuja hasta abrirla por completo. Espera unos segundos en silencio. Nada ocurre. Entonces se asoma con cuidado.

Es un pasillo con varias puertas y una ventana al fondo. A través de ella entra la cálida luz del atardecer.

El suelo del pasillo tiene menos polvo, y Thorn no distingue ninguna huella. Lo que significa que Nygaard podría estar en cualquiera de las habitaciones. Tendrá que revisarlas una a una.

La primera da acceso a un vestuario, probablemente utilizado por los empleados que trabajaban allí.

La siguiente revela otro pasillo que conduce a otra ala del edificio. Hay tres puertas más.

«Este sitio es más grande de lo que pensaba.»

Thorn decide revisar las últimas puertas antes de pasar al siguiente ala.

La tercera da a una cantina. En el suelo hay un charco de lo que en su día fue refresco, bebida energética o algo igual de pegajoso y

que ahora está cubierto de polvo. Thorn distingue una huella clara en él.

«Así que estuviste aquí en algún momento.»

No hay escondites lo bastante grandes para Nygaard, así que Thorn vuelve a cerrar la puerta con el mayor sigilo posible y se dirige a la última. Es más estrecha y podría ser de un armario. Un escondite obvio. Tal vez demasiado obvio.

Thorn se acerca a escuchar, pegando la oreja a la rendija de la puerta.

Durante varios segundos no oye nada. Luego, poco a poco, empieza a captar un sonido rítmico, jadeante. Es tan bajo que podría estar imaginándoselo. O podría estar oyendo la respiración de Nygaard.

De algún modo, Thorn sabe que es lo segundo.

«Te encontré, chico Johnny.»

Se planta frente a la puerta, levantando el arma. Podría disparar un par de veces. Eso probablemente bastaría para matar a Nygaard. El tipo es tan grande que debe ocupar casi todo el armario.

Pero eso sería demasiado fácil.

En su lugar, Thorn dice en voz alta:

—Qué gusto volver a verte, agente Nygaard. ¿Te apetece salir a jugar?

23

CAMILLA

Todo el edificio parece estar conteniendo la respiración.

Mientras Camilla avanza en silencio por los interminables pasillos de estanterías, no oye nada más que su propio pulso.

La palanca le resulta fría y pesada entre las manos.

No puede evitar imaginar a las miles de personas que han pasado por allí a lo largo de los años. Todavía puede verlas, sentadas, hojeando libros, hojeando páginas. Esperando encontrar su próxima buena lectura. Camilla también solía leer mucho, hasta que se quedó embarazada y su principal afición pasó a ser tumbarse y aguantar las náuseas.

—¿Alicia?

Su voz se pierde de inmediato en el silencio. Ojalá no hubiera dicho nada. Tiene la sensación de haberse delatado.

«Contrólate. Aquí no hay nadie.»

Está bastante segura de que eso es cierto. Si algunos de los ciegos hubieran conseguido entrar, lo habría notado. Por ruidos sutiles, o por cosas tiradas en el suelo. Tal vez incluso por el olor; la mujer con la que se cruzaron en las escaleras apestaba a perfume y sudor.

Además, Camilla comprobó las tres salidas, y ninguna había sido abierta. Lo sabe porque las alarmas improvisadas que colocó seguían en su sitio. Delante de cada puerta, había apilado una torre

de libros con una lámpara encima. Si alguien abría la puerta, la lámpara caería al suelo y haría un estruendo.

Las tres torres siguen en pie, con las lámparas intactas.

Lo que significa que Alicia no ha podido salir de esta planta.

«Sigue aquí. Y no son los ciegos lo que me tiene que preocupar. Si algo ha entrado, es algo que no necesitó usar la puerta…»

Camilla intenta apartar de su mente las ideas sobre lo que podría encontrarse, porque solo consiguen ponerla más nerviosa. Aún se aferra a la esperanza de que Alicia simplemente se haya ido a hacer pis, o quizá ha caminado dormida, o tal vez se ha despertado y ha querido estar sola. Todavía hay muchos escenarios posibles que no incluyen nada siniestro, y Camilla realmente espera que…

—Aléjate, Camilla.

Se queda helada.

La voz sonó a la vez lejana y próxima, como si hubiese surgido de dentro y de fuera al mismo tiempo. No tiene idea de dónde ha venido. Gira la cabeza con lentitud, escudriñando el entorno. No hay nadie. Y, sin embargo, la reconoció al instante. Hacía, ¿veinte años? Quizá más. Pero era inconfundible.

Era él.

—Esta no es tu pelea, ¿sabes?

Camilla se da la vuelta cuando oye su voz desde otra dirección. Mira entre las filas de libros, pero aún no lo ve.

—Ya tendrás tus propios problemas de los que ocuparte —continúa él, esta vez desde otro ángulo distinto—. Créeme.

Camilla se vuelve de nuevo, y por fin lo ve. Está de pie al final de una estantería, medio oculto. Está en penumbra, y no distingue su cara, pero por el tono sabe que está sonriendo.

—¿Sorprendida de verme? ¿Pensabas que sería tu pobre y vieja madre la que vendría a verte? Bueno, siento decepcionarte, cariño, pero lo único que tienes soy yo.

Camilla se queda sin aliento. Si quedaba en ella alguna duda, muere en ese instante. Solo una persona la llamó «cariño». El impacto de volver a encontrarse con él, de tener que oír aquella voz horrible una vez más, de oírle hablar en ese tono íntimo pero siniestro, es abrumador. Y tiene razón. Pensaba que su madre sería

su fantasma. Estaba segura, de hecho. Al fin y al cabo, su madre ya la había estado atormentando desde que falleció hacía años.

—Te equivocas en dos cosas, cariño. Primero, los verdaderos fantasmas son los que no sabemos que están ahí. Y segundo… yo llego mucho más profundo que tu loca madre. El juego de palabras es intencionado.

Se ríe, y el sonido le resulta tan familiar, tan fresco en la memoria, que de pronto se siente como si tuviera seis años otra vez.

—No —susurra, casi soltando la palanca mientras retrocede tambaleándose—. No eres real… estás en la cárcel.

—Sí, bueno, verás, tuve un momento de debilidad y, sin querer, miré por la ventana de mi celda, aunque nos habían avisado muchas veces. Así que, en realidad, no estoy…

Se oye un golpe detrás de ella.

Camilla se da la vuelta. Ve que una figura se escabulle al final de la estantería. Era alguien bajito. Podría haber sido…

—¿Alicia?

Camilla se distrae por un instante, y cuando vuelve a mirar hacia donde estaba el fantasma, ha desaparecido. Parpadea, respira con rapidez y mira a su alrededor. Pero de verdad se ha ido. Lo siente. Al menos por ahora.

«Así es como empieza. Aún no es lo bastante fuerte. Pero volverá.»

El pensamiento es tan horrible que le entran ganas de sentarse a llorar y temblar, pero no puede. Hay dos niños que le importan, y uno de ellos podría estar en peligro.

Así que Camilla aparta con determinación su propio miedo. Cierra de golpe la trampilla mental que se abrió en cuanto escuchó aquella voz. Lo afrontará, se enfrentará a él si es necesario. Pero no ahora.

Primero tiene que encontrar a Alicia.

24

JOHN

John escucha con atención, respirando por la boca.

Durante unos minutos, no oye nada.

Entonces, de pronto, alguien dice al otro lado de la puerta:

—Encantado de volver a verte, agente Nygaard. ¿Te apetece salir a jugar?

John reconoce de inmediato la voz, aunque su cerebro cansado tarda unos segundos en encajar las piezas.

«Me ha seguido. Todo el camino desde la instalación.»

Durante un breve y horrible instante, John imagina el pasillo lleno de agentes, todos apuntando con sus armas a la puerta del armario. Pero desecha esa imagen tan rápido como le viene. De algún modo, sabe que el sargento ha venido solo.

—Tengo un arma, John —añade con tono burlón—. Y está apuntando a tu carnoso pecho, así que ni se te ocurra hacer ninguna tontería. Odiaría tener que matarte.

John no cree que esté faroleando. Y tampoco cree que el sargento haya venido para matarlo —eso tampoco es un engaño—. Si hubiera querido matarlo, ya habría vaciado el cargador contra la puerta.

Su mente se agita intentando decidir cuál es la mejor opción. Básicamente, se reduce a dos alternativas. Puede abalanzarse de pronto y tratar de sorprender al sargento antes de que dispare.

O puede fingir que se rinde y, en el momento oportuno, lanzarse sobre él.

El problema con ambas es que no hay forma de que el sargento no esté preparado. Es demasiado rápido para un ataque sorpresa —John lo sabe bien desde que lucharon en la casa segura—, y demasiado listo para caer en una maniobra engañosa. Si se entrega, probablemente acabará atado e indefenso.

La idea de ser llevado de vuelta a la instalación, o a donde sea que estén montando ahora, para más pruebas y operaciones, basta para que John entre en pánico.

—¿Qué va a ser, John? ¿Vas a salir por tu propio pie? ¿O tengo que dispararte en una pierna primero?

John lucha por mantener la respiración estable. Está a punto de lanzarse contra la puerta, de salir de golpe hacia el agente, con el cuchillo en mano —optando por el ataque sorpresa que probablemente lo matará, pero que al menos lo acabará rápido—, cuando de pronto se le ocurre una tercera opción. Una distracción. Algo que quizás engañe al sargento.

—Tengo un cuchillo —dice John. No hay amenaza en su voz, es simplemente una información.—¿Qué quieres que haga con él?

Hay una breve pausa.

—Gracias por tu sinceridad, John. Me alegra que por fin hayas decidido colaborar. Hay una rendija de medio centímetro bajo la puerta. ¿Crees que puede deslizarse por ahí?

—No, el mango es bastante grueso. —Mientras habla, John extiende una mano, esperando encontrar estanterías. Las encuentra. Tantea con cuidado hasta dar con un cubo, una escobilla y varias botellas de plástico grandes, justo lo que cabría esperar en un armario de limpieza. Palpa las tapas, que no le sirven. La tercera tiene un cabezal pulverizador, y John nota cómo sus esperanzas se elevan un poco.

—Entonces déjalo en el suelo —dice el sargento—. Y abre la puerta despacio. Supongo que no hace falta que te lo diga, pero un solo movimiento en falso, y tendré que disparar.

John se agacha para colocar el cuchillo cuidadosamente frente a su pie derecho. Mientras se incorpora, mete el gatillo del

pulverizador por detrás del pantalón.

«Esto es todo», piensa, con el pulso rugiendo en los oídos. «Allá vamos.»

Le sorprende ver con cuánta fuerza se activan sus instintos de supervivencia. Se había resignado a morir. Había aceptado el hecho. Una parte de él incluso sentía alivio ante la perspectiva de no tener que seguir adelante en este mundo roto, ciego e indefenso.

Pero John se da cuenta de que ha encontrado un nuevo propósito. Y que no está dispuesto a rendirse todavía. No sin luchar.

Abre la puerta.

25

CAMILLA

—¿Me oyes? ¿Alicia?

Camilla llega al final de la estantería. Se asoma con cautela por la esquina donde la chica desapareció apenas unos segundos antes, sosteniendo la palanca en alto, lista para golpear.

Le cuesta apartar de su mente lo que acaba de presenciar. Se obliga a centrarse en lo que está a punto de suceder, no en lo que ocurrió tantos años atrás.

Al girar la esquina, no ve rastro de Alicia. Pero ahí, en el suelo, está su móvil. No parece habérsele caído: está intacto, sin marcas visibles, y Camilla está segura de que habría oído el golpe si hubiera sido así. Da la impresión de que Alicia lo dejó allí a propósito.

—¿Alicia?

No quiere gritar, pero esta vez logra alzar la voz poco más que un susurro. Aun así, no hay respuesta.

Camilla vuelve a mirar el móvil. Realmente parece que fue colocado allí. Quizás incluso para que ella lo encontrara. Un impulso repentino la hace agacharse y recogerlo. En el mismo instante en que lo toca, comienza a sonar.

No aparece nombre ni número en la pantalla. Camilla responde y se lleva el teléfono al oído.

—¿Hola?

Se oye estática. Luego, la voz de Alicia:

—¿Camilla?

Su tono es dubitativo, aturdido. Igual que en el salón. Camilla sabe de inmediato que eso es una mala señal.

—Sí, soy yo, Alicia. ¿Dónde estás?

Se oye más estática.

—Estoy con mi madre.

El corazón de Camilla, que ya estaba contraído con fuerza, se vuelve de piedra.

—Corre, Alicia. Es peligrosa. No es tu madre. ¿Recuerdas?

Hay una breve pausa.

—Estoy a punto de irme, Camilla. Solo quería decirte que ya no tienes que preocuparte por mí.

—No, no, no, Alicia. ¡No puedes irte! Todo esto es un engaño. Por favor, ¿dónde estás?

Parece que Alicia toma aire antes de decir:

—Estoy detrás de ti.

Camilla se gira de golpe y la ve. Al final de la hilera, junto a las ventanas, está la chica. Su silueta se destaca contra el cielo nocturno, gris y bañado por la luz de la luna. A su lado, se perfila una figura mucho más grande: la mujer muerta que le sostiene la mano. Alicia no lleva el móvil consigo, lo que hace que todo resulte aún más irreal.

—Está bien, Camilla —dice Alicia, su voz saliendo del móvil que Camilla aún sostiene en la mano. El tono tranquilizador, casi reconfortante, hace que Camilla se sienta aún más aterrada, y se encuentra avanzando hacia la chica y el fantasma—. De verdad. Todo va a salir bien. Lo prometo.

—Escúchame, Alicia —dice Camilla, aunque por dentro piensa: «Llego demasiado tarde esta vez. Está demasiado lejos»—. Escucha con atención. No está bien. No puedes irte con ella. Suelta la mano de tu madre, date la vuelta y ven conmigo. Hazlo ahora, Alicia. ¡Por favor!

Camilla ve cómo la chica alza la vista hacia el espectro, y en la tenue luz, distingue que sonríe.

—Lo siento, Camilla —dice—. Ya lo he decidido. Dale un beso a Danny de mi parte.

—¡No, Alicia!

Por fin, Camilla puede moverse. Deja caer el móvil y corre hacia Alicia.

Es como una pesadilla. De esas en las que intentas llegar a un lugar seguro, pero por mucho que corras, no logras acercarte. Como si estuvieras atrapada en arenas movedizas. Camilla siente sus piernas alzarse y bajar, oye sus pies golpear el suelo, incluso siente punzadas dolorosas en el abdomen, aún resentido, recordando vagamente que no debería estar corriendo.

Pero está demasiado lejos. No hay forma de que llegue a Alicia.

Lo único que puede hacer es observar con horror cómo el fantasma alza la mano y descorre el pestillo de la ventana. Empujando suavemente el cristal, este se abre. Camilla ve cómo el pelo de Alicia se mueve con la brisa nocturna cuando la chica sube al alféizar.

—¡Alicia! ¡No!

La chica no la oye. Simplemente alza la vista hacia su madre muerta, sonríe de nuevo, y esta vez, Camilla está lo bastante cerca como para ver las lágrimas en las mejillas de la niña.

—¡Alicia!

Entonces, aún cogidas de la mano, Alicia y el espectro saltan hacia la noche.

Y Camilla grita.

26

THORN

No sabe qué esperar.

No logra formarse una imagen clara de Nygaard solo por su voz. Por un lado, suena derrotado, como si estuviera realmente al borde de rendirse sin oponer resistencia.

Por otro lado, hay algo que le dice que no será tan fácil.

Recuerda cómo Nygaard luchó con uñas y dientes en el refugio. Thorn ha peleado incontables veces en su vida: en las prácticas de judo durante el servicio militar, en misiones activas, y en peleas privadas.

Y Nygaard es probablemente el oponente más intenso que ha tenido. Desde luego, no parece del tipo que tire la toalla voluntariamente.

La puerta se abre lentamente, y Thorn da un paso atrás, manteniendo el arma lista.

Nygaard es más grande de lo que recordaba. O quizás es el diminuto armario lo que le hace parecer así.

Es una imagen grotesca: el tipo enorme de pie entre estanterías con productos de limpieza, encorvado, con ambas manos en alto en el gesto universal de rendición. La parte superior de su rostro no es precisamente agradable de ver. John tiene los ojos cerrados, al menos uno de ellos; el otro párpado parece no poder cerrarse del

todo debido a la hinchazón. La piel alrededor de los ojos está amoratada y cubierta de sangre seca.

Tal como sospechaba, Nygaard no lleva arma. Si la tuviera, no habría dudado en disparar en cuanto Thorn se reveló.

En el suelo, sin embargo, hay un gran cuchillo de pan.

—Vaya, eso sí que es un cuchillo —dice Thorn sonriendo—. ¿No encontraste uno más grande y dramático?

Nygaard no se mueve ni dice nada.

—Siento lo que te hicieron —añade Thorn—. Tiene que doler.

Aun así, Nygaard guarda silencio.

La sonrisa de Thorn se ensancha. Está disfrutando esto mucho más de lo que pensaba. Ha hecho muchas cosas horribles en su vida. La mayoría por órdenes directas o porque las circunstancias lo exigían. Solo en raras ocasiones se ha permitido hacer daño por puro placer. Pero siempre ha sabido que esa parte existía en él. La bestia interior. La que disfruta infligiendo dolor y castigo. El Thorn vengativo. El rencoroso. El que fue concebido y ha ido creciendo en su interior desde aquella noche, hace veinte años.

El demonio.

El verdadero Thorn.

Por eso Thorn siente que sigue siendo él mismo. No es alguien nuevo. Simplemente ha reajustado su equilibrio interno. Ha dado espacio a lo que siempre estuvo ahí, siempre deseoso de tomar el control. Ahora que nada lo contiene, se permitirá disfrutarlo. Saborearlo.

Mira a Nygaard de arriba abajo, moviendo la mandíbula.

—¿Te pensaste que te habías librado?, ¿eh? Ese pulso electromagnético realmente destrozó toda la operación allí atrás.

—Bien.

La palabra sale entre dientes apretados.

—Bueno, no saques el champán todavía. Me temo que ya están montando todo otra vez en otro sitio.

Nygaard no responde esta vez; simplemente respira por la nariz con regularidad.

—Muy bien —dice Thorn, sacando las esposas del bolsillo trasero —. Vamos a ponernos en marcha. Voy a esposarte ahora. Pero antes

necesito que patees ese cuchillo lejos, no vaya a ser que te sientas tentado a...

Nygaard patea el cuchillo. Pero con mucha más fuerza de la esperada. La hoja golpea la barbilla de Thorn y, aunque no le corta, este se echa hacia atrás por reflejo.

—Vas a arrepentirte de eso...

Se interrumpe al comprender que su descuido fue un error. Nygaard no pateó el cuchillo por rabia, sino para distraerlo mientras sacaba lo que Thorn supone que es un arma oculta en el pantalón. Thorn ha bajado la pistola, apuntando en diagonal, y en el mismo instante en que ambos alzan los brazos, disparan a quemarropa.

Nygaard dispara una fracción de segundo antes.

Excepto que Nygaard no lleva un arma.

Justo antes de que el arma de Thorn se dispare, oye un siseo húmedo y ve una niebla proyectarse hacia él. Un instante después, algo frío y pegajoso le golpea la cara y se le mete en los ojos. Gime, cegado, y aprieta el gatillo por segunda vez, sin confiar en que el primer disparo haya dado en el blanco—Nygaard parecía haberse agachado en el último segundo. Entonces, siente el impacto del cuerpo lanzándose contra él por la cintura.

Caen pesadamente al suelo, y el cuerpo de Nygaard le arranca el aire de los pulmones a Thorn. El forcejeo comienza al instante. Nygaard se mueve con una velocidad y una resolución que lo sorprenden. Thorn aún jadea, intentando golpearle el rostro con el codo, pero el otro logra girarlo lo suficiente para rodearle el cuello con su brazo grueso.

Thorn ve venir la llave, pero se cierra sobre él demasiado rápido para reaccionar. Sus vías respiratorias se bloquean de golpe cuando Nygaard aprieta con una fuerza aterradora.

Un sonido áspero y sibilante escapa de Thorn al exhalar el último aliento de sus pulmones.

No consigue volver a inspirar, y los puntos negros aparecen de inmediato ante sus ojos.

Están enredados en un abrazo torpe, medio tumbados uno encima del otro, y el brazo derecho de Thorn queda atrapado bajo su propio

cuerpo. El izquierdo, sin embargo, está libre, y lo lleva hacia atrás en busca del rostro de Nygaard.

Le oye gemir cuando su pulgar se hunde en el ojo ya dañado.

Nygaard ruge de dolor y suelta la llave. Thorn nota cómo el pulgar se le desliza hacia fuera, empapado, y se aparta rodando de su oponente. Nygaard intenta alcanzarlo, retorciéndose de dolor, con la mano cubriéndose el ojo. Logra agarrarle una pierna, pero Thorn consigue girarse y golpearle la mandíbula con un derechazo seco.

El agente se desploma con un quejido, casi inconsciente.

—Cristo —jadea Thorn, poniéndose en pie y recuperando el aliento —. Se me había olvidado lo rápido que eres para ser tan grande.

Enfurecido por el hecho de que Nygaard no solo le sorprendió, sino que casi ganó la pelea, le propina una patada fuerte en las costillas, enviándolo contra la pared.

—Vaya, parece que también gané el segundo asalto —comenta Thorn, sonriendo con satisfacción.

—Termina... con esto... —gime Nygaard, aún con la mano sobre el ojo. La sangre se filtra por la manga. Escupe, y hay más sangre saliendo de su boca—. Dispárame... cobarde de mierda...

Thorn suelta una carcajada.

—¿Dispararte? ¿Terminar con esto? Oh, no, Johnny. Te equivocas.

Aprieta los dientes y su voz se vuelve grave y cargada de furia.

—Esto no va a terminar pronto. Acabas de prolongar tu condena varias horas. Me aseguraré de que no mueras hasta que cada parte de tu cuerpo esté rota o arrancada.

Mientras habla, se quita el cinturón, forma un lazo y lo pasa alrededor del cuello de Nygaard. Luego tira con fuerza, el cinturón se cierra como un collar de estrangulamiento.

Nygaard intenta resistirse, pero es inútil. Está medio arrastrándose, medio siendo arrastrado mientras Thorn avanza por el pasillo. Quiere llevarlo a la sala grande. Allí hay muchas herramientas y objetos que puede utilizar con él.

Thorn no mentía. Hará que esto dure todo lo que pueda.

Y disfrutará cada segundo.

27

CAMILLA

Corriendo de regreso por la biblioteca, Camilla solloza y resopla, parpadeando para apartar las lágrimas, sin saber apenas adónde se dirige.

Todo en su interior es un caos. El único punto fijo que tiene es Danny. Necesita llegar hasta él lo más rápido posible.

Llegó a la ventana dos segundos después de que Alicia saltara. Se inclinó hacia fuera, sin querer mirar, pero sin poder evitarlo.

Muy abajo estaban los escalones de piedra que llevaban a la entrada principal del edificio. A la derecha había un castaño, demasiado lejos para que Alicia hubiera podido alcanzar las ramas, y la gran copa del árbol tapaba la luz de la luna, proyectando una sombra sobre los escalones, ocultando misericordiosamente lo que debía de estar allí abajo.

La niña.

Toda ensangrentada y destrozada.

No había forma de que alguien pudiera sobrevivir a una caída así. Mucho menos si aterrizaba sobre los escalones de piedra.

Camilla intentó llamar a Alicia, pero en su lugar comenzó a vomitar y tuvo que volver a meterse dentro, tragando y jadeando para no devolver la cena: unas calorías preciosas que no podía permitirse perder.

Decidió no volver a mirar. En su lugar, recordó a su hijo y corrió hacia él.

Y ahora, al llegar al pasillo, encuentra la puerta de la habitación todavía cerrada. Cuando agarra el pomo, de repente la invade la convicción de que dentro le espera otra sorpresa espantosa. Esta será aún más horrible que ver a Alicia caer hacia la muerte. Esta será su propia carne y sangre, tirado en el suelo, molido a golpes.

Camilla deja escapar un gemido al entrar trastabillando. Se olvida por completo de la mesa y golpea la puerta contra ella, provocando un estruendo. El sonido despierta a Danny. No está en el suelo, sino sobre el puf, aún dentro del nido improvisado que le hizo. Sigue ileso.

Empieza a prepararse para llorar, y Camilla lo coge en brazos. Toma su teléfono y ve otro mensaje de Mark: «Llámame cuando puedas.»

Camilla lo llama. No está segura de que conteste, pero lo hace tras el tercer tono. Su voz es ronca, su tono casi culpable, al decir:

—¿Camilla?

—¡Mark! Gracias a Dios. ¿Dónde estás?

—No estoy tan lejos.

—¿Por qué te fuiste? —Está a punto de echarse a llorar, mirando hacia la puerta. Espera que alguien entre en cualquier momento—. Mark, por el amor de Dios, ¿cómo pudiste dejarnos así?

Hay una breve pausa.

—Lo siento, Camilla. De verdad. Sentí que no tenía elección.

Camilla estalla en llanto, meciendo a Danny con desesperación. Está atrapada. Siente cómo el pánico le roe el alma.

—¿Qué pasa, Camilla? ¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien?

—No, no estamos bien —gime—. Estamos muy lejos de estar bien, Mark...

—¿Qué ha pasado? —Parece recobrar un poco el aliento al notarse el miedo en su voz—. ¿Te han hecho daño? ¿Y Danny?

—No estamos heridos, pero... —No puede decirlo. Está ahí, en la punta de la lengua, pero si deja que las palabras salgan, de algún modo lo hará más real—. Alicia, ella... oh, Dios... Mark, no estamos seguros aquí.

—¿Han sido algunos de los ciegos...?

—No, no son ellos. Es... peor. —Mira el rostro de Danny mientras habla, esforzándose por mantener la voz serena. Luego susurra—: Ahora solo estamos nosotros, Mark. Danny y yo.

Una breve pausa mientras Mark parece captar lo que dice.

—Alicia, ¿ella está...? Oh, joder...

—Por favor, Mark. Te necesitamos de verdad. Vuelve.

—Joder —murmura Mark de nuevo—. No lo sé, Camilla. No estoy seguro de que...

Se interrumpe al parecer escuchar algo. Camilla aguza el oído. No oye nada al fondo.

—Lo estoy haciendo —dice Mark—. Tranquila.

Camilla frunce el ceño.

—¿Con quién estás, Mark? ¿Quién está ahí?

—Con nadie —responde de golpe. El tono de irritación en su voz hace que Camilla parpadee, es tan inesperado—. Escucha, Camilla, no puedo salir. Pero tú puedes venir a mí. Aquí es seguro. Estoy en el 214 de Morch Place, apartamento 17.

Camilla niega con la cabeza.

—Mark, no puedo salir ahí fuera. No sola. No con Danny.

—Sí que puedes. Tienes que hacerlo. Ya lo hiciste una vez, ¿no? ¿Aún tienes el coche?

—No sé si sigue ahí.

—¡Te he dicho que estoy atrapado aquí! ¡No puedo...! —De nuevo, Mark parece distraerse por alguien en el fondo. Luego dice con una voz extrañamente vacía—: Son solo cuatro manzanas, Camilla. Puedes hacerlo. Tengo que colgar.

Y corta la llamada.

Camilla se queda mirando el teléfono en la mano, incrédula.

Ese no era Mark. No de verdad. Había alguien con él, obligándole a actuar así. Camilla está segura.

«Me necesita». Aquello era un grito de ayuda.

Camilla quiere ayudarle, y también quiere salir de la biblioteca. Lo que significa que no le queda más remedio que bajar de nuevo por el edificio y rezar para que el coche que aparcó en el callejón siga allí.

Si no, tendrá que hacer las cuatro manzanas a pie.

Respira hondo y mira a Danny. Creía que se había vuelto a dormir, pero en cambio, la está mirando directamente. Aún es demasiado pequeño para enfocar la vista, pero ver sus ojos le da el valor justo que necesita.

—Muy bien —dice, escribiendo un mensaje rápido—. Vamos a hacerlo, cariño. Vamos a encontrar a papá.

28

MARK

Mark está sentado en la cocina, mirando sus manos entrelazadas.

El teléfono está sobre la mesa, junto a él. Un mensaje de Camilla ha llegado hace apenas unos minutos. Está de camino.

Mark está ensimismado. Repasando lo que va a decir.

Tiene la certeza de que esto cambiará el rumbo de todo. Que abrirse con Camilla puede forjar o arruinar lo que tienen. Y lo inquietante es que anhela ambas posibilidades.

El adolescente enfadado, asustado y herido quiere que ella le diga que se vaya a la mierda y le deje para siempre.

La versión más nueva, más madura de él, quiere que ella le comprenda y le perdone.

Sabe que Camilla es más madura emocionalmente que él. Siempre lo fue. Tenía sus propios defectos, sí, pero sin duda era una persona más íntegra. Más capaz de empatizar, de comprender y de perdonar. Lo vio claramente cuando llevó a Erika a casa y Camilla no solo aceptó su presencia, sino que la acogió, la reconfortó.

Mark nunca se había sentido tan dividido ni tan confundido. Es como si dos partes opuestas de él estuvieran...

Una mano sobre su hombro le hace sobresaltarse.

Erika está allí, sonriendo.

—Parece que necesitas hablar con alguien.

—Estoy bien. Solo quiero estar solo.

—Vale, de acuerdo. ¿Ella viene?

—Sí. Está de camino.

—Bien. ¿Estás preparado para contarle la verdad?

Mark no responde de inmediato.

—¿Mark? —Erika se sienta en la silla junto a él—. Sé lo que estás pensando. Sé que no estás del todo convencido de esto. Que una parte de ti aún espera poder hacerme desaparecer. Pero así no funciona esto.

No hay reproche en su voz. Habla como un padre explicándole algo a un niño.

—¿Ah, no? —murmura Mark.

—Yo también lo he estado pensando. Y me he dado cuenta de algo.

—¿De qué?

—Estoy aquí para quedarme —dice, poniendo su mano sobre la suya—. Tu amor me trajo de vuelta, y eso no se puede revertir, ¿sabes? El amor es eterno.

Él la mira a los ojos. Ella acaricia su mano. La sensación le atraviesa con una punzada de deseo tan intensa que casi le deja sin aliento. Observa su rostro, sus ojos, sus labios, sus pecas. Sabe que no es realmente real, pero no le importa. Ella es como una droga para él, siempre lo fue. Una válvula de escape para todos sus malos sentimientos. Una vía de escape para mantener la cordura. Y necesita esa vía, ahora más que nunca.

—Mira —dice ella, entrelazando los dedos con los suyos—. Si de verdad quisieras que me fuera, desaparecería en un instante. Eso es todo lo que necesitas hacer para librarte de mí. Estoy completamente a tu merced. Dime que me largue, de verdad, y no tendré elección —Lo mira directamente a los ojos—. ¿Puedes decirme eso, Mark? ¿Sinceramente?

Él traga saliva y niega con la cabeza.

—No puedo.

Ella sonríe.

—Me he dado cuenta de otra cosa también. Estoy volviéndome más real. ¿Lo notas? —Toma su mano y la coloca sobre su cuello. Él

siente su piel. Es suave y cálida. Y puede sentir su pulso. Toca su cabello, lo pasa entre los dedos.

—Sí —murmura—. Se te nota más real.

Retira la mano, pero Erika la atrapa y la sostiene entre las suyas.

—Eres tú quien lo está haciendo, Mark. Eres tú quien me está trayendo de vuelta. Lo siento. Cuanto más tiempo pasamos juntos, más siento que vuelvo a ser yo misma.

Mark la mira y siente un hundimiento en el pecho. Lo que acaba de decir debería asustarle, hacerle querer salir corriendo y gritando. La idea de que ella vuelva a una existencia real, física, como un zombi, parece sacada de una película de terror.

Y, sin embargo, al mismo tiempo, la idea le llena de emoción. De anhelo.

Erika parece esperar su respuesta. Aún le sostiene la mano.

—No sé... qué decir —murmura.

—Dime que tú no lo sientes también.

—¿Sentir qué?

—Que esto está bien. Que esto es lo que debía pasar. Piensa en todas las veces que jugaste con la idea, Mark. De dejarlo todo atrás y llevarme a algún lugar donde pudiéramos empezar de nuevo, completamente de cero. Podríamos construir la vida que queríamos juntos. No tendrías que preocuparte por nada más. Sabes que nunca te abandonaré… estoy loca por ti. Y nunca querré tener hijos. Todo lo que quiero es a ti, Mark. Por completo y para siempre. Dime que no sientes lo mismo.

Mark se siente mareado. Aturdido.

«Esto está mal. Esto es algún tipo de engaño.»

La idea parece cierta, pero proviene de un lugar muy lejano. Apenas logra oírla por encima del estruendo de su propia sangre en las venas.

—¿Mark?

—Déjame... pensar.

Se esfuerza por concentrarse. Intenta despejar la cabeza.

—No necesitas pensar —susurra Erika—. Solo mira y siente lo que hay en tu corazón.

«Esto lo está haciendo ella. No, lo está haciendo esa cosa en el cielo. Me está manipulando. Si sigo por este camino, no podré volver atrás.»

De nuevo, suena como verdad. Pero, al mismo tiempo, Mark no quiere creerlo. El impulso emocional dentro de él es mucho más fuerte que su capacidad de razonar.

—Es verdad —susurra—. Yo también lo siento.

Erika le sonríe radiante. Se acerca un poco más.

—Oh, Mark. —Está tan cerca ahora que él puede sentir su aliento cálido en la cara.

—Te deseo —susurra, sintiéndose tan colmado de deseo que le cuesta respirar—. Te necesito. Mucho.

Erika se inclina para besarlo. Mark gira la cabeza en el último instante y sus labios acaban en su mejilla. Ella comienza a besarle el rostro, lo rodea con los brazos y lo atrae hacia sí. Él siente sus pechos contra su torso, inhala el olor de su cabello. El corazón le late con fuerza.

—No, Erika... no puedo... no podemos hacer esto...

—Está bien —susurra ella en su oído—. Podemos.

Ella desliza suavemente una pierna sobre su regazo y se sienta a sobre él. Debe de notar su erección incluso a través de los pantalones, porque está tan excitado que está seguro de que la cremallera va a reventar.

—Erika —jadea—. Creo que deberíamos...

Ella silencia sus palabras con un beso, profundo e inevitable.

Mark se rinde, incapaz de resistirse.

29

JOHN

No le queda fuerza. Usó lo último de su determinación para realizar el ataque sorpresa contra el sargento. Y casi lo consiguió. Casi.

Ahora está de nuevo en la sala del reactor, tumbado en el suelo, entrando y saliendo de la consciencia. El sargento usó algún tipo de cable para atarlo a lo que parece un poste. Su ojo izquierdo parece haber dejado de sangrar, pero sigue doliendo muchísimo. No cree que el globo ocular reventase cuando Thorn presionó con el pulgar en la cuenca, pero desde luego causó daño.

El sargento anda por la sala recogiendo cosas. Al parecer sale brevemente, porque John puede oírle beber con avidez algo.

—Aaah —dice, exagerando el sonido—. No tenían whisky, así que nos conformaremos con agua. ¿Quieres un poco?

John tiene muchísima sed, pero no dice nada.

Un chorro de agua le golpea en la cara, y traga sorprendido.

—Será mejor que lo aproveches —le dice el sargento en tono burlón—. Es lo último que probarás.

John le oye dejar el vaso sobre algo, luego coger otra cosa.

—He encontrado un almacén. Curiosa colección de productos químicos tienen por aquí. Este tiene todas las etiquetas de advertencia. Seguro que no es bueno si te lo echas en la piel.

—No me das miedo, puto psicópata —murmura John—. Sigue con tu mascarada si te pone cachondo, pero no voy a caer —Luego

añade, casi para sí mismo—: Ya morí una vez.

Descubre que es cierto. No le da miedo morir. Hizo las paces con esa idea en la instalación. Incluso estuvo dispuesto a ponerle fin él mismo.

Y sin embargo, no es del todo verdad. John ya no tiene un deseo particular de abandonar este mundo. Sí, está exhausto y dolorido. Pero ahora tiene algo por lo que luchar. Un trabajo que debe hacer. Y su mente está trabajando para encontrar una forma de sorprender al sargento y darle la vuelta a la situación. No tiene armas, y no hay nada al alcance.

—Seguro que cambias de idea antes de que terminemos —le dice el sargento.

John puede oírle colocando cosas en la mesa cercana. Oye metal, cristal y otros objetos. Se alegra de no poder ver el surtido de instrumentos de tortura.

—Te calé desde el primer momento en que nos conocimos, ¿sabes? —prosigue John, respirando con regularidad—. Lo vi en tus ojos. Eres un sociópata de verdad. Ya he visto tipos como tú. No tienes empatía. No te importan los demás. Eres incapaz de amar o mantener relaciones. No es algo místico ni romántico. Es pura psicología. Alguien te jodió el culo de niño y ahora lo pagas con cualquiera que se cruce en tu camino.

El sargento resopla.

—Estás completamente equivocado, Nygaard. A mí no me pasó nada. Siempre he sido así.

—¿De verdad? Entonces, ¿ya has conocido a tu fantasma?

Sigue un silencio absoluto.

Por fin tocó una fibra.

—Así que lo has conocido —continúa John—. ¿Quién era? ¿Quién te hizo daño, sargento?

—Ya te he dicho que nadie me hizo daño —murmura. John percibe rabia en su voz ahora.

—Entonces, ¿a quién le temes?

—¡A nadie, he dicho! —grita, para bajar inmediatamente el tono—. Mi fantasma se fue. Hice las paces con él.

—No creo que eso funcione así.

—Sí, claro, ¿y tú qué coño sabes?

—Sé que no haces las paces con tu pasado así como así. Eso requiere esfuerzo. Y tú pareces la última persona en el mundo capaz de...

John se ve interrumpido cuando el sargento se le acerca y le da una fuerte patada en la cabeza. John consigue levantar el brazo en el último segundo, amortiguando el golpe. Inmediatamente agarra la pierna, pero el sargento se zafa.

—Ah-ah —dice—. No te hagas ilusiones.

John le oye volver a la mesa y desenroscar algo.

—Sabes, todo esto es culpa tuya.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Eras agente. Un soldado, como yo. Deberías haber estado luchando en la buena batalla, en lugar de esconderte con un montón de cobardes. Si hubieras mantenido un perfil bajo y hecho tu trabajo, nadie habría descubierto que eras inmune.

—Tenía una familia que cuidar —dice John—. No espero que entiendas lo que eso significa.

—Oh, yo entiendo el compromiso. No creas que somos tan distintos, Nygaard. Tengo mi honor intacto, igual que tú. Estoy dispuesto a morir, igual que tú. Y creo firmemente que lo que hice fue lo moralmente correcto.

John resopla.

—Sigue contándotelo. O mejor aún, cuéntaselo a tu fantasma cuando vuelva.

Hay otro momento de silencio.

«No quiere que hable de eso.»

El sargento se acerca, y John se prepara para otra patada. En su lugar, siente que algo le salpica los brazos y la cara cuando el sargento vierte un líquido. John agita los brazos y se limpia la sustancia como puede con la camisa. Huele como un producto de limpieza muy fuerte. No quema de inmediato, pero empieza a picar.

—Hmm, eso no ha hecho mucho —dice el sargento, volviendo a la mesa—. Quizá si lo mezclo con otra cosa. No te preocupes, encontraremos la combinación adecuada.

John gruñe y se limpia el líquido, quitándose la mayor parte. Entonces se da cuenta de otra cosa. Algo que pesa sobre él desde arriba.

«Está ahí otra vez. Puedo sentirlo. ¿Pero por qué no he perdido el oído?»

Ahora que lo piensa, hace tiempo que no se queda sordo. Quizá ya no recibe la advertencia. Aun así, está seguro de que el cielo sobre él se está rompiendo, y recuerda la abertura en el techo. ¿Está justo debajo? No está seguro, pero podría ser. De hecho, por la ligera brisa que siente sobre la piel que le pica, parece que sí.

«Me han dado una última oportunidad. No pienso desaprovecharla.»

—Hablas de honor —dice John, escupiendo—. Y sin embargo, torturas a un semejante solo por diversión. ¿Eso es propio de un soldado?

—Oh, esto es solo por recreo. Para desahogarme, ya sabes. Es algo que los soldados a veces hacen, ¿sabes? Para mantenerse cuerdos.

John capta algo en su tono en esas últimas palabras. El sargento se queda a medias, como cuando uno se arrepiente de lo que empezó a decir. Es sutil, pero John lo ha oído muchas veces en la sala de interrogatorios. Un desliz clásico.

—Así que eso fue lo que pasó —dice, al caer en la cuenta—. Claro. A ti no te hizo daño nadie. No, tú fuiste el que hizo daño. ¿A quién? ¿A un familiar? ¿A un colega? ¿A un amante, quizá? ¿O a un desconocido cualquiera? ¿A quién hiciste tanto daño y sufrimiento que ha vuelto para atormentarte?

—Te advierto, Nygaard. Una palabra más y...

—¿Y qué? ¿Me harás daño? Ya lo estás haciendo. Así que seguiré hablando.

Puede oír al tipo respirar con fuerza ahora. John habla más deprisa. Ha adoptado el rol de poli malo, usando ese tono acusador que siempre pone al sospechoso al borde de confesar.

—Seguro que tienes muchas vidas en tu conciencia, siendo soldado y todo eso. Así que quien haya vuelto debe de ser alguien especial. Alguien por quien sientes culpa. Alguien a quien no solo

mataste, sino a quien hiciste algo aún peor, ¿no? ¿Qué fue? ¿Tortura? ¿Violación? ¿Era alguien indefenso? ¿Un niño, quizá? ¿Violaste a un niño, sargento? Dime la verdad.

—¡Hijo de puta...!

Oye al sargento acercarse, y está preparado. Esta vez no espera la patada, sino que actúa antes. Gira su propia pierna en un barrido y golpea el tobillo del sargento justo cuando va a darle una patada. No es suficiente para hacerlo caer, pero sí lo desconcierta, y John consigue agarrar la pierna antes de que pueda retirarla.

Por segunda vez, los hombres forcejean. John va directamente al estrangulamiento, pero el sargento está más preparado esta vez. No consigue un agarre limpio, solo el justo para mantener al oponente abajo. El sargento repite el mismo movimiento de antes, tanteando la cara de John, buscando sus ojos. Pero John también está preparado. Abre la boca de par en par y, atrapando dos dedos del sargento, muerde con toda su fuerza.

Siente cómo se rompen los huesos. El sargento grita de dolor y se vuelve completamente loco. Se revuelca y se retuerce, casi liberándose del agarre de John. Impulsado por el dolor y la furia, está claro que al sargento le queda mucha más fuerza, y que John no puede superarlo físicamente. Es cuestión de segundos antes de que se libere.

—Hay una diferencia crucial entre tú y yo —le sisea John al oído, con sabor a sangre en la lengua—. ¿Sabes cuál es?

El sargento suelta un jadeo. Se abre paso bajo el brazo de John, aliviando la presión sobre su cuello.

—Voy a matarte, pedazo de mierda...

—No, respuesta equivocada. La diferencia es que yo ya estoy ciego.

Justo cuando el sargento está a punto de soltarse, John se da la vuelta, sujetándole la cabeza con todas sus fuerzas. Caen de espaldas, el sargento encima de John, mirando al techo.

Y John oye el sonido que estaba esperando: una última aspiración, fuerte, cargada de terror y asombro, cuando el sargento deja de luchar y se queda rígido.

30

MARK

No tiene ni idea de cuánto tiempo ha pasado.

Podrían ser minutos. Podrían ser días.

Se va deslizando dentro y fuera del sueño. Puede oír a Erika respirar a su lado.

Las imágenes siguen repitiéndose en su mente. Recuerdos. Erika cabalgándole. Él levantándola, llevándola por el apartamento. Tirándola sobre la cama.

Hicieron el amor como antes. Solo que aún mejor. Si a Mark le quedaba alguna duda de que Erika no era real, se desvaneció por completo.

Ahora está tumbado en un estado de relajación dichosa y palpitante, medio dormido.

Desde algún lugar lejano, oye que llaman a la puerta.

Luego, unos segundos después, oye un teléfono vibrar.

Mark no reacciona a ninguno de los sonidos. No quiere moverse. No quiere abandonar este estado en el que no le importa nada.

—¿Mark?

Dice la voz de Erika, cerca de su oído.

—¿Mmm?

—Creo que ya ha llegado.

—¿Quién?

—Camilla.

El nombre le hace despertarse. Se incorpora apoyándose en los codos, parpadeando. La luz del día que entra por las cortinas ha cambiado.

Está desnudo, con solo la manta cubriéndole la parte inferior del cuerpo. Erika también está desnuda, tumbada de lado. A diferencia de lo que pasa en las películas románticas, no hace el menor intento por cubrirse. ¿Por qué iba a hacerlo? Acaban de follar. Tiene el pelo revuelto. Su expresión es sincera, emocionada, un poco inquieta.

—Está en la puerta —dice—. ¿Estás preparado para hablar con ella?

—No lo sé —murmura Mark, frotándose la frente—. Me siento raro.

—No pasa nada. Tómate tu tiempo.

Le acaricia la pierna bajo la manta.

Mark la mira.

—¿Esto ha pasado de verdad? ¿De verdad lo hicimos?

Erika se muerde el labio.

—¿Tú qué crees?

Mark consulta con sus cojones. Desde luego, sienten que ha ocurrido.

—Entonces, ¿ahora eres... real? O sea, ¿completamente?

Erika levanta la mano con un gesto invitador.

—¿Por qué no lo compruebas?

Se inclina hacia ella y le acaricia la barbilla, el hombro, el pecho. Si aquello no es real, él no lo percibe. Si es una ilusión, es demasiado perfecta para no creerla.

—Creo que sí lo eres —murmura.

—Yo también lo creo. Pero… —Su expresión cambia ligeramente—. Sé que todavía queda una cosa por hacer.

Asiente hacia la puerta.

Mark lo comprende. Respira hondo.

—Vale. Bien. Lo haré.

Se levanta y se pone la ropa.

El teléfono vuelve a vibrar en la mesita de noche. No se molesta en contestar la llamada. Sabe que es Camilla.

Justo cuando está a punto de salir del dormitorio, mira a Erika una vez más. Ella está sentada en el borde de la cama, con aspecto pequeño y vulnerable, pero sonriente.

—Te quiero, Mark.

—Ya lo sé.

Debería decirle que él también la quiere. Cada fibra de su cuerpo lo siente en ese momento. Y sin embargo… también aparece la duda. El pensamiento de que va a tener que enfrentarse a Camilla le devuelve una parte de la antigua realidad. Aquella en la que todo esto podría ser una fantasía.

Erika parece captar su vacilación, porque dice con voz firme:

—Mantente fuerte por mí ahora. Puedes hacerlo.

Mark lo piensa un momento. Luego asiente. Y va a abrir la puerta.

31

JOHN

¿Cuánto tiempo tarda una persona que mira al cielo en quedarse ciega y volverse loca?

John no conoce la respuesta a la pregunta que cruza por su mente en ese momento. Lo ha visto pasar más de una vez. Aquella primera vez, cuando estaba en su coche y se detuvo en el puente, miró hacia la autopista y vio a varias personas salir de sus coches. Todos miraron hacia arriba y se quedaron allí congelados al menos cinco segundos, algunos incluso cerca de diez.

Sujeta al sargento el tiempo suficiente para estar seguro de que no está fingiendo. Luego lo empuja y nota cómo cae inerte al suelo, claramente aún paralizado.

John se pone en pie lo más rápido que puede. Las rodillas casi se le doblan. La cabeza le da vueltas. Respira hondo una y otra vez, concentrado en la única tarea de alejarse cuanto antes del sargento.

Pelear con él mientras aún era normal fue una cosa. John ya ha luchado contra los ciegos, y recuerda demasiado bien la fuerza sobrehumana que parecen poseer. Si el sargento lo atrapa ahora, está acabado. No hay forma de que pueda…

—¿Grauw?

Un gruñido a su espalda. Parece que el sargento se está incorporando.

John sigue caminando, dirigiéndose hacia donde supone que está la puerta, tanteando el aire, rezando por no tropezarse con ningún obstáculo. Mientras cruza la sala, escucha atentamente los sonidos del sargento al ponerse en pie.

Justo cuando empieza a pensar que logrará escapar sin problemas, golpea con el pie algo metálico que rueda y resbala ruidosamente por el suelo.

«Jódeme…»

El sargento reacciona con un entusiasta:

—¡Rhast!

John lo oye lanzarse en su persecución. Aumenta el paso, choca casi con la pared. Palpa en busca de la puerta, tratando de decidir en qué dirección ir. Su instinto le dice hacia la derecha. Oye cómo su perseguidor se le acerca.

Tres segundos antes de que el sargento lo alcance, John encuentra la puerta y la atraviesa de golpe. No tiene tiempo para preocuparse por hacer ruido. La cierra de un portazo, solo para oír que se abre de nuevo casi al instante.

Corre a medias, tropieza por el pasillo. El mundo le da vueltas al perder el equilibrio y está a punto de estrellarse de bruces. En el último momento consigue frenar la caída. Cae boca abajo y sabe de inmediato que no habrá tiempo para levantarse. En cambio, recuerda el cuchillo. Debe de seguir por allí, y busca frenéticamente en el suelo con ambas manos.

Entonces el sargento lo alcanza y cae sobre él, y va directo a su garganta. John siente unas manos fuertes apretándole la tráquea, y el dolor es peor que la falta de aire.

«Ya está. He metido la pata.»

Su oído izquierdo —que sigue zumbando— capta un sonido sutil justo cuando su codo toca algo. Lo agarra, nota el cuchillo, lo toma y apuñala a ciegas en dirección al rostro del sargento.

Se oye un chillido, como de un animal herido, seguido de un sonido húmedo al clavarse la hoja en algo blando —probablemente la cuenca del ojo—. John da una última estocada, sintiendo cómo la hoja se hunde del todo, y entonces las manos lo sueltan mientras el sargento entra en lo que parece una convulsión. Rueda hacia un

lado, gimiendo y sollozando, todo su cuerpo es sacudido por espasmos.

Dura unos segundos. Luego deja de moverse. Hay un silencio absoluto. John intenta escuchar su respiración, pero no oye nada.

Se deja caer, tendido sobre el suelo junto al cuerpo del sargento ciego. Le duele todo. La cabeza, el ojo, la garganta. Inhala aire y luego pierde el conocimiento.

Pero justo antes de desmayarse, oye algo. Una voz. De mujer. Un susurro, cerca de su oído.

—Gracias, señor Nygaard.

Tiene acento. Un acento Árabe, si John no se equivoca.

—Gracias por liberarme.

John ni siquiera intenta responder. Está demasiado agotado. Y está casi seguro de que esa voz no es real, sino una alucinación.

Entonces se va.

32

MARK

El recorrido por el apartamento de Erika se le hace eterno. Y al mismo tiempo, llega a la puerta de entrada demasiado rápido.

Se detiene frente a ella y escucha un momento. No la oye, pero sabe que está al otro lado. Puede sentirla.

—Hola, Camilla —dice.

—Mark —responde ella con un suspiro—. Gracias a Dios. ¿Estás bien?

—Estoy bien.

Su voz suena extraña incluso para él mismo, y Camilla debe notarlo, porque no suena muy aliviada.

—¿Puedes dejarnos entrar?

—Dame un momento. Hay algo que necesito decirte y… creo que será más fácil si hablamos así.

Hay un momento de silencio.

—Está bien. ¿Qué pasa, Mark?

Mark se muerde el labio. De pronto, no está seguro de cómo decirlo. Ni siquiera de qué quiere decir. La duda que aún revolotea al fondo de su mente crece un poco más.

«Todo esto está mal. ¡Reacciona!»

unque Mark intenta seguir su propio consejo, no logra mantener el pensamiento enfocado y este se le escapa de nuevo, dejándole una molesta sensación de incertidumbre.

—Está bien, Mark.

Dice la voz de Erika.

Se gira y la ve de pie junto al perchero. Se ha puesto una camiseta y las braguitas. Le lanza una sonrisa de ánimo.

—Ve ahora. Di lo que tengas que decirle.

—Sí… de acuerdo…

—¿Qué has dicho, Mark?

—Nada, olvídalo.

—¿Hay… hay alguien contigo?

—No, es solo que… estaba pensando en voz alta, eso es todo.

Se pasa una mano por el pelo. Lo tiene graso, sin lavar desde hace días.

—Escucha, Camilla. Necesito decirte algo, y no será agradable de oír.

Hay una breve pausa.

—¿Estás seguro de que no quieres dejarme entrar primero?

Mark lanza una mirada a Erika.

—Es solo que… no estoy seguro de que sea seguro para ti o para el niño estar aquí.

—¿Por qué no? ¿Qué está pasando ahí dentro, Mark? ¿Quién está contigo?

—Te he dicho que nadie.

—¿Entonces por qué no sería seguro abrir la puerta?

—Porque estoy… estoy perdiendo la cabeza… y necesito arreglarlo. Necesito resolver esta… situación.

—¿Qué situación? Mark, no suenas bien.

—No lo estoy. Pero lo estaré. En cuanto te diga esto.

Respira hondo. «Vale. Ya está. Lo haré.»

—Camilla, lo siento, pero…

Las palabras están ahí, en su lengua. Pero no consigue sacarlas.

—¿Lo sientes por qué?

—Lo siento porque tengo que… porque no podemos… porque esto no es… ¡joder!

De pronto, siente una oleada de rabia y da un puñetazo a la pared junto a la puerta.

—¡Auch, joder…!

Se frota la mano. El dolor, de algún modo, le aclara un poco la cabeza.

«¿Qué coño estoy haciendo? Tengo que largarme…»

Va hacia el pomo de la puerta. Pero no gira. La puerta sigue cerrada con llave.

—¡Mierda!

—¿Qué pasa? ¡Por favor, Mark, abre la puerta!

—¡No puedo!

—¿Mark?

Se vuelve hacia Erika. Ahora parece arrepentida. Triste.

—Déjame… déjame ir —murmura, sintiendo una oleada de mareo —. Quiero irme.

—No, no quieres —dice Erika—. Si de verdad quisieras, podrías abrir la puerta.

—No, no puedo. Tú me estás reteniendo de alguna manera. Tú y tu… sucia magia.

Mark parpadea con fuerza, intentando despejarse. Pero la niebla mental lo envuelve de nuevo.

—He terminado. ¿Me oyes? Me voy.

Erika suspira.

—De verdad esperaba que no tuviéramos que llegar a esto, Mark.

Él levanta las manos.

—No te acerques, joder. ¡No me toques!

Camilla dice algo, pero Mark no lo escucha. Toda su atención está clavada en Erika. En lo más profundo de su mente, los pensamientos le gritan. Le suplican que huya. Que Erika es peligrosa.

Erika se acerca, deteniéndose frente a él. Le tiende la mano. Mark mira hacia abajo y ve una pistola pequeña. Ella le ofrece la empuñadura.

—¿Qué demonios es eso?

—Es mía. Tómala, por favor.

Mark agarra el arma. Pesa más de lo que parecía.

—No sabía que… tuvieras una pistola.

Erika le dedica su mejor sonrisa de femme fatale.

—Todavía hay algunas cosas que no sabes de mí, Mark. Está bien, ¿no crees? Tener un poco de misterio en una relación. Un toque de

peligro.

Mark niega con la cabeza, los ojos entrecerrados, esforzándose por concentrarse.

«¿En qué estaba pensando? Me la tiré, y ahora tiene mucho más poder sobre mí.»

«No, eso no pasó. Todo estaba en mi mente. Céntrate.»

«Ya es demasiado tarde. Lo he jodido todo.»

«No, aún puedes arreglarlo. Usa la pistola. ¡Dispárale!»

«Eso no funcionará. No puedo disparar a un fantasma.»

«¡Hazlo de todos modos!»

«¿Y si es otro truco?»

—Tenemos que tomar otro camino, Mark —le dice Erika, interrumpiendo sus pensamientos desbocados—. No quería que llegáramos a esto. Pero no veo otra salida.

—¿De qué estás hablando?

—Uno de las dos tiene que morir, Mark. Camilla o yo. Tú decides quién.

Mark resopla.

—Vete a la mierda, Erika.

En cuanto pronuncia su nombre, se da cuenta de que ha metido la pata.

—¿Erika? —dice Camilla—. Oh, Dios… Mark, ¿estás viendo a Erika?

La forma en que lo pregunta le hace sentir culpable al instante.

—No es lo que crees —dice por encima del hombro—. Déjame manejar esto, Camilla. Necesito…

Mark se ve interrumpido cuando su cabeza gira de nuevo hacia Erika. No lo hace voluntariamente. Alguna fuerza invisible lo obliga. Erika lo mira directamente a los ojos. Su expresión es ahora impasible.

—Escúchame, Mark. Escúchame bien. Puedo obligarte si quiero. Pero no lo haré. No sería real. Tiene que ser tu decisión.

Erika asiente hacia la puerta sin apartar la mirada.

—¿Quieres eso? ¿Una vida de estrés, daño emocional, preocupación constante y desamor? ¿Quieres cargar con el peso del mundo sobre tus hombros? Sin recompensa, ni una palmadita en la espalda siquiera. Sin pasión, sin emoción, solo dolor y desgaste.

¿O… —Erika levanta las manos y las desliza por sus costados. Mágicamente, su camiseta y braguitas caen al suelo, dejando al descubierto su hermoso cuerpo— …quieres esto? Puedes tenerlo, Mark. Siempre que quieras. Libertad total. Amor verdadero.

Mark oye a Camilla golpear la puerta ahora. Pero el sonido es muy tenue. Ahogado por el martilleo de su propio pulso.

—Te quiero, Mark —continúa Erika—. Te necesito. Sin ti, nunca podré estar completa de nuevo. Ven conmigo, y te haré sentir bien cada instante por el resto de nuestras vidas.

Mira el arma en sus manos.

—O, si no crees que te amo, puedes usarla contra mí. Vuel-vuélame los sesos otra vez. Esta vez me quedaré muerta. Lo prometo.

Mark observa la pistola, la gira entre las manos.

«Hazlo. Dispárale.»

«No, no funcionará. Está poniéndote a prueba.»

«¡Dispárale!»

«No. Tengo que luchar de otro modo.»

—Todo esto está en mi cabeza —murmura Mark.

—¿De verdad? —pregunta Erika, ladeando la cabeza—. ¿De verdad crees eso, Mark?

—Yo no… no lo sé… tal vez mi mente lo está haciendo real… ya no puedo distinguir…

—Si no puedes distinguir la diferencia, ¿cuál es el problema?

Mark se encuentra levantando el arma y apuntándola a la puerta. Su dedo roza el gatillo.

«Sería tan fácil. Solo un poco más de presión y todos mis problemas desaparecerán.»

Pero no lo cree. No del todo.

Y de repente, como salido de la nada, le viene un recuerdo a la cabeza. El tipo de la gasolinera. Tony Soprano. La expresión de horror en su rostro. Su voz temblorosa al decirle a alguien que Mark no podía ver:

«Por favor. Por favor, no me hagas hacerlo.»

Pero la entidad invisible lo hizo. Lo empujó a hacerlo. A mirar al cielo.

Aunque, en realidad, no lo obligó. Solo lo empujó. Pero, al final, fue él quien lo hizo.

«Así es como funciona. Ella no puede obligarme. Todavía tengo elección.»

—Eso es muy cierto —dice Erika con calma—. Tienes una elección, Mark. Elige con sabiduría.

Mark levanta la pistola y la apunta al pecho de Erika. No tiene intención real de dispararle. Solo quiere averiguar si puede hacerlo. Y no parece haber nada que se lo impida.

Erika parece dolida. Frunce el ceño y baja un poco la cabeza, tal y como solía hacer.

—¿Estás seguro, Mark? ¿Seguro de que esa es tu decisión?

Mark busca en su alma. La niebla se ha despejado lo suficiente como para recuperar un mínimo de claridad.

«Dispararle no funcionaría. Me ataría a ella para siempre.»

Y también ocurriría algo más. Mark no sabe decir qué, pero lo intuye. Es como si estuviera de pie al borde de un abismo sin fondo. Apretar el gatillo —da igual hacia quién— lo haría caer en la oscuridad eterna.

«Todo esto es una trampa. Elija lo que elija, será un error.»

La sonrisa peligrosa vuelve al rostro de Erika.

—Eres listo, Mark. Siempre me gustó eso de ti.

Y por fin, Mark lo comprende. Su vía de escape. La única posible. Pero no deja que la revelación lo sacuda por completo. No quiere que Erika lo perciba. Aun así, puede notar que ella lo intuye, porque entrecierra los ojos con desconfianza.

—Vamos —dice, dándose golpecitos en el pecho desnudo—. Acábalo. Dispárame.

—No —dice Mark con firmeza, secándose el sudor de la frente—. No voy a dispararte, Erika. No hay manera. Porque te quiero. O te quise. No estoy seguro de cómo decirlo. Ni siquiera sé qué es real ya. Solo sé que he tomado una decisión.

Los ojos de Erika están clavados en él, intentando leer su mente.

—¿De verdad?

—Ajá. Te dejo marchar, Erika. Para siempre. Y solo conozco una manera de hacerlo.

Lentamente, gira la pistola hacia arriba y la coloca bajo su barbilla.

La expresión de Erika cambia de inmediato. Toda la confianza desaparece de su rostro. Parece genuinamente asustada.

—No… no hagas ninguna locura, Mark.

—Sí, eso pensaba —dice Mark, sonriendo aunque tiembla por completo—. Si yo me voy, tú también.

—No estás pensando con claridad.

—Oh, sí. Por primera vez en mucho tiempo, me siento bastante cuerdo. ¿Y sabes qué más? Me siento de nuevo al mando. Es sencillo, en realidad. Si alguien aquí merece morir, soy yo.

En algún lugar, Camilla grita.

—Mark, no —dice Erika, tendiéndole la mano, suplicante—. Por favor, te lo ruego… Te quiero… Te necesito…

—Adiós, Erika.

Mark cierra los ojos, dejando que las lágrimas le resbalen por las mejillas. La voz de Camilla se vuelve un poco más audible. Lo llama una y otra vez. Golpea la puerta. Le suplica que la abra.

Él se da la vuelta, con los ojos aún cerrados, extiende la mano y apoya la palma sobre la puerta. El cañón de la pistola sigue presionado contra su barbilla.

—Lo siento —susurra—. Lo arruiné todo. Te quiero, Camilla.

Mark toma una última inhalación profunda.

Y entonces, aprieta el gatillo.

33

MELISSA

Melissa se despierta al oír pasos subiendo por las escaleras.

Se incorpora sobre el colchón y mira a su alrededor en la oficina tenuemente iluminada. Huele a papel y aceite de motor.

Hay dos ventanas enfrentadas. Una da al oeste y ofrece una vista preciosa del cielo nocturno, con el resplandor tenue de la ciudad brillando en el horizonte. La otra da al hangar principal, recordándole a Melissa cuán alto se encuentra. Desde abajo llega un zumbido constante, producido por la actividad de la multitud que trabaja allí. No necesita mirar para saber que ya hay cientos de personas.

La oficina es, en esencia, un balcón cerrado, al que se accede por una escalera de caracol metálica. Justo ahora, alguien la está subiendo.

Melissa se incorpora, bosteza y se estira. Su reloj de pulsera marca poco después de las 4:00. Ha estado dormida varias horas. El sueño, aunque la ha dejado un poco aturdida, también le ha sentado bien. Por primera vez en mucho tiempo, no ha soñado nada. Lo cual es un alivio.

Los pasos llegan hasta la puerta. Esta se abre, y Fritz entra. Al verla, sonríe.

—Oh, estás despierta. ¿Espero no haberte despertado?

—No, está bien —dice Melissa, ajustándose el cabello discretamente—. No creo que pueda dormir más.

Él comienza a desabotonarse la camisa.

—Bueno, yo siento que podría dormir durante días.

—No me extraña. No te he visto echar ni una siesta desde que llegué. De verdad que empecé a preguntarme si siquiera necesitabas dormir.

Se quita los zapatos de una patada, sonriéndole.

—Oh, sí que lo necesito. —Debe de captar la pregunta que Melissa quiere hacer, porque añade—: Sigo siendo de carne y hueso. Puede que sea capaz de doblar las leyes naturales, pero eso no significa que sea sobrenatural.

Melissa lo observa mientras se desnuda. Está aún más delgado sin ropa. Pálido, huesudo, con las venas visibles justo bajo la piel. Hay un mechón de vello en el centro del pecho hundido y algo alrededor de los pezones.

—Ah, es verdad —dice, como si recordara algo. Mete la mano en el bolsillo y saca un objeto diminuto. Con una sonrisa, se lo tiende—. Toma.

Melissa se queda mirando el anillo. Tiene un diamante del tamaño de una uña, y el metal parece oro puro.

—Dios… —susurra—. ¿Eso es… es para mí?

—Por supuesto que sí —dice Fritz, tomándole la mano y colocándole el anillo en el dedo. Encaja perfectamente—. No estaba seguro de cuál te gustaba más, así que cogí el más caro.

Melissa estalla en carcajadas, que de inmediato se transforman en lágrimas. Lo abraza y le da un beso en la mejilla.

—Gracias, me encanta.

Él sonríe tímidamente y continúa desnudándose. Luego va a cerrar las persianas de la ventana que da al hangar, cuando de pronto se queda absorto.

—¿Los ves? —murmura—. Como abejas. Trabajando sin descanso. Organizados, eficaces. Es hermoso.

Melissa se levanta y se une a él. La vista del hangar desde allí arriba le recuerda a un hormiguero en plena actividad. Le lanza una

mirada de soslayo, y se arriesga a hacer la pregunta que lleva rondándole la mente desde que llegó.

—¿Qué es todo esto, Fritz? Quiero decir… ¿qué estamos construyendo?

—Algo grandioso —dice él, sonriendo—. Un mundo nuevo, podrías decir.

—Sí, eso ya lo he entendido. La comida, los barracones, las duchas. Todo tiene sentido. Pero… vi los camiones llegar antes. ¿Los que iban llenos de armas? Y me preguntaba… ¿para qué nos estamos preparando exactamente?

Él la mira, y su expresión se vuelve grave.

—Va a haber una guerra.

Melissa frunce el ceño.

—¿Una guerra contra quién? ¿Contra los ciegos?

Fritz resopla.

—No, no. Los ciegos no suponen ninguna amenaza para nosotros. Además, están muriendo. Su número ya está menguando. En unas semanas, apenas quedará ninguno. Morirán de hambre y agotamiento. Solo fueron el catalizador que puso las cosas en marcha, ¿sabes? Jugaron un papel importante, pero nunca fueron el objetivo final.

—Entonces ¿contra quién vamos a luchar?

Fritz se muerde la lengua, como si estuviera considerando su respuesta. Solo han hablado en privado unas pocas veces desde que Melissa llegó, pero ha notado cómo, en más de una ocasión, él parece entrar en sí mismo un segundo o dos antes de responder con precisión. Lo hace ahora, y Melissa tiene la clara sensación de que está oyendo a alguien.

—Aún hay gente en este mundo que no quiere que las cosas cambien —dice, con voz deliberada—. Y cada vez son más, igual que nosotros. Pronto empezarán a organizarse, como lo hicimos nosotros. Serán un obstáculo para nuestra misión. Cuando llegue el momento, se opondrán a nosotros con todo lo que tengan. Si no nos adelantamos, podrían causarnos un gran daño. Retrasar nuestro trabajo durante semanas, incluso meses. —Niega despacio con la cabeza—. No podemos permitirlo.

Melissa siente cómo se le eriza la piel.

—Tommy —susurra—. Mi sobrino. ¿Él… se unirá a esa gente peligrosa?

Fritz consulta la fuente que lleva en su mente, cerrando los ojos brevemente.

—No —dice, alargando la palabra—. No lo creo. Pero aún no está decidido.

—¿Y si lo hace? No quiero que le hagan daño, Fritz. Quiero que esté aquí, conmigo. —Sin pensarlo, le coge del brazo.

Él la mira, sonriendo con calidez.

—Lo sé, querida. Ojalá pudiera decirte que va a venir, pero…

—¿No puedo ir a buscarlo? Si tú solo… me dices dónde está, lo traeré.

Fritz se encoge de hombros.

—Lo siento, no funcionaría. Tommy tiene que estar listo. Tiene que querer venir aquí. Hasta que eso suceda, se quedará en el limbo en el que está ahora.

—Pero…

—Sé que no es la respuesta que esperabas, pero así es como funciona.

—¿Quién lo dice? —Melissa alza los brazos—. No lo entiendo, Fritz. Tú eres el que manda, así que ¿por qué no puedes dejarme ir a por él?

Es una trampa, y Melissa lo sabe. Tiene curiosidad. Quiere saber más sobre lo que ocurre dentro de Fritz. Quién le da las órdenes. De qué va realmente toda esta operación.

—No depende de mí —dice él en voz baja—. Y lo sabes, Melissa. Solo soy el portavoz de nuestros verdaderos señores.

—Háblame de ellos —susurra ella, inclinándose hacia él, mirándole a los ojos—. Los has mencionado varias veces. Los… dioses ciegos, o como se llamen. ¿Qué significa eso? ¿Qué son, exactamente? ¿Qué quieren?

Por primera vez, ve verdadero temor en su rostro. No solo vacilación, sino un claro deseo de retroceder.

No quiere hablar de ellos. Le da miedo.

—Por favor —insiste ella, acariciándole el abdomen. Siente su piel saltar y estremecerse bajo sus dedos—. Quiero conocerlos. Ayúdame a entender, Fritz.

Él toma aire, y luego dice:

—Creo que debería dormir un poco. Ha sido un día largo…

Melissa se inclina y le besa en la boca. Es la primera vez en su vida que besa a alguien de su misma estatura, y resulta un poco torpe. Todo empeora al notar que él se pone rígido y se echa hacia atrás. Sus labios están algo fríos y húmedos, pero Melissa sigue besándole, introduciendo la lengua.

—Yo… yo creo —balbucea Fritz, apartando la cabeza y rompiendo el beso—. Creo que necesito…

—Vamos, cariño —susurra Melissa, girándole el rostro con un dedo —. Dijiste que podíamos consumar el matrimonio, ¿no? Pues eso es lo que quiero.

Fritz parece a punto de protestar, pero al mismo tiempo no puede resistirse. Melissa lo conduce hasta la cama, besándole mientras se baja los pantalones. Se tumba, lo arrastra sobre ella, le envuelve la cintura con las piernas. Él gime y empieza a besarla, pero no hace nada más. Solo se queda encima de ella, torpemente. Ella nota su erección a través de los pantalones, palpitando contra su muslo interno.

«Es virgen», se da cuenta Melissa. «No tiene ni idea de qué hacer.»

Así que lo gira con cuidado, colocándose encima. Le baja la cremallera, y su miembro salta como un resorte.

—Espera, espera —murmura él, sobresaltándose al sentir su contacto.

—Tranquilo —le dice ella. Luego se desliza sobre él, y Fritz deja escapar un sonido entre un gruñido y un jadeo.

Espera que todo acabe en cuestión de segundos. Y ciertamente, eso parece. Él solo yace ahí, jadeando y gimiendo, dejando que ella haga todo el trabajo.

Entonces él la agarra y empieza a mover las caderas. Al principio despacio, pero pronto va más rápido. Más fuerte. La estrecha contra su pecho. Siente que crece dentro de ella, volviéndose enorme.

Melissa nota que sus sonidos cambian también. Son más profundos. Más rítmicos.

Gira la cabeza para mirarlo, y lo que ve lo cambia todo en un instante. De pronto, todo el placer se desvanece del cuerpo de Melissa. En su lugar, le invade el terror.

Fritz está mirando al techo. Pero no parece ver nada. Sus ojos están ciegos. Grandes, blancos, saltones y vidriosos. Como bolas de billar. Su labio superior tiembla en una mueca, dejando ver sus dientes apretados. Respira como un toro, cada aliento retumbando desde lo más profundo del pecho. Gruesas venas sobresalen de su cuello y frente.

Melissa quiere detenerse, quiere apartarse, pero él la sujeta con una fuerza de hierro, y no puede moverse ni un centímetro.

Ella grita, y Fritz parece tomárselo como una señal de aliento, porque empieza a embestir con más fuerza.

Luego termina arqueando todo el cuerpo, levantándola, y un dolor agudo le atraviesa el abdomen a Melissa. Duele mucho, pero el dolor se mezcla con otra cosa, algo completamente inesperado. Melissa apenas alcanza a notar que el orgasmo se le viene encima cuando ya la arrasa por completo, dejándole la mente en blanco.

En un destello de fuegos artificiales, ve una oscuridad tan densa que ninguna luz natural puede alcanzarla, y dentro de ese espacio negro hay criaturas que la observan con ojos ciegos. Seres antinaturales tan horribles de contemplar, que Melissa grita de pavor, y el sonido punzante de su propia voz aterrorizada resuena dentro de su cabeza, mientras es expulsada de la...

...¿memoria?

Melissa se incorpora de golpe, aferrada a la manta.

La oficina está en silencio. A su lado yace Fritz, durmiendo profundamente. Tiene la boca abierta y ronca.

Melissa baja la vista y se ve desnuda. Fritz tampoco parece llevar nada puesto. Confusa, consulta su reloj. Son las cinco de la mañana.

¿Eso…? ¿De verdad…?

Quiere despertar a Fritz. Quiere preguntarle qué demonios ha pasado. Pero le da miedo saber la respuesta.

No debería haberles preguntado por ellos.

El pensamiento es extraño, lejano, y no lo entiende del todo. Se siente como una visitante en su propia cabeza. Tiene la garganta en carne viva. Como si hubiera estado gritando. Al levantarse, siente un ardor agudo en el abdomen, y se encoge con un siseo.

Bueno, ahora lo sé. Definitivamente lo hicimos.

Va hasta la mesa y coge la botella. Bebe con avidez, disfrutando de la sensación del agua deslizándose por su garganta. Cuando termina, se da la vuelta y aparta las persianas para mirar hacia el hangar.

La actividad allá abajo sigue exactamente igual. Ve su propio reflejo en el cristal, y al mismo tiempo, le atraviesa otro pinchazo de dolor desde abajo.

Estoy ovulando, se da cuenta Melissa. Normalmente lleva un control firme de su ciclo menstrual, pero desde que todo se fue al infierno, no le ha prestado atención.

Fritz gruñe en sueños.

Melissa se da la vuelta para mirarlo. Ahí tumbado, parece un adolescente grande.

No me puedo creer que me lo haya follado.

Pero lo hizo. Y ahora podría estar llevando a su hijo.

«Vamos. Sabes que eso no es posible.»

Después del aborto, Melissa nunca volvió a tomar pastillas anticonceptivas. ¿Para qué? Años de relaciones fugaces y noches sin compromiso solo confirmaron lo que los médicos ya le habían advertido: no podía quedarse embarazada.

De pronto, recuerda lo que dijo Fritz: «Puede que sea capaz de doblar las leyes naturales…»

Melissa frunce el ceño. Se lleva una mano al vientre y siente una extraña sensación: algo vivo ahí dentro. En crecimiento. Es absurdo, por supuesto. Para empezar, no podría ocurrir tan rápido.

Aun así, la sensación es inquebrantable. Y no puede evitar...

—Nos preguntaste… —susurra de repente Fritz. Aún duerme, con los ojos cerrados. Su voz suena diferente. Distorsionada, de algún modo. Como si fueran varias voces hablando a la vez—. Lo que queremos es… entrar en vuestro mundo… en carne y hueso…

A Melissa se le corta la respiración. No puede hablar, no puede moverse. Solo puede quedarse mirando a la figura en la cama, que sigue durmiendo.

—Necesitábamos una puerta —murmura Fritz—. Y tú nos la diste, Melissa… gracias.

Luego, Fritz exhala, se da la vuelta y sigue roncando.

Melissa se queda ahí, de pie en la oscuridad, sintiendo el corazón martilleándole el pecho. También siente las sensaciones que vienen desde más abajo.

Y ya no puede seguir fingiendo que no son reales.

***

¿Quieres descubrir cómo comenzó todo?
Consigue ahora la precuela gratuita.
Solo disponible en **nick-clausen.com/dioses**
O continúa con el siguiente libro en **nick-clausen.com/cielo6**